
HARLEQUIN
Bianca
EL RETO DE SU VIDA
BELLA FRANCES




# EL RETO DE SU VIDA

BELLA FRANCES






Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


El reto de su vida, n.º 2587 - noviembre 2017
Título original: The Playboy of Argentina
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.



I.S.B.N.: 978-84-9170-531-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Capítulo 1

EN MEDIO de la cálida tarde de verano, Rocco «Huracán» Hermida se bajó de su helicóptero en el Campo de Polo de Buenos Aires. Entre la multitud, Frankie Ryan sintió cómo todo el mundo se quedaba callado de golpe.

Si la admiración tenía un sonido, era el del silencio reverente de aquellos hombres adultos mientras miraban a su héroe. Hasta los caballos de polo parecían menear sus melenas y patear el suelo con adoración. Aun así, Frankie no pudo evitar sentir un escalofrío de humillación y vergüenza. Maldito fuera.

Con cada paso que daba para avanzar hacia ellos, su figura se veía con más claridad. Era un hombre alto y de cuerpo esculpido. Su pelo parecía más largo que hacía unos años. Hacía todo ese tiempo, le había resultado desafiante, provocativo. Sin embargo, en ese momento, solo le parecía el héroe argentino por antonomasia. Igual que al resto de la multitud allí reunida.

El viento ondeó las faldas de seda y los presentes tuvieron que sujetarse el pelo y los sombreros con las manos. Durante unos segundos, Rocco desapareció tras un promontorio, mientras la gente contenía la respiración. Pero enseguida apareció de nuevo. Estaba impresionantemente guapo. Y a Frankie le latía el corazón con la misma fuerza… después de tantos años.

La cámara captó su rostro, que al instante apareció en las pantallas gigantes que rodeaban el campo de polo. Seguía teniendo la misma cicatriz sobre la ceja y la nariz rota. Su hermano Dante se acercó a él y posó una mano en su hombro. Dante era tan rubio como Rocco moreno, parecían príncipes gemelos de la luz y la oscuridad.

Era impresionante. Tal y como decían en la prensa. Pero Rocco era todavía más imponente en carne y hueso. Las sonrisas embriagadoras y llenas de familiaridad de los dos hermanos, la emoción del partido, la excitación de la multitud.

Frankie se preguntó cómo iba a poder superar las cuatro horas que tenía por delante. La fiesta de después, la empalagosa manada de aduladores… Todo el mundo estaba pendiente del hombre que la había mirado a los ojos, la había besado en la boca y le había roto el corazón.

Podía hacerlo, se dijo a sí misma. Era fácil. ¿Qué problema había en ver un partido de polo, tomarse un poco de ponche y no meterse en líos?

Colocándose unas gafas de sol demasiado grandes, tomó asiento y se cruzó las piernas temblorosas. Tal vez no debería haber ido. Al fin y al cabo, hacía tiempo que había dejado de ser una forofa del polo.

Era cierto que había pasado la mayor parte de su infancia en una cuadra. Y, a los dieciséis años, su sueño había sido ser jugadora de polo. Pero había sido una ingenua. Había sido una tonta cuando había pensado que su padre había estado bromeando al decirle que lo más a lo que había podido aspirar había sido a secretaria de un hombre rico o, mejor aún, esposa de un hombre rico. Y había sido más tonta todavía por haberse lanzado a los brazos del hombre más arrebatador que conocía. Casi le había rogado que la llevara a la cama. Bueno… la verdad era que eso no era exacto del todo.

Habían pasado diez años desde entonces. Y todavía seguían temblándole las manos y se le aceleraba el corazón al verlo.

Extendió los dedos, forzándose a controlar el temblor, y posó los ojos en el anillo de plata que llevaba, con la palabra «Ipanema» escrita en su superficie. Había sido un regalo para su catorce cumpleaños y no se lo había quitado desde entonces. Mientras lo acariciaba, se dijo que todavía echaba de menos a ese poni. Y seguía odiando al hombre que se lo había arrebatado.

Al menos, los hijos de Ipanema estaban bien. Los dos eran parte del equipo de Rocco Hermida. Eran los favoritos del jugador, como él siempre repetía a la prensa. Y se rumoreaba que los estaba utilizando en su innovador programa de genética. Dos ponis que estaban a punto de llevarlo a la victoria una vez más en aquel partido benéfico de polo. Al menos, eso era lo que todo el mundo pensaba. Nadie dudaba de que el niño mimado de Argentina vencería al equipo de Palm Beach. Además, con su hermano a su lado, el público tenía garantizado un espectáculo protagonizado por los dos hombres más guapos y varoniles de todo América del Sur.

Pero a Frankie Ryan no se le caía la baba. Nada de eso.

Meneó la cabeza al posar los ojos en las miríadas de admiradoras que abarrotaban el campo.

El hecho de que Rocco Hermida estuviera allí era por completo irrelevante, trató de convencerse a sí misma.

Lo más probable era que él ni siquiera la recordara.

Y eso era lo que más la enervaba. Frankie se había muerto de vergüenza y, luego, de rabia cuando se había enterado de que Rocco había comprado a Ipanema después de que hubiera aparecido en su vida como una estrella fugaz, dejando una estela imborrable a su paso. Le había arrebatado su orgullo y su alegría. Pero ella había

aprendido una lección. Jamás volvería a dejarse engatusar por nadie.

Frankie tenía una razón muy legítima para estar allí ese día. Y no tenía nada que ver con Rocco Hermida. Igual tenía aspecto de turista, pero estaba haciendo su trabajo. Había conseguido un puesto como directora de desarrollo de producto en Evaña Cosmetics, aunque le había costado años de trabajar como becaria y sin cobrar.

Pero había merecido la pena. Le gustaba tener que viajar a la República Dominicana o a Argentina en busca de la plantación perfecta de aloe vera. Y había cosas peores que hacer una parada de una noche en Buenos Aires para ver un partido de polo e irse después a pasar el fin de semana con su amiga Esme en Punta del Este, en la playa.

Era un plan maravilloso.

Se pidió otra copa. ¿Por qué no? Podía empezar a trabajar en su presentación al día siguiente. Mientras, no había razón para no disfrutar del tiempo libre. Incluso, podía sentarle bien relajarse un poco antes de continuar con sus viajes. Todavía tendría tiempo de sobra para darle los últimos retoques a su informe en el largo viaje de vuelta a casa, antes de tener que presentarlo ante la junta de accionistas.

Era un gran paso. Le había costado mucho convencer a los jefes de que hicieran un acto de fe y miraran más allá del propio huerto de ingredientes orgánicos, para apostar por un punto de venta que sería realmente único. Así que, si podía recargar las pilas disfrutando de su día de turista, lo último que quería era echarlo a perder pensando en el maldito Rocco Hermida.

Con aire distraído, comenzó a echar un vistazo a la colorida mezcla de exóticos porteños y glamurosos extranjeros. A un lado del enorme campo, vio las carpas blancas de la zona VIP. Esme estaría en una de ellas, actuando como anfitriona, sonriendo y posando para las fotos. Como esposa del capitán del equipo de Palm Beach, era parte del espectáculo. Frankie no podía imaginarse nada peor.

Un anuncio resonó en los altavoces de todo el campo. Un primer plano volvió a llenar las pantallas. Allí estaba de nuevo, frunciendo el ceño, con el pelo peinado hacia atrás, a excepción de ese mechón que siempre le caía sobre la frente. Llevaba los colores de su equipo, rojo y negro, con botas y protectores blancos. Mientras la cámara hacía un zoom para sacarlo de cuerpo entero, Frankie no pudo evitar fijarse en sus muslos. Se veían fuertes y musculosos. Ella los conocía bien. Se acordaba. Los había besado.

Durante un momento, se quedó embobada, perdida en sus recuerdos. Había sido su primer beso, su primer amor, la primera vez que se le había roto el corazón. Refunfuñando, apartó los ojos de la pantalla. Mientras, el locutor ensalzaba los éxitos del héroe del día.

El primer chukka, nombre que recibían los distintos tiempos del partido, estaba a punto de comenzar. El aire estaba electrizado por la excitación. Frankie se sentó, dispuesta a animar al equipo de Palm Beach. Aunque dos de sus ponis estaban en el equipo argentino. Y la imagen gigante de Rocco Hermida en las pantallas era capaz de dejar sin respiración a cualquier chica del mundo.

Pero ella no le debía nada.

Cada chukka era más dramático y emocionante que el anterior.

Rocco galopaba como el viento y se giraba como un rayo. La cámara recogía su expresión de concentración y, cada vez que marcaba, algo que hizo unas diez veces, regalaba a la excitada multitud la fugaz visión de sus blancos dientes en una rápida sonrisa.

Por supuesto, también estaba Dante. Volaba de un lado del campo a otro y sus movimientos eran majestuosamente hipnóticos.

Ganaron. Por supuesto. Mientras el público se volvía loco en vítores y aplausos, Frankie se dispuso a abandonar las gradas. Con la cabeza gacha y expresión impasible, se dirigió hacia el lugar donde se guardaban los ponis. Esa era la verdadera razón por la que había ido.

Los mozos estaban refrescando a los animales con mangueras. Las gotas de agua se mezclaban con el polvo del ambiente. Le encantaba contemplar momentos así. No se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos estar cerca de sus adorados caballos.

Todo el mundo parecía atareado, animadas conversaciones llenaban el aire, el ambiente era jovial y distendido. El equipo de Palm Beach había aceptado bien la derrota y, sin duda, Esme estaría satisfecha con el partido. Pero, por supuesto, el rey del día era Rocco Hermida. Y Dante. Como había sido de esperar.

En cuanto pudiera localizar a los dos ponis que había ido a ver, Frankie se iría de allí. Se daría un baño en la pequeña bañera esmaltada de su habitación de hotel y usaría algunos de los regalos que le habían hecho en su última visita a una plantación. Un poco de aceite esencial para relajarse y una infusión de hierbas para dormir. Veinticuatro horas después, estaría lista para irse. Incluso si se iba de fiesta esa noche, algo que Esme quería que hiciera, le

sentaría bien un tratamiento relajante.

Nadie le prestaba atención. Era lo más normal, pensó Frankie. Era una mujer delgada y de baja estatura, acostumbrada a pasar desapercibida. Nada que ver con las típicas admiradoras de los jugadores, que tenían todas los dientes perfectos, igual que los ponis, piernas largas y cuerpos impresionantes. De pequeña, ella siempre se había comportado como un niño. Había corrido con sus hermanos, había montado a caballo y había disfrutado de la vida salvaje en los alrededores de su granja. Hasta el día en que había ido al establo a buscar a sus hermanos y se había topado de golpe con Rocco Hermida.

Nunca olvidaría ese momento.

Al dar la vuelta a una esquina, lo había visto, radiante como el sol al mediodía en las sombras del camino embarrado. Él se había quedado parado, mirándola. Ella se había quedado clavada al sitio. Nunca había visto a una persona tan imponente, tan atractiva. Rocco se había tomado su tiempo en mirarla de arriba abajo. Luego, había vuelto su atención hacia Mark y Danny y se había ido dando un paseo con ellos, haciéndoles preguntas con su marcado acento inglés. Ella se había quedado paralizada. Su vida había cambiado sin avisar en aquel mismo instante.

Años después, Rocco poseía una excelente crianza de ponis de primera clase, un programa de mejora genética y un montón de negocios más. Pero el polo era su pasión. Todo el mundo lo sabía.

Mientras caminaba, Frankie se acercó a un tráiler gigante con el rótulo *Hermanos Hermida,* aparcado en la parte trasera del estadio.

Era un espléndido establo portátil y estaba inmaculado. Los ponis que guardaba estaban limpios y relucientes, descansando en sus cuadras. Eran animales orgullosos, muy bien cuidados. Frankie se paseó entre ellos, inspirando su aroma a victoria. ¿Dónde estaban sus chicas? Estaba ansiosa por verlas. Sabía que reconocería a la progenie de Ipanema sin lugar a dudas. Sus descendientes, criadas por Rocco, eran la viva imagen de su querida poni.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Frankie se quedó paralizada al escuchar aquella voz a sus espaldas. El estómago le dio un vuelco.

–¿Me has oído? ¿Qué estás haciendo?

Ella respiró hondo, tratando de mantener la calma.

–Solo quería echar un vistazo.

–Date la vuelta.

Ella no podía… no quería hacerlo.

–He dicho que te vuelvas.

Una corriente eléctrica atravesaba el cuerpo de Frankie. La voz que llevaba años sin escuchar le resultaba demasiado familiar. Como si justo hubiera mencionado aquellas palabras inolvidables… «Eres demasiado joven. ¡Fuera de aquí!».

Un poni meneó la cabeza y la miró con sus enormes ojos castaños. A ella se le aceleró el corazón en el pecho. Le temblaban las rodillas. Pero, de alguna parte, sacó fuerzas. Ya no era una niña, sino una mujer hecha y derecha. No volvería a dejarse humillar.

Se giró. Lo miró a la cara. Levantó la barbilla.

Rocco la observó fijamente. Dio un paso hacia ella. Ella dio un paso hacia atrás.

–Sabía que eras tú.

Frankie se forzó a no dejar de mirarlo a los ojos, mientras el suave y viril sonido de su voz reverberaba en sus oídos.

Todavía estaba vestido con las ropas del partido. Tenía el rostro sonrojado por el ejercicio y el calor, el pelo revuelto. Era la viva imagen de la vitalidad. Frankie apenas pudo encontrar fuerzas para continuar mirándolo, pero estaba decidida a no dejarse intimidar.

–He venido a ver a las hijas de Ipanema.

Sus palabras sonaron forzadas. Otro poni pateó en el suelo y removió la cabeza.

–Has venido a verme a mí.

Ella abrió los ojos como platos, dejando escapar una carcajada de desprecio.

–¿Bromeas?

Rocco dio un paso atrás y la contempló con la cabeza ladeada, como si ella fuera un espécimen en venta en el mercado de ganado y estuviera tentado de comprarla.

Luego, arqueó una ceja. Meneó la cabeza.

–No.

Era un hombre arrogante. Insoportable.

–Mira, piensa lo que quieras. Siento no haber pedido permiso para venir a ver tu partido benéfico… ¿pero de veras crees que he venido a verte? Cuando tenía dieciséis años, tuve más que suficiente contigo.

Un atisbo de algo peligroso, travieso y excitante atravesó los ojos de Rocco. De un paso, se colocó justo delante de ella. Posó la mano en su hombro, incendiándolo al instante. El cuerpo de Frankie se derritió, ansió lanzarse a sus brazos.

–No tuviste suficiente… nada de eso –repuso él y sonrió–. Pero querías.

Al sentir clavados en ella sus ojos negros como el carbón, tuvo

que hacer un esfuerzo para que no se le abriera la boca. Si lo hacía, sabía que gemiría sin remedio. Lo único que pudo hacer fue sostenerle la mirada.

Entonces, Rocco deslizó la mano desde el hombro hasta su cuello.

–Frankie… Pequeña Frankie.

Y la sujetó de la nuca.

Frankie apartó la cara.

–¿Qué? –fue todo lo que acertó a decir ella.

–Ya eres una mujer.

Rocco se acercó todavía un poco más. Ella fijó la vista en el logo de su camiseta. Dos pelotas, dos palos, dos letras H. Percibió los músculos firmes bajo su camisa, sus fuertes pectorales, la sombra de vello asomando por encima del botón superior. Vio su piel color caramelo y su cuello ancho y musculoso, la sombra de barba en el mentón, los labios jugosos color vino. Contempló su nariz rota, sus ojos oscuros intensos, sus cejas arqueadas con gesto interrogativo. Y absorbió su aroma. A puro hombre.

Él había colocado la mano sobre su cabeza. Parecía como si fuera una especie de sacerdote desempeñando un extraño ritual de curación.

Pero ella no necesitaba nada de eso.

–Sí. Ya soy mayorcita. Y me voy –le espetó ella y se apartó–. Déjame pasar. Quiero irme.

Sin embargo, Rocco la sujetó. La recorrió con la mirada con atención, fijándose en cada detalle de su rostro. Luego, meneó la cabeza.

–Espera un momento. ¿Dónde te alojas?

Frankie titubeó. Se lo imaginó de pronto en su pequeña habitación de hotel, llenando el espacio con su imponente presencia. Era una imagen demasiado caliente como para poder soportarla.

–Eso no importa. Me quedaré solo un par de días.

Rocco no parecía tener prisa en moverse. Ella apartó la vista, miró a su alrededor y al vaso vacío que seguía sosteniendo en la mano. Podía hacer cualquier cosa menos mirarlo a él.

–Creo que deberías quedarte un poco más. Para ponernos al día.

Diez años atrás, Frankie había soñado con ese momento. Había soñado y fantaseado con él como una tonta. Pero, en ese momento, preferiría morir antes que darle la satisfacción de demostrarle el más mínimo interés.

–¿Ponernos al día en qué? No tengo intención de retomar

nuestra historia del pasado.

–¿Acaso llamas historia a lo que pasó en tu pequeña cama en la granja?

Sus palabras sonaban dulces y ácidas al mismo tiempo.

–No tienes ni idea, querida, de lo mucho que me hubiera gustado llevar las cosas más lejos contigo ese día.

Rocco le agarró un mechón de pelo. Ella se estremeció, no de dolor, sino de excitación.

–Mucho más lejos…

Cuando él le recorrió el rostro con ojos de deseo, a Frankie le temblaron las piernas.

–No tienes ninguna oportunidad –le espetó ella.

Él sonrió. Solo un instante. Luego, apretó los labios. Meneó la cabeza.

Frankie ya no podía más. Posó las manos en el pecho de él y empujó. Era sólido como una roca… no tenía esperanza. Rocco rio, pero se apartó a un lado.

–Tus caballos están descansando –informó él, cambiando de tono–. Han jugado bien. Están en aquella zona de cuadras. Tómate tu tiempo para verlos.

Frankie pasó de largo delante de él, desesperada por escapar. Sin embargo, dos pasos más allá, se detuvo. Tragó saliva y miró hacia atrás.

–Gracias.

–El placer es mío, Frankie –susurró él–. Y me propongo repetirlo.

Dicho aquello, Rocco se fue. Ella respiró, bajo la atenta mirada de los caballos. Seguro que los animales la entendían y sabían lo difícil que era compartir el aire con una persona que parecía ser la estrella de su propio sistema solar.

Encontró sus ponis. Sus nombres irlandeses estaban pintados en sus cuadras, Roisin y Orla. Tenían el mismo porte magnífico que su madre. Ella no podía sino alabar el trabajo que Rocco había hecho con los caballos. El mimo y el cuidado que le ponía al ganado era legendario. Además, se enorgullecía de que las descendientes de Ipanema estuvieran en tan buen lugar, en los mejores establos del mundo. Si Ipanema estuviera allí también…

Su hermano Mark estaría feliz. Era un profesional de la genética equina y el linaje que había producido había catapultado su granja a la fama. Ella sabía que seguía en contacto con Rocco y que intercambiaban conocimientos de vez en cuando. Mientras, su padre rezongaba en silencio cada vez que se mencionaba el nombre del jugador de polo. Nunca había podido demostrar sus sospechas,

pero tampoco las había olvidado. Y a ella la había castigado enviándola a un convento, para que aprendiera a comportarse.

Frankie llevaba ya cinco años lejos de Irlanda. Lejos de esa vida, trazándose su propio camino. Madrid era su hogar. Evaña era su mundo. Su padre le había cedido el negocio a Mark y los únicos contactos que ella tenía con esas preciosas criaturas se limitaban a los pocos viajes que hacía para visitar a su hermano.

Cuando los besó en el cuello, los ponis menearon la cabeza con satisfacción.

A veces, los animales eran mucho más fáciles de tratar que las personas. En realidad, siempre lo habían sido. Tenían sus estados de ánimo y sus propias personalidades, claro, pero nunca juzgaban, nunca la hacían sentir inadecuada, ni poco valiosa. Sobre todo, Ipanema. Haberse ocupado de su crianza, cuando era apenas un potrillo, le había cambiado la vida.

Había amado con todo su corazón a esa yegua. E Ipanema la había correspondido. Cuando se la habían vendido a Rocco, se le había roto el corazón.

Salió de los establos, sumergiéndose en el cálido sol de la tarde. El rugido exaltado de la multitud se había apagado, pero la celebración solo acababa de empezar. Horas después, habría una fiesta en el Molina Hotel, organizada por los patrocinadores del partido. Esme había insistido en quedar con ella allí.

–¡Es el evento más famoso del mundo del polo, después de Dubái y Deauville! ¡Tienes que soltarte el pelo… la vida es mucho más que trabajo! –le había rogado su amiga.

Pero lo más probable era que Rocco también asistiera. Y Frankie se notaba baja de fuerzas. Tal vez, era hora de dar el día por terminado, acostarse temprano y digerir todo lo que había sentido al volver a verlo.

Se colocó las gafas de sol y se dirigió hacia las carpas blancas con paso decidido. Nada más acercarse al campo, las imágenes que exhibía una gran pantalla llamaron su atención, como la del resto de los asistentes. Cuatro hombres vestidos de rojo, negro y blanco y otros cuatro de azul y amarillo estaban subidos al podio.

A su alrededor, no había más que gente hermosa y famosa. Frankie se quedó parada. Observó embelesada.

Los ganadores sostuvieron la copa en el aire. Dante lucía su radiante sonrisa acostumbrada. Rocco solo curvaba los labios. El público estaba emocionado.

Cuando se bajaron del podio, los rodeó la multitud de inmediato. Sobre todo, chicas bonitas. Y deseosas de agradar, pensó

Frankie. Abrazaron a sus héroes, posaron con ellos entre brindis de champán, sonrisas, besos en las mejillas.

Ella ya lo había visto todo antes… Hacía años, en persona y, luego, en las páginas de las revistas y en las noticias en Internet. Sin embargo, al contemplarlo en ese momento, sintió el aguijón de la rabia. ¡Estaba furiosa consigo misma por seguir todavía allí, mirando como una tonta! Era una respetable mujer de negocios, ¡no una jovencita tonta y enamoradiza!

Se giró y comenzó a caminar hacia la salida. Tomaría un taxi, se alejaría de allí, no se dejaría embaucar.

Con sus sandalias de tacón bajo y un veraniego vestido de algodón, atravesó el césped a toda prisa. La perspectiva de ir a la fiesta cada vez le resultaba menos atractiva. No, gracias. Esme lo entendería. Su amiga sabía que sus sentimientos hacia el arrogante Rocco rozaban la repulsión patológica… aunque no conocía la razón.

Nadie lo sabía.

Lo único por lo que debía estarle agradecida era que, gracias a él, se había prendido en su interior la chispa que había necesitado para salir de County Meath. Cuando lo había visto alejarse, con su mochila al hombro, por el camino de tierra que salía de la granja, bajo la luz del amanecer y la lluvia incipiente, se había dado cuenta de que se había dirigido a un mundo abierto, lleno de oportunidades. Había decidido que no había querido seguir atada a County Meath, ni a Irlanda, ni a las escasas opciones que su padre había creído posibles para ella.

Se había echado un vistazo a sí misma. Era delgada, sin curvas, fea y desarreglada. La mesa de su cuarto había estado llena de trofeos de montar a caballo en vez de maquillaje. Y, cuando había dejado de llorar y sollozar en su cama, había planeado su escapada.

Años después, allí estaba… en el ancho mundo.

Y allí se quedaría. Les demostraría a todos que se habían equivocado.

Con la cabeza gacha, sumida en sus pensamientos, se dirigió hacia las puertas de salida.

Justo entonces, una figura vestida de negro llegó a su lado. Era un hombre fuerte, alto.

–El señor Hermida le pide que se reúna con él.

Una inevitable excitación recorrió a Frankie. Durante un momento, se sintió halagada. Tentada.

Pero no. Sería un desastre aceptar. Su vida se encaminaba en una dirección por completo distinta.

–Hoy no. Ni ningún otro día, gracias –repuso ella, sin dejar de andar hacia la salida.

Cuando casi había llegado, el hombre volvió a alcanzarla.

–Señorita Ryan, el señor Hermida la recogerá más tarde para ir a la fiesta. A las diez en punto. En su hotel.

Frankie se dio media vuelta, lista para espetarle una cortante respuesta a aquel tipo tan insistente. Pero el hombre ya se estaba yendo, perdiéndose entre la multitud.

Había estado equivocada por completo. Había creído que Rocco ya no significaba nada para ella y que volver a verlo sería algo insignificante. Sin embargo, se había arriesgado demasiado cuando había ido a husmear en los establos sin pedir permiso. Podía haber hecho las cosas de forma apropiada, pidiéndole a su hermano Mark que lo organizara para poder ver a los ponis. Eso es lo que alguien en su pleno juicio habría hecho. Igual que debería haber actuado con normalidad al haberlo visto y haber aceptado tomarse una copa con él para hablar de los viejos tiempos… Después de todo, se suponía que hacía tiempo que debería haber olvidado lo sucedido entre los dos.

En vez de eso, se había prendido como una ramita en verano ante su presencia.

Era un hombre peligroso. Y ella no necesitaba meterse en líos.

Su carrera profesional era lo único que le importaba. Nada de ponis. Nada de polo. Y, más aún, nada de hombres imponentes que incendiaban su cuerpo y le rompían el corazón.

Salió a la calle como una prisionera que acabara de ser puesta en libertad. Rocco no sabía en qué hotel se alojaba, se dijo. Ni la conocía. ¿Que la recogería luego? Tonto arrogante. Un padre demasiado severo y dos hermanos dominantes no la convertían en la marioneta de nadie.

Pondría el cartel de *No molestar* en su habitación y descansaría con tranquilidad. Rocco podía tacharla de su lista y pasar a su siguiente yegua. Seguro que tenía cientos esperándolo.

# Capítulo 2

TANTAS chicas, tan poco tiempo –bromeó Dante y le guiñó el ojo a su hermano por encima de dos bailarinas de Río que acababan de plantarse a su lado.

Rocco acababa de quitarse de encima a una bonita y dulce rubia. Normalmente, solían gustarle las rubias, pero esa noche… Caminó hasta las ventanas de cuerpo entero de su ático en el Art Hotel. Esa noche, no estaba de humor.

Miró hacia las calles de Palermo, donde sabía que estaba el hotel de Frankie. Con una sola llamada de teléfono, había averiguado todo lo que había necesitado saber. Le habían confirmado que ella estaría en la ciudad el tiempo suficiente para saciar el hambre que había despertado en él hacía años.

La rubia volvió a rodearlo de la cintura. Rocco estaba perdiendo la paciencia. Miró a su alrededor, donde sus amigos y compañeros de equipo estaban divirtiéndose. Para él, sin embargo, la fiesta no comenzaría hasta que no tuviera a Frankie Ryan entre sus brazos. Solo entonces podría librarse de la tensión que lo estaba volviendo loco desde que la había sorprendido husmeando entre los caballos.

Se miró el reloj.

Era demasiado temprano. Tenía la sensación de que ella no iba a estar esperándolo en la puerta del hotel con un vestido ajustado y mirada de expectación. No, algo le decía que Frankie le iba a resultar un poco más difícil de convencer que la guapa rubia que, por fin, se había dado cuenta de que no estaba interesado en ella.

Rocco llamó a su chófer. No podía esperar más.

–Dante, luego nos vemos.

Su hermano, ocupado, le hizo una seña de acuerdo con la mano. Rocco todavía no le había contado que la había visto en el partido. No estaba de humor para preguntas. ¿Por qué? Porque él mismo apenas entendía cómo una niña escuchimizada podía haber ocupado sus pensamientos durante tantos años.

La última vez que Dante había sacado el tema, después de un día especialmente difícil para Rocco, en que no había logrado dar con ella en Dublín, los dos hermanos habían terminado discutiendo. Dante la había llamado «su obsesión irlandesa». En esa ocasión, él no había estado de acuerdo. Sin embargo, en el presente, debía admitirlo. Esa mujer lo tenía obsesionado.

Comprobó que llevaba dinero y el teléfono. Por primera vez en mucho tiempo, revisó también su aspecto. Sabía que era un hombre

atractivo, no era un estúpido ni un ingenuo. Pero nunca le había dado importancia. Había cosas mucho más importantes que eso, como la lealtad, el honor, la familia…

Y, si era sincero, ese ático lleno de mujeres hermosas que acababa de dejar no le interesaba tampoco lo más mínimo. Solo podía pensar en la flaca chiquilla de ojos color avellana que había conocido hacía diez años. Poner el broche de cierre a aquella historia estaría bien. Había pasado demasiado tiempo.

Se metió en el asiento trasero del coche. Faltaba una hora para la fiesta y la ciudad parecía estar preparándose para la noche que tenía por delante. Sería una fiesta grande, pensó, mirando las calles vibrantes de gente por la ventanilla.

Rocco había dormido en esas calles. Había dormido en los parques. Y había sobrevivido. Muchos otros habían caído por el camino o, peor aún, estaban encerrados en la cárcel o seguían en las calles. Él nunca olvidaría de dónde procedía y lo mucho que le debía a la vida.

Todo lo que tenía, su riqueza, sus negocios, su salud, su familia adoptiva, todo eso lo cambiaría en ese mismo momento por un día más con Lodo. Daría lo que fuera por otra oportunidad de protegerlo y cuidarlo… mejor de lo que lo había hecho la última vez.

El coche se detuvo. Había llegado. Villa Crespo estaba a la afueras de Palermo. El hotel era tradicional y sencillo, la fachada en tonos ocres y naranjas. Entró.

El conserje se quedó anonadado al verlo. Solícito, le respondió los detalles que Rocco quería saber. La habitación de Frankie estaba en la primera planta. No había recibido visitas. Y había estado en la habitación desde que había regresado hacía unas horas.

Ignorando el viejo ascensor enrejado, Rocco subió por las escaleras, de tres en tres.

Se quedó parado ante su puerta.

Llamó con la mano. Dos veces.

Nada.

Ella debería estar arreglándose.

Llamó otra vez.

Nada.

Justo cuando iba a vocear su nombre, la puerta se entreabrió.

Allí estaba Frankie.

Con los ojos somnolientos, el pelo enredado, un cremoso hombro al descubierto y un camisón azul pálido. Lo miró frunciendo el ceño bajo la tenue luz del pasillo.

Rocco nunca había visto nada tan adorable en toda su vida.

–Frankie.

Él dio un paso hacia delante, ansioso por sostenerla entre sus brazos.

Pero ella se llevó una mano a la cabeza y abrió la boca, perpleja.

–¿Qué…? ¿Qué estás haciendo aquí?

Rocco todavía no podía creer lo deliciosa que estaba con ese aspecto de acabarse de levantar. La recorrió con la mirada, deteniéndose en su piel lechosa, sin duda, con nada debajo de aquel fino camisón. Estaba tan delgada como recordaba aunque, tal vez, sus pechos eran más grandes…

–¿Qué haces…? ¿Por qué has…? Le dije a tu hombre que no quería ir a la fiesta.

Él levantó la vista a su cara. Oyó un ruido al otro lado del pasillo. El conserje estaba espiando.

–Déjame entrar, Frankie.

–¡No! –respondió ella de inmediato.

–De acuerdo. Esperaré aquí. Vístete.

–No pienso ir.

Rocco reparó en lo irónico de la situación.

–Ya hemos pasado por esto, cariño, solo que la última vez eras tú quien estaba a este lado de la puerta, ¿recuerdas?

Con esa actitud salvaje que a él siempre le había atraído, Frankie sacó la cabeza para ver quién estaba en el pasillo. Y volvió a mirar a Rocco.

–¡No puedo creer que estés aquí!

–Sería mejor si me dejaras pasar. Si no recuerdo mal, eso fue lo que tú querías la última vez.

–¡Solo tenía dieciséis años! ¡Cometí un error!

Frankie se cruzó de brazos, con lo que solo consiguió que se le deslizara un poco más uno de los tirantes por el hombro. Rocco casi podía ver el comienzo de uno de sus pechos. Con gesto delicado, le colocó el camisón en su sitio y, enseguida, apartó la mano. Ansiaba tocarla, pero conocía bien a las mujeres y sabía que ella iba a necesitar un poco más de tiempo.

–¿Por qué no lo hablamos dentro?

–Te explicaste muy bien la última vez que nos vimos. No tengo ganas de pasar ni un minuto contigo. Ya se lo dije a tu criado. Fui perfectamente clara con él.

–La última vez que nos vimos fue hace cuatro horas. Estabas en mi trailer. Habías ido a buscarme.

Frankie era la viva imagen de la belleza, allí parada, ruborizada

por la rabia, medio desnuda. Él estaba cada vez más excitado. Recordó cuando ella se había deslizado dentro de su cama, despertándolo con tímidos besos y con el calor de su pequeño cuerpecito. Entonces, él la había echado, como quien rechazara el paraíso.

–Estaba buscando a las hijas de Ipanema –rugió ella, furiosa–. ¡No a ti! ¡Eres un arro…!

Rocco le puso un dedo en los labios, para silenciarla. Ella abrió los ojos todavía más.

–No digas nada de lo que te puedas arrepentir después, cariño –susurró él, acercándose más–. Entra, vístete, te llevaré a la fiesta y te contaré todo lo que quieras saber de tus ponis.

Al instante, Frankie le apartó la mano. El camisón volvió a descolocársele y él no pudo evitar fijarse en sus pezones, que se podían adivinar bajo el fino tejido. Su erección aumentó todavía más.

–Digo lo que pienso. Y pienso que eres un…

Rocco no se pudo contener. Esa mujer lo incendiaba. Quería saborearla. Necesitaba hacerla callar, tapar su boca con un beso.

Se apretó contra ella y acalló sus insolentes labios. Frágil, pero fuerte, ella se quedó rígida y apretó los labios. ¡Con eso, solo consiguió excitarlo más! Él podía saborear su pasión. Entonces, ¿por qué luchaba tanto por resistírsele? La sujetó de la cabeza y la miró a los ojos.

Frankie forcejeó para soltarse, con los dientes apretados. Rocco la sostuvo de las caderas y la apretó contra su dura erección. Al instante, el rostro de ella se pintó de sorpresa.

Y, sí, Rocco confirmó lo que necesitaba saber. También lo deseaba. Ella cerró los ojos y gimió.

Esa era la señal que él había esperado.

Entonces, la hizo girarse, le dio un azote en el trasero.

–Entra. Vístete. Te espero fuera. Tienes media hora.

Rocco necesitaba tomar un poco de aire fresco. Tenía que calmar su excitación.

Esa mujer era capaz de incendiarlo en apenas unos segundos. Igual que le había pasado hacía diez años.

La forma abierta y directa en que ella había intentado seducirlo había sido encantadora, aunque él dudaba que su familia hubiera pensado lo mismo. Las intenciones de la joven Frankie habían estado muy claras, desde que se las había arreglado para sentarse a

su lado en la cena, con el rostro cubierto de maquillaje que, obviamente, no había sabido aplicarse, y con un vestido que había sorprendido a toda su familia. Hasta el asalto sin sutilezas que le había hecho en su cuarto.

–Bésame, Rocco.

Esa mirada en sus ojos… los labios húmedos y entreabiertos. Rocco había querido complacerla, más que nada. Pero, por supuesto, la había echado. ¿Qué clase de chico se aprovechaba de una niña cinco años menor, apenas consciente de su propia sexualidad? Había sido una chica fuera de su alcance.

Sin embargo, al amanecer, Frankie había vuelto a despertarlo. Desnuda. Se había metido en su cama. Al recordarlo, volvió a crecer su erección.

Rocco había estado desorientado, pero más excitado que nunca en su vida. Durante unos segundos, o tal vez unos minutos, se había perdido en el cuerpo de ella y había hecho cosas que no debería haber hecho. Pero, por suerte, había parado a tiempo, antes de que las cosas se le hubieran ido de las manos. Ella le había rogado y suplicado, poniéndole más difícil todavía rechazarla. Así que, al final, había sido él quien se había ido. No sin antes haberle lanzado una última mirada a esa joven que lo había contemplado envuelta en una sábana, todo ojos y piel blanca.

Rocco nunca había podido borrar esa imagen de su mente.

Pasó por delante de su chófer, paseó por la calle inquieto, como un león enjaulado. Debería esperar dentro del coche, se dijo, para no llamar la atención. Los viandantes comenzaban a pararse a mirar. Seguramente, se preguntaban qué estaba haciendo el capitán del equipo de polo que acababa de ganar el partido benéfico más grande que se había visto en Buenos Aires, solo, delante de un hotel de tres estrellas en Villa Crespo.

Se miró el reloj.

Habían pasado cuarenta minutos.

Entonces, lo comprendió.

Frankie no iba a salir.

Rocco miró hacia las ventanas del primer piso. Le pareció ver moverse una cortina.

La gente lo observaba en la calle, expectante. El conserje lo saludó con la mano desde la puerta del hotel.

Así que se metió en el coche. Le dio una orden a su chófer y se alejaron de allí.

¿Qué clase de juego estaba jugando Frankie? Tenían un asunto inacabado. Era tan sencillo como eso.

Si ella lo deseaba tanto como él intuía, era hora de que aparcara sus jueguecitos infantiles y dejara de fingir. Tendría que ir a buscarlo. Y lo haría. Apostaría lo que fuera.

Frankie cerró del todo la cortina, mientras el lujoso coche negro desaparecía al doblar una esquina. Se sentó en el borde de la cama. Llevaba un vestido corto de seda y piernas y brazos desnudos, brillantes por el aceite que se había puesto. Se había arreglado todo lo que había podido.

Se había lavado y alisado el pelo. Un poco de maquillaje le ocultaba las ojeras. Se había pintado la sombra de ojos del mismo color que el vestido, azul, y se había puesto máscara de pestañas. Sus labios relucían con brillo y un ligero toque melocotón teñía sus mejillas. No tenía nada que ver con la adolescente loca por los caballos que había intentado acorralar a Rocco Hermida.

Entonces, ¿por qué no había sido capaz de seguir el juego?

Un vistazo a la televisión, que había exhibido las imágenes que todos los amantes de polo habían estado siguiendo, había sido la razón. Primeros planos de Rocco, Dante y su equipo habían llenado la pantalla. Imágenes del partido, de la copa y de las admiradoras que los habían rodeado. Frankie se había sentado y había suspirado. Una cosa era haberse ofrecido en bandeja de plata a un playboy a la edad de dieciséis años. Y otra muy distinta era hacerlo con veintiséis. Sobre todo, cuando sabía bien lo que pasaría después.

Cuando Rocco la había besado, la había dejado inerme, ansiando saltar a sus brazos. Y, cuando la había sujetado de las caderas y había apretado sus pelvis, los diez años que la separaban del pasado se habían desvanecido y se había imaginado de nuevo en su cama, entre sus brazos, presa de la pasión más incandescente.

Sin embargo, lo único que había sacado en claro en las últimas cuatro horas era que él la consideraba un asunto inacabado. ¿De veras quería ella representar ese papel? ¿Quería convertirse en la próxima tonta que engrosara su larga lista de amantes?

A lo largo de los años, había tenido que reconstruirse a sí misma, había tenido que vencer una profunda depresión después de que su padre la hubiera despojado de todo lo que había amado. La había ocultado y la había castigado. La marca que su padre le había dejado en la mejilla con un bofetón había desaparecido mucho más rápido que la cicatriz que le había dejado en el corazón.

Por otra parte, se preguntó qué hubiera pasado si hubiera asistido a la fiesta con él. ¿Habría salido acompañada por él

también? Si se acostaba con él, ¿tendría su relación algún futuro? Sabía que no. La conclusión, entonces, era que debía dejar de pensar en Rocco Hermida y no pasarse los próximos diez años en ese estúpido estado de perpetuo embeleso.

Tenía que haber otros hombres que pudieran excitarla como hacía él. ¡Seguro!

Apagó la televisión y suspiró. Su teléfono sonó y, cuando miró la pantalla, vio que era un mensaje de Esme.

*Hola, guapa. ¡Te echamos de menos! Sal de la cama y ven a conocer a los chicos del equipo de Palm Beach. Les he hablado de ti, así que es mejor que vengas cuanto antes. ¡Nada de excusas! Un beso.*

Podía apagar el móvil sin más, pensó Frankie. Pero, conociendo a Esme, era capaz de presentarse allí para ir a buscarla. ¿Y si salía para conocer a los chicos del Palm Beach? Tal vez eso sería la mejor cura. Incluso era posible que se sintiera atraída por algún otro hombre guapo que fuera un poco menos arrogante, menos dominante y abrumador.

El teléfono sonó de nuevo con otro mensaje de su amiga.

*El coche va de camino a recogerte. ¡Hora de fiesta!*

Estaba decidido, entonces. Frankie se puso en pie.

Podía hacerlo. Claro que sí. Si había podido superar la más terrible depresión y mantenerla a raya durante todos esos años, también podía pintar una sonrisa en su cara, salir del hotel y pasarlo bien con su mejor amiga. Esme sabía mejor que nadie que, en las fiestas, no estaba en su elemento, pero aquella era una ocasión especial. Era una mujer adulta y estaba dispuesta a demostrarle a Rocco Hermida que ya no podía mandar en ella.

Se puso los pendientes de plata bolivianos que se había comprado en República Dominicana y agarró el bolso de mano. En menos de dos días, Rocco Huracán estaría fuera de su vida. Para siempre.

Solo debía recordar eso. Y mantenerse alejada de él.

# Capítulo 3

AL ENTRAR en el grandioso Hotel Molina, una mansión de estilo francés famosa por sus fiestas exclusivas y excesivas, Frankie se dejó contagiar por la atmósfera de jovialidad que lo impregnaba todo. Los asistentes emanaban diversión y sensualidad, igual que la ciudad entera. La pasión y la excitación estaban en el aire. Podía olerlas. ¿Le sería posible, solo por una noche, no pensar en nada y disfrutar del momento?

Subió por las escaleras alfombradas. Las cámaras disparaban sus flashes, aunque ninguna apuntaba hacia ella. Era una persona insignificante. Y eso le gustaba. Miró a su alrededor, a la glamurosa mezcla de sudamericanos y europeos. Sorprendentemente, se sentía relajada. Por una vez, era como si hubiera dado justo en el clavo con el atuendo que había elegido.

Caminó por un salón bañado en el suave murmullo de conversaciones, risas. La gente bebía cerveza, vino, comían canapés con un aspecto delicioso. Los camareros se paseaban con trajes blancos y radiantes sonrisas.

No había ni rastro de Esme, pero tampoco tenía prisa por encontrarla. Entró en la zona principal de recepción. Una gran mesa de roble, iluminada por un exquisita lámpara de araña, llamó su atención. Tenía varios cubos con hielo y champán y delicadas flautas servidas con el licor burbujeante. Perfecto. Esa sería su elección de bebida para la noche.

Había pantallas estratégicamente colocadas por todos los rincones, exhibiendo imágenes de los ganadores. Frankie sintió que le daba un vuelco el estómago. ¿De veras era inmune a él? ¿Iba a poder ignorarlo tan fácilmente?

Sí, claro que sí, se repitió a sí misma.

No era tan ingenua como para pensar que, cuando lo viera esa noche, el corazón no se le aceleraría y la sangre no se le incendiaría. Pero era lo bastante lista como para saber que se trataría solo de reacciones físicas. Pasarían. Y no iba a dejarse en evidencia. Menos, bajo la mirada de todos. Tenía demasiado que perder y muy poco que ganar.

Le dio un trago a su copa y se frotó el anillo de plata. Un rugido de risas y vitalidad inundó el pasillo. Un montón de gente se acercaba por la alfombra roja. Y allí estaba él.

Alto, moreno, con ese mechón de pelo sobre la frente. Llevaba una camisa azul, pantalones oscuros. Su cuerpo era el sueño de

cualquier mujer. El ambiente se cargó de una energía especial. Las caras se volvieron hacia él, hipnotizadas, adoradoras.

Frankie se dio la vuelta, se agarró a la mesa y respiró hondo.

Había medio esperado que Rocco iría a buscarla. Cuando vio que no era así, miró hacia atrás. Su hermano y él estaban rodeados de disparos de cámaras, risas y una miríada de mujeres guapas. Él posó la vista en ella, pero solo un instante. Lo suficiente para hacerle saber que la había visto y no estaba interesado.

¿Eso era todo? ¿Ya se había olvidado de sus intenciones de esa tarde? ¿Ya la había dejado atrás?

Por supuesto. Era una ridiculez esperar otra cosa.

Esme tenía que estar por alguna parte. La encontraría y se quedaría con el equipo de Palm Beach. Era eso o volverse al hotel. ¿Acaso iba a rendirse tan fácilmente?

Sin poder ignorar la multitud que rodeaba a Rocco a su izquierda, se dio media vuelta y sacó el móvil del bolso. Por suerte, tenía un mensaje de Esme.

*¡Date prisa! Estamos en el Tango Bar. Hugo te espera. ;)*

Había muchos Hugos en el mundo del polo, pero solo uno en el equipo de Palm Beach. Era un hombre guapo, alto, de espalda cuadrada, la viva imagen de la salud. Y jugaba bien, muy bien. Pero la perspectiva de darle conversación a un tipo tan grande no tenía mucho interés para ella.

Se guardó el móvil en el bolso. Si iba a hacer algo de provecho esa noche, era mejor que sus vistas fueran distintas de las que tenía en ese momento.

Sin poder evitarlo, volvió a lanzar una mirada a Rocco, para comprobar si él la estaba observando. Pero no era así. Estaba delante de las cámaras, con el brazo alrededor de una guapa rubia, con una seductora sonrisa en el rostro. Frankie reculó como un animal herido. Así que ella era por completo prescindible, claro.

La música de tango bajaba desde el piso de arriba por las escaleras, lo que significaba que iba a tener que pasar delante del grupo que posaba para las fotos. Podía hacerlo. Seguro que podía.

Intentando esbozar su mejor expresión de indiferencia, levantó la barbilla y empezó a caminar. Tuvo que hacer un rápido movimiento para no estrellarse con un fotógrafo que acababa de echarse hacia atrás para encuadrar mejor la imagen. Se le torció el tobillo. Se tragó un grito de dolor.

Unos fuertes brazos la sujetaron. Ella levantó la vista, perpleja, para toparse con Dante Hermida. Su sonrisa era como el sol del mediodía.

–Eh, hola. ¿Estás bien?

Su contacto era desarmador, la llenaba de calidez. Era sólido, como su hermano.

–Sí, bien, gracias.

–¿Estás segura? Parece que tenías un poco de prisa.

Frankie abrió la boca para hablar, pero alguien irrumpió en la escena, puso un brazo alrededor de los hombros de Dante y le hizo girarse.

–Yo me ocupo –dijo Rocco, acercándose de pronto.

A Frankie le latía el corazón en los oídos. Su determinación se hacía pedazos por momentos. Miró la sonrisa de Dante y el ceño fruncido de Rocco con los ojos clavados en ella.

Dante rio y le dio una palmada a su hermano en la espalda.

Rocco seguía mirándola fijamente. Frankie bajó la cabeza y se dio la vuelta. Poner distancias era su única esperanza. Porque ese hombre la hipnotizaba. La absorbía. Cuando lo tenía delante, el mundo desaparecía y solo podía perderse en sus ojos. Todavía podía sentir el contacto de sus labios. Ansiaba repetirlo. Tanto, que la aterrorizaba.

Frankie caminó hacia las escaleras, pero no pudo evitar volver la vista un momento. Rocco seguía mirándola. Siguió andando. Había conseguido escapar una vez más, se dijo, pero se sentía como si la veda estuviera abierta, como si solo fuera cuestión de tiempo.

El Tango Bar estaba oscuro, bañado en la sensual música. Buscó a Esme con la vista y, enseguida, la encontró.

Su amiga estaba en su elemento, rodeada de hombres guapos con sonrisas radiantes. Todos se volvieron hacia ella cuando Esme la vio. Se hicieron las presentaciones oportunas y, al final, quedó al lado de Hugo.

Debería tranquilizarse, se dijo a sí misma. Solo tenía que relajarse con el champán y disfrutar de la compañía. Solo tenía que seguir forzándose a sonreír y, en cuestión de horas, podría descansar en su adorable camita. Al día siguiente, se levantaría a mediodía, se tomaría un buen desayuno y se pondría a trabajar en su presentación, antes de reunirse con Esme para ir a Punta.

¿Qué más daba lo que hiciera Rocco? Era pasado y punto. Lo que le molestaba era que la hacía sentir como si tuviera otra vez dieciséis años. Pero tenía veintiséis. Y era una mujer de recursos, segura de sí misma, independiente. Cuando se sorprendió a sí misma mirando hacia la entrada con ansiedad, se obligó a volver la cara hacia la pista de baile. Lo más probable era que concentrarse en aquellos bailarines sensuales y experimentados le hiciera

olvidarse de Rocco Hermida.

La pista de baile vibraba de pasión. Miradas calientes, posturas perfectas, movimientos entrelazados con impresionante precisión. La forma en que los bailarines masculinos llevaban a sus parejas la tenía hechizada.

Cuando acabó la canción, uno se acercó a ella para invitarla a bailar. Frankie dudó si aceptar o no, pero Esme la animó hacia la pista. Antes de que pudiera darse cuenta, allí estaba, dándole la mano a un desconocido.

Tal ve le sirvieran de algo las clases de baile que había dado durante tantos sábados, pensó Frankie. Su madre le había obligado a hacerlo durante seis meses, preocupada porque se hubiera convertido en un chico por completo. Con reticencia, al final, ella había aceptado ir a un curso de bailes de salón hasta que, a los catorce años, se había plantado y se había negado en redondo a más bailes. Una vez más, todos la habían acusado de ser tozuda e indomable.

En la pista, mantuvo la cabeza alta y se dejó llevar por su acompañante. Poco a poco, empezó a recordar los pasos básicos. Esa danza era justo lo que necesitaba para liberar un poco de la sensualidad que había estado rodeándola desde que había aterrizado en la ciudad argentina. Se giró cuando su pareja la giró, se dejó echar hacia atrás y cayó en sus brazos.

Justo delante de Rocco.

Estaba sentado allí, en una pequeña mesa al borde de la pista. Observándola. Tenía un brazo en el respaldo de su siento, las largas piernas abiertas. El ceño fruncido. La miraba a los ojos. A ella le cedieron las piernas, su pareja de baile la sostuvo. Al fin, terminó la canción. No había bailado como una experta, pero tampoco había quedado demasiado mal, se dijo a sí misma. A excepción de ese momento.

La música paró. Su acompañante la besó en la mano y la escoltó de vuelta a su asiento. Todo el mundo aplaudió su talento y su valentía, mientras se sentaba, sonrojada y sin aliento.

Entonces, Rocco se levantó. Caminó hacia la zona de baile. Dio una vuelta alrededor de una de las mujeres que había en la pista. El ambiente se llenó de electricidad. El público lo contemplaba con emoción y expectación.

–Baila igual que juega –dijo Hugo–. Es un fenómeno.

Era el héroe de todo el mundo.

Su acompañante, una rubia con el pelo recogido en la nuca, llevaba un vestido escotado rojo y sandalias de tacón. Se entrelazó

con él, siguiendo sus pasos a la velocidad del rayo. Le recorrió todo el cuerpo con las manos, mientras él permanecía quieto un momento, dirigiéndola con la mirada. Hacían una pareja electrizante.

A Frankie se le aceleró el pulso. Era demasiado. Más de lo que podía soportar. Se levantó de la mesa y se abrió paso entre la multitud, avergonzada de su estúpida reacción ante ese tipo. ¡Solo era un hombre! ¿Por qué le otorgaba tanto poder sobre sí misma?

Furiosa, subió las escaleras y atravesó un pasillo suavemente iluminado, hasta el baño de señoras. Necesitaba tomarse un descanso de cinco minutos, luego, volvería y le diría a Esme que estaba cansada y se iba a casa. Eran solo las dos de la madrugada, pero ya había tenido suficiente.

Se cepilló el pelo, se puso brillo de labios y frunció el ceño ante su reflejo en el espejo. Otra vez estaba bajo el embrujo de Rocco Hermida. Pero era hora de controlar sus impulsos. Lo que había pasado ese día quedaría solo como un mal recuerdo en su memoria. Nada más.

Abrió las puertas y salió del baño, decidida a despedirse de Hugo con educación y a quedar con Esme para el día siguiente. Pero, nada más pisar el pasillo, alguien la agarró del brazo. Rocco la llevó hasta una esquina a oscuras. La zarandeó y la lanzó a un sofá de terciopelo, como si todavía estuviera protagonizando la coreografía de un tango. Ella cayó sentada, con la cabeza hacia atrás.

–¿Es eso lo que quieres, Frankie? Me buscas, me provocas, te exhibes por la fiesta, bailas como si estuvieras a punto de tener un orgasmo. ¿Y crees que me voy a quedar sentado mirando sin más?

Frankie se agarró a los reposabrazos y se encaró con él. El vestido se le había subido, dejándole los muslos al descubierto. Apretó los dientes, furiosa, todavía tratando de digerir lo que había pasado.

–Te tenía en mejor estima. Todos estos años, he respetado tu recuerdo. Nunca pensé que fueras una cualquiera.

Sin pensar, Frankie se puso en pie y levantó la mano para abofetearlo. Pero él la sostuvo del brazo y la detuvo. Sus cuerpos quedaron pegados, su rabia latía en el ambiente.

Ella se zafó de la mano que le agarraba la muñeca.

–¡Suéltame! ¡Déjame en paz! Vete a bailar con tu rubia. ¡No quiero que mi nombre se asocie al tuyo!

Irritado, Rocco acercó su cara a la de ella. Sus ojos relucían como carbones ardiendo.

–¿Así que es eso? ¿Me deseas, pero no quieres que nadie lo sepa? ¿Sigues jugando a ser una niña buena? Todos los presentes esta noche se han dado cuenta de que ansías mi contacto.

Mientras hablaba le recorrió el rostro con la punta del dedo. Ella se estremeció.

Él echó la cabeza hacia atrás unos milímetros y sonrió como un diablo.

–Estás desesperada –susurró Rocco, alargó una mano y la agarró del trasero, apretándola de nuevo contra su pelvis.

Frankie abrió la boca, pero la acalorada pulla que había pensado escupirle se le apagó en la garganta. No había forma de defenderse. Lo deseaba. Así que lo agarró de la cara para besarlo en los labios.

Al instante, se derritió.

Entrelazó los dedos en su pelo, sumergiéndose en su boca húmeda y caliente. Cuando la penetró con la lengua, a ella le temblaron las rodillas. La lamió, la succionó, la acarició.

Él le sujetaba la cabeza con una mano y el trasero con la otra. Cuando Frankie gimió su nombre, la silenció con su boca. Las manos de ella lo querían tocar todo, pelo, camisa, piel. Gimió una y otra vez. La besó en el cuello, la mordisqueó, volvió a los labios. Levantó una pierna alrededor de la cintura de él. Quería estar lo más cerca posible.

–Eres un gato salvaje –susurró Rocco, acorralándola contra la pared.

Eran las primeras palabras que él le había dicho, hacía diez años. En ese momento, tenía su boca en el oído, mientras la apoyaba contra la pared y la acariciaba por todas partes, por debajo del vestido. Encontró sus braguitas y se las retiró hacia un lado, deslizó los dedos en su carne húmeda y mojada.

–Rocco –gritó ella, con la boca apretada en el hombro de él, estremeciéndose de placer. Por encima del hombro, vio una figura, pero no le importó.

Rocco debió de haber oído algo también, porque de inmediato la soltó, la colocó en el suelo y le bajó el vestido. Le levantó la barbilla, le atusó el pelo, la miró con ojos brillantes y fieros.

–Te deseo demasiado. Más de lo que nunca he deseado a una mujer. Se acabaron los jueguecitos –advirtió él y la besó de nuevo. Luego, dio un paso atrás y le ofreció la mano–. Vamos. Iremos a mi casa.

–Espera… tengo que decírselo a Esme. He venido con ella –musitó Frankie, presa de un apasionado trance.

–¿La mujer de Brett Thompson? Ya se lo he dicho yo. Le dije que

te ibas conmigo. Se lo he dicho a ella y a Hugo. ¿O creías que te iba a dejar pasar un minuto más con él?

–¿Se lo has dicho? ¿Cuándo? –preguntó ella, perpleja.

–Cuando te levantaste de tu mesa. Les dije que teníamos un asunto pendiente y que no regresarías.

–¿Les dijiste eso?

–¿Qué? ¿Qué otra cosa podía pasar, querida? ¿Acaso te he obligado yo a meterme la lengua en la boca o a ponerme las piernas alrededor de la cintura?

Sin esperar respuesta, Rocco la guio hacia la salida. Fuera, la noche empezaba a amanecer. El día no estaba haciendo más que empezar.

# Capítulo 4

ROCCO tenía tres casas y un barco. Su casa en el centro de la ciudad, en el barrio de Recoleta, estaba solo a unas manzanas de allí. Podían ir andando. Su villa en el campo, *La Colorada,* estaba a dos horas en coche. Para ir a su mansión en primera línea de playa, en Punta del Este, había que hacer un corto trayecto en helicóptero. Y su barco estaba en alguna parte en la costa de las islas Caimán.

No dejaba de darle vueltas a las opciones, mientras caminaba junto a Frankie.

Quería tener tiempo para disfrutar a solas de esa mujer, sin que nadie los interrumpiera. Se lo merecía. Y lo necesitaba. Igual que ella.

Su chófer se acercó a la entrada para recogerlos.

–¿Dentro de cuánto tiempo volverás a Europa?

–Dentro de una semana. Más tarde, me iré a Punta del Este con Esme y Brett. Luego, tengo un viaje a la Pampa, el jueves. Vuelvo el viernes.

–Van a ir a la fiesta del Turlington Club –comentó Rocco, casi pensando en voz alta. Él también tenía previsto asistir. Nunca se perdía esa celebración. Yo te llevaré a Punta. Mañana –concluyó.

Decisión tomada.

Frankie se detuvo en seco en medio de la calle. El brillo de la rabia invadió su apasionada mirada.

–Te he contado mis planes. No pienso cambiarlos.

–¿No? Ya los has cambiado. Estás aquí ahora. ¿Quieres decirme que prefieres tumbarte al sol con tu amiga antes que meterte en la cama conmigo?

Rocco le acarició la mandíbula con un dedo, mientras ella apretaba los labios. Iba a protestar pero, en vez de eso, sonrió.

–Te daré un día de mi tiempo –dijo ella tras un momento de silencio–. Después de eso, continuaré con mis planes.

Rocco sonrió también. No solía llevarse bien con la gente independiente. Las mujeres servían para amar, no para combatir, pensó. Pero, durante las pocas horas que iban a pasar juntos, no iba a darle demasiada importancia. Incluso, hasta le parecía un añadido a su atractivo.

–Aceptaré tu amable oferta –respondió él, sin soltarle el rostro. Le sujetó la barbilla con firmeza y la observó mientras ella casi se atragantaba con el aire–. Y ya que es lo único que me ofreces, no perdamos ni un momento. Tengo una casa a la vuelta de la

esquina… –susurró, posando los ojos en su boca, en sus labios húmedos–. Si te portas bien, te llevaré con tu amiga a tiempo para que sigas con tu plan. ¿Tengo tu aprobación?

Frankie afiló la mirada, adivinando que se estaba burlando de ella.

–Sí.

–Excelente. Nuestro primer acuerdo. Nos iremos derechos a mi casa en la ciudad, entonces.

Rocco le abrió la puerta del coche y esperó. Ella le lanzó una mirada de advertencia, como diciéndole que solo había ganado una batalla, pero no la guerra. Luego, entró. Después de revisar que nadie los estuviera vigilando, él entró también y se sentó a su lado.

En el asiento trasero, sus cuerpos rozándose, la pasión se incendió entre ellos de nuevo.

Pero Frankie fingió no notarlo. Se echó hacia atrás, posó una mano en el muslo de él y lo miró a los ojos.

–Para que te quede claro, yo no estaba jugando ningún juego. Fui a la fiesta porque no quería decepcionar a Esme, no para pasearme delante de ti. Si no hubiera sido por ella, ahora mismo seguiría acurrucada en mi cama. Así que puedes considerarte afortunado.

Todavía estaba en pie de guerra.

Rocco le sujetó el brazo desnudo y asintió, conteniendo la risa.

–Oh, claro, claro.

De pronto, sin embargo, él cayó en la cuenta de lo lejos que habían llegado… y de lo cerca que había estado de perder esa oportunidad.

–Creo que se trata de algo más que suerte. Siempre va a ser de la misma forma entre nosotros.

El coche avanzaba despacio por las calles oscuras. La respiración entrecortada de Frankie la delataba. Su piel era plateada como la luna. Seguía teniendo las manos en los muslos de él. Era la viva imagen de la belleza.

Rocco le tiró con suavidad de un mechón de pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Quería saborear cada segundo. Quería devorarla, disfrutar de cada plato de aquella comilona digna de un *gourmet*.

Sus labios se encontraron y él se sumergió en su boca, fresca como una sandía, más dulce que la miel.

Se perdió en sus besos, mientras ella se sentaba encima de él, a horcajadas, y se prendían fuego de nuevo.

Unos segundos después, el coche giró una esquina y se detuvo.

Habían llegado.

Rocco abrió la puerta del coche, percibió el brillo de los ojos del chófer en el retrovisor y salió, dándole la mano a Frankie.

Estaban ante su casa más sofisticada, su mejor compra. Demostraba lo lejos que había llegado, de ser un chico que había vivido en las calles, hasta convertirse en héroe nacional. Normalmente, se tomaba su tiempo en entrar, saboreaba la sensación de triunfo al llegar. Pero, esa noche, no. Marchó con su tesoro, azuzado por la prisa. Pasó por delante de los arbustos aromáticos, la lavanda en flor y las arizónicas moldeadas por las tijeras del jardinero. Nada de eso le importaba en ese momento.

Había esperado años para tener a Frankie. Y ella estaba allí. En su ciudad, en su casa. Entre sus brazos.

La pesada puerta de acero pulido le mostró su reflejo mientras subían las escaleras. Ella tenía un aspecto pequeño, delgado y, por un instante, le recordó a la niña que había sido. Tan llena de energía, tan directa y sincera. Podía haber crecido, haber ganado un poco de curvas, pero debajo del maquillaje, de su sedoso pelo y del vestido de diseño, seguía siendo esa criatura vivaz y natural que había conocido en aquel camino embarrado.

Y, al fin, iba a hacerla suya. Apenas podía contener la excitación y el calor que sentía entre las piernas. Estaba un poco fuera de sí… algo inusual para un hombre acostumbrado a llevar siempre el control en todas las situaciones.

Tras acercar una tarjeta al sensor de seguridad, la enorme puerta se abrió. Frankie entró a su lado.

–Por todos los santos… ¡vaya casa! –exclamó ella, contemplando las piezas de cristal, el mármol, las grandiosas escaleras alfombradas.

–Vamos arriba –fue lo único que dijo él. La levantó en sus brazos y se encaminó hacia las escaleras.

–Oh, sí –susurró ella, lo agarró de la cabeza y lo besó.

Gracias a su fuerza de la voluntad y a lo acostumbrado que estaba a subir esas escaleras, Rocco no se tropezó por el camino. Frankie era insaciable. Lo rodeó con las piernas de la cintura y le lamió toda la cara.

Él tuvo que parar. No podía dar un paso más con aquella criatura salvaje y erótica retorciéndose en sus brazos. Tenía que tomarla en ese momento. En el pasillo.

Con un rápido movimiento, la sujetó de la espalda, la echó hacia atrás y la tumbó en el suelo. Ella abrió los ojos sorprendida por el súbito cambio de posición, pero por su pícara sonrisa él adivinó que

estaba incluso más excitada que él.

–No quieres que vayamos despacio, ¿verdad, querida? No tienes paciencia.

–Puedes ir despacio con tus rubias.

Sus palabras, susurradas en el oído, lo incendiaron todavía más.

–Pero yo no tengo todo el día, así que no te hagas esperar.

Rocco la miró un instante en silencio. Nadie se atrevía a hablarle así. Nadie. Él nunca toleraría que alguien mencionara a sus anteriores parejas, nunca aceptaría comentarios censuradores. Pero ella era capaz de hacerlo. Y lo peor era que a él le encantaba.

–¿Crees…?

Frankie se quedó quieta, solo un momento. Tenía el pelo revuelto, los ojos brillantes como diamantes en su piel satinada. Era preciosa. Increíble.

Algo se prendió entre ellos en ese instante. Algo pesado, húmedo, demasiado grande.

Entonces, como impulsados por una fuerza superior, se lanzaron el uno a por el otro.

Ella le tiró de la camisa, arañándolo, agarrándolo. Apenas consciente de que le dolía el golpe que se había dado durante el partido, él se dejó tocar, mientras le levantaba el vestido por encima de las caderas. Ella trató de incorporarse, para poder despojarlo de sus ropas. Pero él no se lo permitió. Necesitaba verla. Tenía que tocarla.

Rocco la sujetó contra el suelo con una mano, mientras contemplaba su esbelto cuerpo, el diminuto triángulo de sus braguitas. Era tan delicada, tan femenina… Agarró el fino tejido de ropa interior y tiró, haciéndola pedazos. Ella soltó un grito sofocado.

–¡Esas braguitas me gustaban! –protestó ella.

–Te las pusiste sabiendo que yo te las quitaría, ¿no es verdad?

–Eres un engreído, ¿lo sabes, Huracán?

Rocco sonrió de nuevo. Esa mujer lo excitaba sobremanera.

–Te deseo.

Con ojos hambrientos, le levantó el vestido por encima de la cintura, exponiendo su desnudez.

–Eres perfecta.

Lo era. Exquisita, pensó Rocco, centrando la atención en el triángulo oscuro de su pubis. Sin hacerse esperar, deslizó los dedos dentro de ella.

Como una fiera salvaje domada, ella se quedó quieta, echó hacia atrás la cabeza, cerró los ojos y gimió. Estaba caliente y mojada.

Justo como él había previsto. Como recordaba. Tenía el clítoris hinchado, esperando su contacto. Lo frotó con el dedo solo una vez. El grito de placer de ella retumbó en las paredes y le llegó directo al corazón.

–Necesito saborearte, belleza.

Con las manos en sus caderas, hizo que se incorporara un poco sobre la alfombra de seda. Frankie se quitó el vestido por encima de la cabeza y se despojó del sujetador, antes de volver a tumbarse bajo la luz de la luna que se colaba por las ventanas. Parecía una ninfa, un hada que le había embrujado de pies a cabeza.

Rocco le levantó las caderas, le separó los muslos y la contempló despacio, bebiendo su imagen desnuda, la misma que no había podido contemplar bien en esos minutos robados hacía diez años. Luego, inclinó la cabeza hasta colocar los labios entre sus piernas abiertas. La saboreó, lamió y succionó.

Aquella primera vez, Frankie había llegado al orgasmo en poco segundos, tomándolo por sorpresa. Incluso ella misma se había sorprendido. Él dudaba que hubiera experimentado el clímax antes. Perplejo por lo que había pasado, él había salido disparado de la cama.

En esa ocasión, también Frankie tensó las piernas, se aferró a los brazos de él y llegó al éxtasis, retorciéndose en su boca. Mientras sus gritos resonaban en el pasillo, él siguió sujetándola, lamiéndola, hasta que ella cerró las piernas y le rogó que parara.

–¡Rocco, Rocco, por favor!

Entonces, él se levantó y la tomó en sus brazos otra vez, para llevarla a su habitación. Ella apoyó la cabeza en su hombro con languidez y satisfacción.

–¿Es eso lo que hay que hacer para calmarte, Frankie? Tendré que recordarlo.

Ella se dejó llevar, sin decir palabra, hasta que cruzaron el quicio de la puerta.

–Solo me estoy tomando un pequeño descanso –comentó Frankie con una sonrisa y levantó la mirada.

Cielos, era más hermosa de lo que había recordado todo ese tiempo, se dijo Rocco. No podía esperar ni un segundo más para hacerla suya.

En tres pasos, la tumbó sobre la cama. Ella se incorporó sobre los codos, por completo desnuda. Rocco contempló sus pequeños y turgentes pechos con los pezones erectos y apetitosos. Forcejeó como un adolescente con el cinturón de los pantalones, hasta quitárselo. Luego, los botones de la camisa.

Con la respiración acelerada, Frankie se puso de rodillas en la cama y le agarró de la camisa. Lo besó.

–Otra vez estoy operativa, Huracán.

Estaban los dos impregnados en sudor. Gemían, jadeaban y murmuraban sus nombres. Ella le lamía los pezones, recorriéndole la piel con sus pequeñas manos, tocándole la reciente herida que había empezado a sangrar.

–Oh, cielos. ¿Te lo he hecho yo? Lo siento.

Rocco se quitó el resto de la ropa, sacó un paquete de preservativos del cajón de la mesilla y los esparció sobre la cama.

–No importa. Ven aquí. Túmbate.

La agarró de las muñecas y la sujetó mientras le separaba las piernas con sus rodillas. Y se colocó encima de ella.

Frankie clavó los ojos en su poderosa erección. Y, al verla, él se excitó aún más.

–Rocco, madre día… Madre mía.

Ella se incorporó, se humedeció los labios y lo miró a los ojos. Rocco se sentía como un dios. Esa mujer lograba que se sintiera así.

Él abrió el envoltorio de un preservativo y ella lo sacó. Luego, empezó a colocárselo con delicadeza. Demasiada delicadeza.

Rocco fue incapaz de contenerse por más tiempo. No podía esperar.

Meneó la cabeza.

–Túmbate, hermosa. Déjame que yo lo haga, Frankie. Vamos.

Ella obedeció, mientras seguía devorándolo con la mirada.

Al fin, Rocco se colocó justo donde quería estar. Comenzó a penetrarla milímetro a milímetro, sumergiéndose en su dulce paraíso.

Era tan delgada, tan pequeña. Pero estaba preparada para él. Además, estaba decidida a no tomárselo con calma. Arqueó las caderas para recibirlo, sin dejar de mirarlo nunca a los ojos, y lo agarró del trasero.

Haciendo un esfuerzo para no terminar en ese mismo momento, él le levantó las caderas y trató de ir todo lo despacio que pudo. Sintió que ella le sujetaba el rostro entre las manos y abrió los ojos. Frankie lo observaba con sus grandes ojos, profundos, oscuros, llenos de secretos. Sus pechos se mecían con cada arremetida. Estaba siendo la experiencia más erótica de su vida, se dijo él.

–Rocco, cariño, me gusta, me gusta demasiado.

Frankie arqueó las caderas aún más, para que su encaje fuera perfecto. Soltando un grito de placer, se dejó ir. Él tampoco podía esperar más.

La sujetó de ambas muñecas por encima de la cabeza, se colocó sus piernas alrededor de la cintura y la agarró de las caderas, penetrándola en la mayor profundidad posible. Era toda suya. Con sus ojos entrelazados, él se dejó fluir libre.

Su orgasmo fue inmenso.

No paraba nunca. Y ella estaba allí, apretándolo en su cálido interior.

Después, Rocco la abrazó y se tumbó, colocándola encima de su pecho, a la espera de volver a pisar la Tierra. El corazón le galopaba en el pecho, tenía la visión nublada. Poco a poco, las siluetas del techo blanco abovedado cobraron forma encima de su cabeza. Las persianas estaban abiertas y dejaban pasar la luz del amanecer.

Hacía días que no dormía en esa casa. La última vez que había llevado allí a una mujer había sido hacía semanas, meses, tal vez. Nunca jamás se había acostado con una chica como Frankie. En ninguna parte. Jamás.

La apretó contra su pecho, como si quisiera comprobar que era real.

–¿Qué piensas? ¿Ha merecido la pena esperar?

Frankie se quedó callada un momento.

–Odio tener que pinchar tu burbuja, pero creo que todavía podría mejorarse.

Él sonrió.

Ella le acarició el torso y le tocó el moratón con una pequeña herida que se pintaba de púrpura sobre su pecho.

–¿Te duele? ¿Te hago daño?

Rocco la sujetó de la muñeca, deteniéndola, mientras ella le lanzaba una de sus pícaras sonrisas.

–¿La piel morada y los puntos que se han abierto no te dan una pista?

Frankie inclinó la cabeza y le besó la piel marcada. Sus fieros labios se convirtieron en suaves alas de mariposa.

–¿Estás mejor ahora?

–Sobreviviré. Ven aquí –repuso él, agarrándola del pelo con suavidad.

Quería sentirla cerca otra vez. No solía abrazar a las mujeres después de hacer el amor, no era algo común en él. Pero, con ella, le gustaba tanto… Siempre tenía cuidado de huir de cualquier atadura emocional. No quería dar esperanzas a sus amantes, ni expectativas que no pensaba satisfacer. Pero ese era el momento que había estado diez años esperando. Y pensaba saborearlo.

–Es un poco distinto de la primera vez, cuando intentaste

echarme a patadas de tu cama.

–Al menos, uno de los dos tenía la cabeza en su sitio –repuso él, se incorporó sobre un brazo y la miró–. Era una locura, ¿lo sabes, verdad? Me llevaste al límite de mi resistencia. Nunca me he sentido tan tentado y solo tenías dieciséis años. ¿Tienes idea de lo grande que hubiera sido ese error?

–Pero no parecía un error, ¿verdad?

Frankie levantó la vista un segundo hacia él y posó otro beso en su pecho. Esa mujer no parecía un error, se mirara como se mirara, se dijo él.

Rocco negó con la cabeza.

–Tu familia era bastante conservadora. Fue un milagro que no nos pillaran.

Ella se apartó y se tumbó boca arriba, con los ojos en el techo.

–Nos pillaron, de hecho.

–¿Qué? ¿Me tomas el pelo?

Rocco se sentó en la cama. No. No podía ser. Él se habría enterado. Lo habrían puesto en su sitio. El hermano de Frankie no habría seguido haciendo negocios con él. Su relación profesional y personal no podría haber soportado aquella clase de interferencia.

–Oh, no te preocupes –susurró ella, volviéndose hacia él–. Lo negué. Y Mark no lo sabe, al menos, eso creo. Pero mi padre… digamos que tenía serias sospechas.

Maldición. Rocco no había tenido eso en cuenta.

–Lo siento, ángel. Nunca debí dejar que te enfrentaras a eso sola. Si lo hubiera sabido… ¿Qué pasó?

Ella suspiró y se retorció el anillo plateado que llevaba en el dedo.

–No lo sé. No sé si lo despertamos con el ruido o si estaba despierto ya. Pero, después de que recogieras tu mochila y te fueras, volví a mi cuarto y mi padre estaba allí. Me preguntó qué diablos había estado haciendo.

Rocco recordó cada segundo de aquella noche. Recordó cómo le había tapado la boca con la mano para silenciar sus gritos, cuando había llegado al orgasmo tan rápido con sus caricias. Entonces, había sido cuando se había dado cuenta de lo que había estado a punto de hacer. Había intentado salir de la cama, se había puesto la ropa que había estado helada y húmeda de la fría noche, se había cerrado la cremallera de los pantalones sobre una intensa erección. Se había puesto las botas a toda prisa, mientras ella había seguido suplicándole que volviera a la cama.

Desnuda, había seguido insistiendo, volviéndolo loco. Él había

tomado la sábana y había tratado de taparla. Luego, había recorrido el laberinto de oscuros pasillos hasta la cocina. Abría abierto la puerta al exterior y había salido.

Ella lo había seguido y se había quedado mirándolo con ojos desolados, como si le hubieran arrancado el corazón. Al verla, Rocco se había detenido, ansiando consolarla, calmar su dolor.

Pero era muy joven. Solo tenía veintiún años entonces. Había recorrido un largo camino para llegar hasta allí. Su carrera como jugador de polo estaba despegando. No había sido capaz de quedarse allí, de apegarse a una mujer… una niña, en realidad. Justo estaba empezando a saborear el éxito, la oportunidad de un futuro halagüeño. Habría sido una locura quedarse con ella.

Por eso, Rocco le había dado la espalda, había abierto la puerta y había salido al mundo, bajo la lluvia del amanecer. Ella lo había seguido al porche, había pronunciado su nombre una última vez. Pero él se había ajustado la mochila al hombro, le había dedicado una última mirada, había guardado bajo llave la tentación. Y se había ido.

–Estaba allí parado. Luego, se fue al cuarto de invitados y vio que te habías ido y cómo había quedado todo. Me vio envuelta en una sábana –recordó ella y apartó la vista–. Me dio una bofetada y me dijo que era una cualquiera.

–Hermosa, lo siento mucho –le susurró él, furioso por no haberlo sabido a tiempo, conmocionado ante sus palabras.

–Está bien –dijo ella, tratando de quitarle importancia–. Le mentí. Le dije que te habías ido antes de que yo hubiera llegado a tu cuarto. No sé qué más me inventé.

Él la besó en el hombro y maldijo. Claro que los habían oído. Habían estado locos de pasión el uno por el otro… entonces y en el presente. Había sido un idiota por haber creído que nadie los había escuchado.

–No está bien. Lo siento –dijo él y la hizo volverse hasta que quedaron cara a cara. La meció entre sus brazos, rabioso de pensar en que ella había sufrido–. ¿Y qué te hizo? ¿Te castigó?

Ella soltó una amarga carcajada.

–Si puedes considerar que te envíen a un convento durante dos años como un castigo, entonces, sí, me castigó.

Rocco trató, perplejo, de digerir lo que estaba oyendo.

–Y obligó a Mark a que vendiera a Ipanema. Que acabara contigo fue una coincidencia que no hizo más que empeorar las cosas.

Él apretó los párpados, sintiendo su dolor.

–Entiendo. Ahora lo entiendo. No pensé que… Lo siento, cariño. Si me lo hubieras dicho, podía haberlo arreglado. Podía haber hablado con él. Ojalá me lo hubieras contado a tiempo.

–Me dejaste muy claro que lo último que querías era tener más contacto conmigo, Rocco. Además, es agua pasada. Déjalo estar. Cumplí mi castigo –aseguró, riendo ante su amarga broma–. De verdad. Ya pasó.

Él la abrazó con fuerza. Sabía bien lo mucho que dolían las cicatrices de la infancia. Eran difíciles de curar. Nadie podía ver las suyas, pero siempre estaban allí. A pesar de la terapia que había seguido durante cinco años. Nada en el mundo había logrado hacer que no se sintiera culpable de la muerte de su hermano pequeño.

¿Quién más podía tener la culpa, sino él? Había sido él quien lo había arrastrado de puerta a puerta, mendigando, alimentándose de sobras, robando. Había sido él quien se había mezclado con peligrosas bandas callejeras, con vendedores de droga y asesinos.

Por encima del hombro de Frankie, Rocco posó los ojos en la foto de Lodo que tenía en la mesilla de noche y que siempre llevaba consigo cuando viajaba. Había perdido la vida antes de haber cumplido cuatro años. Haberle fallado a su hermano era la lección más dura que había aprendido jamás. Pero la había aprendido. Y nunca lo olvidaría.

El saber que Martínez, el asesino de Lodo, nunca había sido sentenciado por ello era como un cuchillo que se le clavaba en el pecho cada día. Pero, antes o después, él lo lograría. Haría justicia.

Frankie se removió entre sus brazos, trazándole un camino de pequeños besos en el cuello. Al instante, él reaccionó y buscó su boca, le tocó los pechos y le separó los muslos con una pierna. Se colocó encima de ella, listo para deslizarse en su delicioso interior de nuevo.

–Estás en deuda conmigo –dijo ella, acomodándose debajo de él–. Y he venido a cobrar.

Rocco sonrió, mientras ella lo besaba. Sí, iba a darle lo que le debía. Aunque, con un sentimiento de culpa creciente, reconoció para sus adentros que nunca iba a poder darle lo que ella de veras quería.

Alargó la mano para tomar otro preservativo, puso el retrato de Lodo boca abajo y sujetó a su amante entre sus brazos.

Si no podía darle lo que ella quería, ¿a qué diablos estaba jugando? Rocco sabía muy bien que, con cada beso, con cada caricia, con cada susurro, no estaba más que sentando las bases de un gran problema.

Frankie salió de debajo de su cuerpo y trepó encima de su erección. Sí, tal vez, él había podido controlar su deseo en la granja. Pero la situación había cambiado. Y, mientras se sumergía en el cálido y dulce lugar con el que había soñado durante años, sintió que su mundo se reconfiguraba.

¿Un gran problema?

Enorme.

# Capítulo 5

TENÍA los ojos enrojecidos. La barbilla arañada por la barba incipiente de él. Las piernas le temblaban. Frankie se agarró al lavabo de porcelana y se miró al espejo.

¿Hacer el amor transformaba así a una persona? Había creído que estaría radiante, con las mejillas sonrosadas. Pero las ojeras le hacían parecer un panda privado de sueño. ¿Había algún cosmético en el mundo capaz de obrar un verdadero milagro? Ninguno de los que tenía en su bolso. Nada de lo que Evaña vendía podía servirle para cambiar de cara en ese momento.

Miró a su alrededor. Era el cuarto de baño más bonito que había visto. Había espejos antiguos con marcos de plata colgados en las relucientes paredes de mármol gris. Bonitos vasos de cristal sostenían velas y aceites. Había una pequeña palmera en una maceta y delicadas cortinas de algodón. La bañera era gigante, redonda, sobre cuatro pies dorados. Pensó en llenarla, pero tardaría mucho.

¿Y cuánto tiempo le quedaba con Rocco? ¿De veras podían haberse pasado las últimas diez horas en la cama? ¿Ella, una chica decente educada en un convento? Para su padre, no era más que una cualquiera.

Con un escalofrío, recordó su bofetada y sus palabras de aquel día. El dolor que le habían causado no había sido nada comparado con la angustia de haber visto partir a Rocco. Y, cuando él no había vuelto, se había sentido tan rechazada que no había tenido fuerzas para luchar. El furioso silencio de su padre… La desesperación de su madre… Haberse ido a un convento en Dublín había sido casi un alivio.

Luego, se había enterado de que habían vendido a la preciosa Ipanema.

Mark había ido a decírselo. Frankie lo había esperado sentada en la silenciosa sala reservada a las visitas. Las ropas de Mark habían exudado olor a mundo exterior. Ella había enterrado la cabeza en su hombro, inspirando, saboreando ese olor como un pequeño tesoro.

Mark había pensado que su hermana se alegraría de saber que el guapo argentino que a ella tanto le había gustado, el mismo que no dejaba de ganar un torneo de polo tras otro, era el nuevo propietario de Ipanema. Además, seguro que había sabido que el destino de esa yegua siempre había sido ser vendida. Había sido la mejor de su cuadrilla y ellos habían necesitado el dinero, sobre

todo, cuando Danny los había dejado y la tarifa del internado de Frankie había sido tan alta. Por otra parte, ella ya no había estado en casa para disfrutar de Ipanema, ni para montarla todos los días hasta el colegio. Y Rocco Hermida había sido famoso por el buen trato que le daba a sus animales, encima, era una experto en genética equina. Pronto habría más Ipanemas. La venta había sido, según Mark, una buenísima noticia.

Ella había forzado una sonrisa hasta que su hermano se había ido, sabiendo que ya no le quedaba nada. Ni siquiera el olor a aire fresco en la ropa.

Los días posteriores habían estado llenos de oscuridad. Había perdido el apetito, se había quedado muy flaca, había perdido su chispa, su motivación para vivir. A todo el mundo le había sorprendido lo mucho que había cambiado de golpe. De haber sido una chiquilla ingenua e inocente, se había convertido en un adulta que había aprendido la lección del amor no correspondido.

Porque había sido amor. Ella, a sus dieciséis años, había estado segura de que había amado a Rocco. Aunque él no la había correspondido. Ella le había desnudado su alma y su cuerpo. Él solo había jugado con ella un poco y la había dejado a un lado.

El único rayo de sol en su existencia había sido Esme. Su amiga siempre se había esforzado por animarla, por recordarle lo bueno que tenía la vida. Igual que en el presente.

¿Qué estaría pensando en ese momento? Justo antes de que se le hubiera quedado el móvil sin batería, había podido enviarle un breve mensaje. *¡Estoy bien! Besos*. Se encogió al imaginar qué habría pensado su amiga cuando Rocco le había dicho que tenían un asunto pendiente.

Frankie Ryan no era muy amante de las juergas. No era la clase de chica que tenía aventuras de una noche. Siempre había estado volcada en su trabajo. Durante los últimos diez años, se había ocupado de construirse un muro indestructible alrededor.

Sin embargo, había acabado metiéndose de cabeza en la guarida del león. Una guarida que exudaba lujo en cada esquina. Paredes de mármol, alfombras de seda, grifos dorados. Y Rocco Hermida.

Se había metido en la boca del lobo y había dejado que sus defensas se derumbaran.

La noche anterior le había contado demasiado. Le había dado demasiada información de sí misma. No quería que Rocco le tuviera lástima. Nunca le había contado a nadie la historia de aquella noche. A su padre solo le había contado mentiras. Su madre había estado demasiado conmocionada como para haberle preguntado

nada. Mark y Danny habían permanecido ajenos a todo. Rocco no había llegado a saberlo.

Pero ella se lo había contado. Ya no se podía hacer nada para remediarlo. Solo esperaba que él no pensara que estaba realmente en deuda con ella o algo así. No podría soportar su compasión.

Frankie encendió la ducha y se metió dentro. Se quedó un rato debajo del agua fría, sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

Se secó y se puso un albornoz. Usó un cepillo de dientes que estaba nuevo, dentro de su envoltorio, y se preguntó cuántos cepillos de dientes nuevos seguirían a aquel cuando ella se hubiera ido.

Una aventura de una noche, eso era lo que compartían.

Pero Frankie no era ninguna cualquiera. Solo estaba atando cabos sueltos del pasado. Necesitaba ordenar sus recuerdos antes de continuar con su vida. ¿Qué tenía de malo?

Rocco era un experto en relaciones sin compromiso. Lo había sido desde el principio. Hacía diez años, había sido capaz de darse un revolcón con ella y, acto seguido, desaparecer. Ella tenía que aprender de él. Al menos, eso podía llevarse. Desde luego, por nada del mundo iba a consentir que, otra vez, la dejara envuelta en una sábana con el corazón hecho añicos.

Dante tardó doce horas en encontrarlo. Rocco estaba saliendo de la cocina con dos botellas de agua. Tenía un hambre de lobo y, en cuanto Frankie saliera de la ducha, iba a llevarla a comer. Necesitaba que recargara su energía para poder continuar donde lo habían dejado. Era lo único que tenía en la cabeza en ese momento.

Ya había pensado suficiente en las últimas horas, mientras la había observado dormir. Estaba furioso consigo mismo por no haberse asegurado, hace diez años, de que ella hubiera estado bien. Debería haber comprendido que la razón por la que Mark nunca había mencionado a su hermana era que había sido exiliada y apartada de la familia.

Maldición. Ser responsable de otros no le producía nada bueno, se dijo a sí mismo. Primero, Lodo, luego, Dante… y Frankie. Lo único que conseguía era sentirse culpable, tener la certeza de que podía haber actuado mejor.

Además, aunque ella no parecía la clase de chica dependiente y con carencias afectivas, nunca se sabía, pensó. A veces, las más salvajes podían ser las más vulnerables.

Por eso, tenía que ser claro como el cristal respecto a que su

relación era pasajera, se dijo Rocco. Por supuesto, si pudiera sacársela de la cabeza como había hecho con todas las mujeres que había conocido antes, sería mucho más fácil, pensó. Pero no parecía que eso fuera a pasar en el futuro próximo.

–¡Hola, guapo!

Rocco frunció el ceño. Su hermano acababa de entrar desde el jardín.

–¿Qué estás haciendo aquí?

La encantadora sonrisa de Dante le resbaló. No estaba de humor para intromisiones.

No quería que lo molestaran. Ni quería tener que pensar ni rendir cuentas a nadie por lo que estaba haciendo. Solo quería disfrutar del momento, mientras durara.

–¿De verdad creías que iba a dejarte en paz? Me ha costado bastante trabajo encontrarte. Nunca pensé que te esconderías aquí –repuso Dante, se pasó la mano por el pelo y alargó el brazo hacia una de las botellas de agua que su hermano tenía.

–Hay más en el frigorífico. Estas son para nosotros.

–¿Nosotros? ¿La chica irlandesa sigue aquí?

Dante soltó un silbido y sonrió. Y desistió de tomar una de aquellas botellas.

–Ah. ¿Sigues dándole vueltas a tu obsesión?

Rocco asintió con la cabeza.

–En eso estamos.

Dante sonrió, mirando a su alrededor. Parecía querer vigilar a su hermanito mayor.

–¿No tienes planes? –preguntó él. Destapó su botella y se bebió la mitad, tratando de tragarse con el agua su irritación.

–Bueno, la gente de la fiesta se ha trasladado a Punta. Todos están esperándote –comentó Dante, se quitó la chaqueta y se sentó en el sofá con su acostumbrada naturalidad.

–No dejes que yo te entretenga. Tengo cosas que hacer en *La Colorada.* Igual me lleva todo el fin de semana arreglar…

Dante lo ignoró, interrumpiéndolo.

–¿Sabes que has creado mucha expectación? La forma en que actuaste la noche anterior dejó a todos intrigados. Pero no pasa nada, tranquilo. Ya me voy. Te dejaré que sigas trabajando en eso tan importante. Ya sé que llevas años dándole vueltas. ¿Y vas a dedicarle un fin de semana entero? Impresionante.

–Estás exagerando.

–¿Y qué pasa con Turlington?

–¿Qué pasa, sí?

Dante sacó su móvil y empezó a buscar algo en el aparato con toda la tranquilidad del mundo. Así era él, hacía de la calma un arte.

–Oh. Nada. Solo que nunca te habías perdido esa fiesta. Decepcionarás a mucha gente si no te presentas –observó Dante y sonrió, mirando el móvil–. De hecho, decepcionarás a muchas personas si te presentas con la chica. ¿Cómo se llamaba? ¿Frankie?

–Sí, esa soy yo.

Ambos se giraron. Allí estaba Frankie. Bañada en los rayos de sol que le daban por la espalda desde el pasillo. Caminó hacia ellos en la cocina. Si a Rocco le había parecido atractiva con el vestidito azul, eso no era nada comparado con verla con una de sus camisas favoritas. Estaba recién duchada, con el pelo mojado aún, las piernas desnudas.

¿Se había abrochado los botones de la camisa mal a propósito para acrecentar su aspecto de recién salida de la cama?, se preguntó él, clavando la mirada en el borde de la prenda, que apenas le tapaba los muslos.

Frankie agarró la botella que Rocco sujetaba. La destapó, la chocó con la de él en señal de brindis y le guiñó un ojo.

–¡Salud! –dijo ella antes de dar un largo trago.

Con los ojos puestos en su garganta, Rocco observó cómo tragaba. Hasta eso lo excitaba sobremanera.

Había creído que había estado con mujeres sensuales en su vida. Pero, en ese momento, le parecía que ella era la primera. Sin poder evitarlo, comenzó a experimentar otra erección y tuvo que apartar la vista.

Dante la miró con una sonrisa radiante, como si fuera una niña lista que hubiera dado sus primeros pasos o hubiera dicho sus primeras palabras. Entonces, hizo lo que hacía siempre. Se levantó y se acercó como si fuera un actor famoso llamado al escenario para recoger un premio. Era todo encanto y sonrisas.

–Soy Dante. Un absoluto placer conocerte, Frankie. Otra vez.

Dante la besó en ambas mejillas. La sujetó de los hombros y la observó en silencio, como para inspeccionarla. Asintió.

Rocco se terminó el resto de su botella, contemplando la escena por el rabillo del ojo.

Ella sonreía. Cuando lo hacía, su rostro se iluminaba como Río de Janeiro en Carnaval.

–Encantada de conocerte, Dante. Otra vez.

–Dante ya se iba –comentó él. Lanzó la botella vacía a la basura, que chocó estrepitosamente contra el cubo.

–Sí. Me voy a Punta, Frankie –aprovechó para decir su hermano–. Siempre vamos allí después de la fiesta en el hotel Molina. Mañana por la noche es la fiesta del Turlington Club. Me encantaría llevarte.

Era una conversación casual pero, por su sonrisa y el brillo de sus ojos, Rocco se puso de los nervios. ¿Acaso estaba Frankie coqueteando con su hermano? ¿Y Dante la correspondía? No podía soportarlo más.

Cuando ella abrió la boca para responder, Rocco la interrumpió.

–Como ya he dicho, tengo que pasarme por *La Colorada.* Así que ya te confirmaré más tarde si voy a Punta.

–¿Y qué me dices de ti, Frankie? ¿Qué te apetece hacer? ¿Quieres ir a contar caballos con el Llanero Solitario o quieres beber cócteles en playa Biquini conmigo?

Rocco se puso rígido.

–Frankie ha venido desde Europa para ver caballos. Creo que eso responde a tu pregunta.

–Yo pensé que había venido a verte a ti.

Dante echó la cabeza hacia atrás, sonriendo. Un punto para él.

Rocco posó la palma de la mano en la espalda de ella y la guio hacia el pasillo, mientas el eco de las insolentes palabras de Dante resonaba en sus oídos.

–Bueno, ya me voy –dijo Dante–. Nos vemos en el Turlington Club, Frankie. Resérvame un baile.

¿Cuántas veces había intentado su hermano tirarle los tejos a una de sus novias? A Rocco siempre le había resultado divertido ver cómo ellas abrían mucho los ojos y se preguntaba si iría en serio.

–No habías dicho nada sobre ir a tu rancho.

Frankie se había clavado al suelo, como ella hacía. Como una mula.

–No, pero tengo que ir.

Podía ser un buen momento, se dijo él. En cualquier otro caso, con cualquier otra mujer, habría aprovechado esa conversación para librarse de una pareja que estaba poniéndose posesiva o exigente. «Ha sido genial, pero hay un cambio de planes. Gracias por un rato maravilloso». Podía ser una despedida breve y limpia. Sencilla.

Sin embargo, no quería hacerlo. Al menos, aún no.

–Ya te he dicho que solo me quedaría contigo un día –insistió ella–. He cruzado el Atlántico para ver a Esme.

¿Todavía seguía con eso?, caviló Rocco. ¿Acaso no entendía que, desde el primer pie que había puesto en Argentina, solo lo había

estado buscando a él? Frankie no podía obviar el hecho de que estaba en *su* casa, con *su* camisa, y había estado pegada a *su* cuerpo durante las últimas diez horas.

–Punta está a dos horas de distancia. Si quieres irte ahora, haré los preparativos precisos.

Ella abrió la boca, pero no articuló palabra. Él continuó.

–Tengo que ir a la finca. Juanchi, el encargado, quiere hablar. Está preocupado por uno de los ponis de nuestro programa genético. Haz lo que quieras. Si decides irte con tus amigos, es fácil.

Frankie se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, arrugó la nariz, se encogió de hombros.

–De acuerdo. Me parece un buen plan. Siempre que no haya más sorpresas.

¿Un buen plan? ¿No más sorpresas? Rocco parpadeó atónito. Cielos, esa mujer lo ponía en su sitio como ninguna otra.

Lo único que quería en ese momento era borrarle su pícara sonrisa con un beso.

–Lo bueno de las sorpresas es que no las ves venir.

–Supongo…

–Es lo que nos pasó a nosotros ayer, ¿no crees?

Rocco la rodeó de la cintura y la atrajo contra su pecho. Ella seguía resistiéndose, jugando su juego. Él podía notarlo. No le rodeaba el cuello con los brazos, ni le ponía las piernas alrededor de la cintura.

–Ha sido una sorpresa muy agradable. Estupenda.

Él le acarició el borde de los pechos. Muy despacio, le frotó los pezones por encima de la camisa.

–¿Y qué pasa si solo va a durar unas horas más? ¿Un día más? Los dos hemos conseguido lo que queríamos.

Ella parpadeó, derritiéndose bajo sus caricias.

–Pero no tiene sentido negar que, ahora mismo, estamos muy… –susurró él, mirándola a los ojos, contemplando cómo su contacto la hacía reaccionar–. Muy…

Frankie cerró los ojos.

–Calientes…

Ella echó la cabeza hacia atrás, soltando un largo suspiro de satisfacción.

–Mmm…

Él asintió. Deslizó una mano bajo el borde de la camisa, la agarró de la cadera y, con la otra mano, siguió frotándole los pezones. Inclinó la cabeza y lamió cada uno de ellos por encima de la tela, mojándola, hasta que quedaron convertidos en dos duros

capullos.

Era una mujer muy fácil de excitar. Y fácil también de enojar. Era como un géiser.

Dando un paso atrás, Rocco admiró su trabajo.

–Quítate la camisa.

Durante un segundo, ella se quedó quieta con ojos soñadores. Luego, le dedicó una pícara mirada y una sonrisa llena de pecado.

–Oblígame.

Él sonrió. Frankie lo incendiaba como nadie. Sabía cómo provocarlo. Era una mujer capaz de mantenerse a la misma altura que él.

Maldición, pero no podía dejar que esos pensamientos le asaltaran, se dijo a sí mismo. El suyo sería solo un encuentro de dos noches.

–¿Que te obligue? –repuso él, agarrándola–. Lo haré de formas en que nunca has soñado.

Frankie trató de zafarse, sin lograrlo. Gritó, riendo, mientras él la apretaba entre sus brazos y la silenciaba con un beso. Estaba poseído. No lograba saciarse. Frankie succionó sus labios, su lengua, lo bañó de besos.

¿Acaso creía ella que era quien llevaba la batuta?

Rocco necesitaba recuperar las riendas cuanto antes. No podía permitirse ningún resbalón.

Se la puso por encima del hombro. La camisa se le levantó, dejándole el trasero al desnudo. Le dio un azote. Solo a modo de advertencia. Era él quien mandaba. Y eso no cambiaría.

# Capítulo 6

A FRANKIE se le llenaron los ojos de lágrimas cuando vio a los caballos galopando hacia ellos para saludar a su dueño, corriendo junto al coche, demostrándole su amor incondicional. Le sorprendió la amplia sonrisa que iluminó el rostro de Rocco mientras los miraba.

La libertad de que disfrutaban esos animales era obvia en los campos que rodeaban a *La Colorada*. Había pasado mucho, mucho tiempo desde que Frankie había perdido esa libertad. Después de que Ipanema se hubiera ido, no había vuelto a ser la misma. Apenas había vuelto a montar.

En el presente, todos sus recuerdos la inundaron de golpe. Igual era porque estaba cansada o por todo lo que había pasado en las últimas horas, pero tuvo que esforzarse por contener un sollozo, invadida por las memorias de una infancia que se había hecho pedazos con la llegada de Rocco Hermida.

–Tengo que encontrar a Juanchi. Puedes esperar en la casa. Descansa hasta la hora de la cena. Vamos, te enseñaré dónde está todo.

Eran las primeras palabras que Rocco le había dedicado en la última hora. Habían hecho el amor, se habían quedado dormidos y, cuando ella se había despertado, lo había encontrado vistiéndose, con el teléfono pegado a la oreja. No había dejado de hablar por teléfono ni un minuto desde entonces.

Alguien había llevado a la casa su pequeña maleta de vinilo brillante desde el hotel, con un lazo para distinguirla y ruedas gastadas.

Rocco la había mirado, le había guiñado un ojo y le había dado la espalda para seguir interrogando con dureza al pobre director de un viñedo lejano al otro lado de la línea. Había movido las manos en el aire, haciendo gestos que habían remarcado su frustración ante la conversación.

Frankie se había duchado y se había vestido rápido, con lo que había creído apropiado, pantalones de punto y una camiseta rosa. Se había puesto zapatillas de deporte blancas y había guardado todo lo demás en la maleta. Rocco, vestido con vaqueros y un polo, había seguido dando órdenes, recordando a su interlocutor que más le valía tener cuidado con él.

Ella había mirado a su alrededor, para asegurarse de que no se dejaba nada. Después de todo, no volvería por allí. Cuando había

visto su reloj en el suelo, se había agachado para recogerlo. ¿Y dónde estaban sus nuevos pendientes? Había buscado con la mirada y los había visto al lado de la cama, junto a una pequeña foto. Se había acercado para recogerlos y, de paso, había puesto en pie el marco que había estado boca abajo.

Era la foto de un niño. Frankie la había levantado en su mano para verla un poco mejor. La imagen borrosa de un niño de unos dos o tres años. Los ojos estaban fijos en la cámara con solemnidad. Encontraba algo muy familiar en sus labios apretados. ¿Sería Dante? No lo creía.

Cuando se había vuelto para preguntarle a Rocco, él se había quedado callado un instante, paralizado.

Ella había sonreído. Había levantado la foto.

Él se había quitado el teléfono de la oreja, mientras la otra voz había seguido hablando al aire, y se había acercado, impregnando la habitación de una tensión palpable. A Frankie se le había contraído el estómago con algo parecido al miedo. La mirada de él había sido oscura e intensa.

Le había arrancado la foto de la mano sin decir palabra, sin apenas mirarla.

Ella se había quedado perpleja, no había entendido qué había sido lo que tanto lo había molestado.

Rocco había abierto una cremallera en su bolsa de viaje, había metido la foto dentro, la había cerrado y, a continuación, había vuelto a llevarse el teléfono a la oreja.

Y había proseguido con su conversación.

Frankie había intentado no sentirse ofendida. Sin embargo, le había dolido. Claro. ¿Acaso no habían compartido su intimidad sin reservas en las últimas horas? Ella se había abierto a él, le había hablado de la furia de su padre y de la decepción de su madre. Pero Rocco no le había contado… nada. ¿No era eso un claro ejemplo de que ella se estaba entregando por completo, mientras él solo tomaba lo que le interesaba, listo para despreciar las migajas y pasar al siguiente plato en cualquier momento?

Otra vez.

Debía protegerse, ser más lista, se había recordado a sí misma.

En el trayecto de dos horas en coche, habían mantenido un silencio helador, solo roto por más conversaciones de negocios al teléfono. Frankie había escuchado fragmentos sobre genética equina, decisiones, oportunidades publicitarias y cosas parecidas.

Para entretenerse, había sacado una lima del bolso y se había dejado las uñas perfectas. Su teléfono seguía sin batería y cada vez

se había sentido más culpable por no haber hablado con Esme.

Mirando por la ventanilla hacia los paisajes verdes y marrones, se había sentido cada vez más enfadada, más disgustada. Entonces, él la había tomado de la mano. Se la había acariciado, frotando su moreno pulgar contra la piel blanca como la leche de ella. Sin mirarla, se había llevado sus dedos a los labios y se los había besado. Ella había comprendido que había sido lo más parecido a una disculpa que iba a conseguir.

Maldito hombre. Era puro fuego. Puro hielo. No debería dejar que la influyera tanto, pero exudaba un magnetismo irresistible, caviló ella. Necesitaba jugar más a la defensiva, protegerse todo lo que pudiera. Porque no sabía cómo digerir lo que estaba pasando.

Iría a Punta al día siguiente, a tiempo para la fiesta, se tranquilizó a sí misma. Era solo cuestión de horas el que la pasión que sentía por Rocco se extinguiera de una vez por todas. Pronto, estaría ocupándose solo de sus asuntos.

Había habido más llamadas, más decisiones de negocios mientras el coche los había llevado a la finca. No había habido más suaves caricias, ni más besos robados. Frankie se había quedado dormida y, al fin, había despertado cuando el coche había parado delante del impresionante rancho.

–Está bien –dijo ella, volviendo al presente, sintiendo que sus sentidos volvían a la vida al verse rodeada de la naturaleza–. Vete a buscar a Juanchi, yo investigaré por mí misma.

Por primera vez desde que Dante se había ido, Rocco se tomó la molestia de mirarla como era debido. Por fin, se guardó el teléfono en el bolsillo, se quitó el flequillo de la cara e hizo una mueca.

–¿Cuál es el problema? –preguntó ella, fingiendo indiferencia. No era buena diplomática y sabía que, si le decía lo que pensaba, las cosas no acabarían bien.

–No te he prestado nada de atención –admitió él–. Tenía muchas cosas de las que ocuparme. Mis disculpas.

–Eres un hombre ocupado –repuso ella, encogiéndose de hombros–. No quiero molestar, de verdad. Nos veremos luego –añadió y se dirigió hacia la casa, despidiéndose con un gesto de la mano.

–¿Adónde vas?

–Soy mayorcita –replicó ella, sin volverse–. Seguro que encontraré algo con lo que entretenerme.

–Espérame en la piscina. Al otro lado de la casa. No tardaré.

Frankie respondió diciéndole adiós otra vez con la mano y siguió andando.

# Capítulo 7

FRANKIE se dirigió a la casa. De cerca era todavía más imponente, regia. En la entrada, unos pilares sostenían los techos abovedados. La terraza rodeaba su perímetro como un lujoso cinturón.

Podía imaginarse a Rocco saliendo de su deportivo y entrando por esas puertas, dominando la escena. De hecho, no necesitaba imaginárselo. Le había visto hacerlo en un reportaje que habían puesto en la televisión sobre su vida. Había sido fotografiado con una de sus rubias en esa misma terraza. Carmel algo… una de la que se había dicho que había sido «muy íntima».

Cuando hubo entrado, vio unas impresionantes escaleras, la exótica decoración, los muebles relucientes. No tenía demasiadas ganas de recorrer la casa. No quería implicarse más en la vida de Rocco. Solo estaba de paso, se recordó a sí misma. Ya tenía un millón de imágenes mentales de Rocco, haciendo el amor, duchándose, tomando café en el desayuno… Había acumulado suficientes recuerdos para los próximos diez años. Lo que, de verdad, necesitaba era empezar a borrarlos… uno por uno. Si no, la historia acabaría repitiéndose.

Él no buscaba una compañera de vida. Solo quería una compañera de cama. Y eso era ella.

Dando la vuelta en redondo, decidió que iría a los establos. Allí, se sentiría mucho más cómoda.

Le sorprendió que aquella parte de la finca no era en absoluto como había esperado. Había crecido escuchando historias sobre lo despiadados que eran los ganaderos en Sudamérica. Los caballos eran castigados a morirse de hambre, se les daban latigazos y golpes. Eso le habían contado desde pequeña. Sin embargo, Mark había defendido a Rocco con vehemencia. Al contrario, había confirmado los rumores que habían circulado sobre cómo Huracán los cuidaba e, incluso, había llegado a dormir con los caballos. Todo el mundo decía que gastaba más dinero en sus animales que en ninguna otra cosa. Se había hecho famoso por su amor por ellos, así como por lo distante que solía ser con las personas.

Al parecer, no había cambiado mucho.

Frankie atravesó los jardines perfectamente mimados hasta los establos, todavía mejor cuidados.

Estaban inmaculados. No había nada fuera de su sitio. Por todas partes, había mozos, algunos jóvenes, otros, viejos, argentinos y

europeos, hombres y mujeres… todos muy concentrados en su trabajo. Había caballos que iban a hacer ejercicio, otros llegaban de los campos, llevados de cinco en cinco por un gaucho de las riendas. Nadie pareció reparar en ella o, si lo hicieron, no dijeron nada.

Rocco no estaba por ninguna parte.

Frankie pasó por delante de altas vallas pintadas de blanco, enmarcadas por los inmensos pastos de hierba detrás. El calor del sol estaba perdiendo fuerza, pero algunos caballos y perros seguían buscando la sombra bajo los arbustos y árboles que bordeaban los campos.

Al doblar la esquina de una cuadra, vio a Rocco, a lo lejos. Estaba sumergido en una conversación con un viejo mozo. Debía de ser Juanchi, pensó ella.

Incluso en la distancia era imponente. Quitaba el aliento. Su forma de andar tenía la gracia de un atleta. Exudaba poder por cada poro. Todo lo que hacía con su cuerpo era un arte. Besar, bailar, montar a caballo, hacer el amor. Haber estado tan cerca de él en las últimas horas le había hecho conocer de cerca su confianza en sí mismo, su fuerza y su magnetismo. Era todo con lo que había fantaseado durante diez años. Todo lo que su corazón adolescente había soñado.

Embelesada, se quedó mirando, diciéndose que no debía importarle. ¿Él era Rocco Hermida? Bueno, pues ella era Frankie Ryan. Ella también sabía besar, sabía montar a caballo y, después de haberse pasado catorce horas en su cama, había aprendido a ser una buena amante.

O eso esperaba.

No tenía muchos hombres con los que compararlo. Había tenido algunos escarceos decepcionantes en la universidad y una mala relación con un compañero de trabajo al poco tiempo de haber llegado a Madrid. Pero eso había sido porque, por aquel entonces, ella no había conocido bien su propio cuerpo. No era porque Rocco la prendía solo con tocarla. Otros hombres podían hacer lo mismo, solo tenía que dejarse llevar. Pero estaba segura de que ya había aprendido cómo hacerlo.

Sin embargo, solo con verlo parado en el quicio de sus establos inmaculados, no podía negar que era un hombre cautivador. Rocco escuchaba al hombre mayor con toda su atención. Asintió, echó el cerrojo de la cuadra y salió caminando a su lado.

Respeto. Eso era lo que mostraba. Rocco respetaba a ese hombre.

Intrigada, Frankie siguió observándolo. De todas las cualidades que le había visto exhibir a Rocco, como liderazgo, pasión, confianza, determinación, incluso, amor fraternal hacia Dante… era la primera vez que le veía mostrar respeto hacia alguien. Por otra parte, demostraba que era una persona más compleja de lo que había pensado.

Los hombres doblaron otra esquina y desaparecieron de su vista.

Frankie volvió a mirar hacia los establos.

¿No sería genial encontrarse con alguno de los hijos de Ipanema? Sería maravilloso poder abrazarlos, incluso montar uno de ellos. ¡Eso sí que merecería una llamada a casa!

Empezó a dirigirse hacia allí, pero se detuvo al oír el rugido de un helicóptero acercándose. Y, en la distancia, los vio. Con su pelo color castaño y manchas en forma de estrellas blancas desde el copete hasta el hocico. Esbozó una sonrisa que le llegó hasta las orejas. Los reconocería en cualquier parte.

Estaban jugando en el campo con otros ponis argentinos color caramelo. Durante un momento, se preguntó cómo sería poder verlos a diario. Un día, ese había sido el trabajo de sus sueños. ¿Qué había pasado con la joven que había soñado con cuidar caballos durante toda su vida? Había estado tan desesperada por escapar del pozo de la depresión y el opresivo desprecio de su padre que había huido de todo lo que había amado. Apenas había pasado tiempo con su madre o con su hermano Mark. Mantenía el contacto con su hermano Danny, que vivía a miles de kilómetros, en Dubái, pero eso debía de ser porque ambos se parecían, porque los dos habían tenido la misma necesidad desesperada de escapar.

Dos de los ponis se dieron cuenta de que los observaba desde la valla y trotaron hacia ella. Frankie miró a su alrededor. Quizá los mozos de cuadra y los gauchos estaban ocupados en otra parte, o tomando mate. El campo parecía desierto.

¿Sería demasiado atrevido tomar una silla de montar y ponérsela a uno de los ponis? ¿Qué pasaba si lo montaba un poco? ¿Qué daño podía hacer con eso? Rocco no tenía por qué saberlo nunca. Tampoco parecía demasiado interesado en lo que ella pudiera estar haciendo. Ni en el presente, ni hacía años.

Él no había hecho ningún esfuerzo para saber qué había pasado después de aquella noche. Era muy fácil decir que se arrepentía, pero, en realidad, ¿cuánto le habría costado haber preguntado por ella mientras había estado negociando la compra de Ipanema? Ella nunca lo había culpado porque la hubieran recluido en el convento, pues se sentía personalmente responsable de eso. En realidad, ¡se

hacía responsable a sí misma de todo! Quizá, esa tendencia a ser tan dura consigo misma era lo que la había abocado a la depresión.

Bueno, eso era agua pasada. Nunca volvería a pasar por eso.

Vio la caseta de aperos y se asomó.

Cinco minutos después, había cruzado la valla blanca de madera. Y, cinco minutos más tarde, estaba recorriendo el campo a lomos de un poni. En un abrir y cerrar de ojos, lo recorrió entero. Primero, al paso, luego, al trote. Después, tras mirar a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie, espoleó al animal y galopó hasta el lado más alejado del campo.

En la distancia, veía mares de hierba verde y amarilla, salpicados de senderos. Al este, un arroyo. El cielo se había llenado de nubes grises. Allí estaba, sola, libre como un pájaro, y gozando de cada segundo.

El poni era un sueño, con solo apretarlo con los muslos, adquiría velocidad. Con solo tirar con suavidad de las riendas, giraba o paraba. La mayoría de los caballos que había tenido antes de Ipanema habían sido saltadores en vez de ponis de polo. La abuela de Ipanema había sido campeona de salto de obstáculos, su madre había seguido sus pasos, e Ipanema había sido fichada como poni de polo. Cuando la habían llevado a Meath, había ganado el primer premio en la Copa de Oro de Cowdray.

Frankie había montado a caballo casi antes de aprender a andar. A los cuatro años, había sido capaz de ponerse de pie encima de un poni, mientras el animal había ido al paso. Y se había ganado una buena regañina. A los diez años, Danny la había retado a saltar vallas tan altas como las que había visto en las pruebas de exhibición. Por supuesto, ella no lo había logrado, había intentado ocultarle a sus padres su brazo roto y, después, su sufrida madre la había llevado al médico para que se lo escayolara. Sí, había sido muy desobediente de niña. Y seguía sintiéndose tentada de traspasar límites. Como en ese momento.

No había nadie por allí. Condujo al pequeño poni de un campo a otro. Había un sendero largo y claro delante de ella. Lo apretó con los muslos y comenzó a galopar. Hacia las pampas, con los mares de hierba meciéndose a sus lados. El polvo se levantaba a su alrededor, nublándole el camino, pero confiaba en el poni y se dejó llevar.

Entonces, lo recordó todo, los paseos diarios con Ipanema y todos los caballos que la habían precedido.

Sintiendo que el aire cálido le acariciaba las mejillas, mientras el corazón le latía emocionado, dejó todas sus preocupaciones atrás. No había nada como aquello. No era de extrañar que lo primero que

siempre había hecho al terminar el colegio había sido correr a casa, quitarse el uniforme y volar a los establos. No se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos hasta ese momento.

El campo no había cambiado, era igual en todas partes del mundo. Pasó junto al arroyo, pero, en cuestión de minutos, lo dejó atrás. Las nubes grises se habían hecho más gruesas y estaban pintadas de dorado por el sol del atardecer. Las puestas de sol parecían mucho más rápidas allí que en Irlanda. Frankie se miró la muñeca, pero no había sacado el reloj de su maleta. Lo seguía teniendo guardado, junto con lo dolida que se había sentido con el comportamiento de Rocco a cuento de la foto.

¿Quién podía ser aquel niño? En su mente, repasó su imagen. Las mejillas sonrosadas, el pelo rubio. Aparte del ceño fruncido y los labios apretados, el pequeño no se parecía en mucho a Rocco. Pero tampoco ella y Mark se parecían. Sus rasgos eran más similares a los de Danny.

En cualquier caso, estaba a miles de kilómetros de su familia y, con cada zancada, el poni la alejaba de Rocco también. Necesitaba espacio. Era una opción mucho mejor que quedarse junto a la piscina, esperando que la honrara con su imponente presencia, que se dignara a hablar con ella. Necesitaba poner las cosas en perspectiva. Tenía que asegurarse de reconstruir sus defensas antes de volver a verlo.

Aminoró el paso, volvió junto al arroyo y guio al caballo hasta allá para que bebiera. Mientras le acariciaba las suaves crines, el fuerte cuello, se dijo que debía ir a conocer algún lugar donde criaran caballos en Madrid. Quizá debería hacer algo más. Igual estaría bien que revaluara todo su plan de vida. ¿De verdad quería trabajar para una empresa de cosmética? ¿O prefería dedicarse a su primer amor, los caballos? ¿Cómo podía volver a formar parte de ese mundo? Tal vez, podía trabajar con Mark…

Un sonido la sobresaltó encima de ella, en la distancia. El caballo levantó las orejas.

No, no quería seguir huyendo. Pero no quería volver tampoco. Había invertido demasiado esfuerzo en su carrera como directora comercial de Evaña y tenía mucho que probar. A la compañía y a sí misma. Sabía que había elegido deliberadamente un camino difícil, pero los resultados merecían la pena. Mucho más que llevar una vida fácil en Irlanda. Dentro de unos pocos días, tendría que superar su próximo gran reto. Lo había apostado todo en la propuesta que le había hecho a los directores de Evaña. Solo le quedaba convencerlos con su presentación.

Tiró de las riendas con suavidad. Era hora de regresar. Galoparía un poco más y, después, daría la vuelta. Estaba segura de que podía encontrar el camino. Si esas nubes de tormenta no hubieran crecido tan deprisa, se hubiera quedado a contemplar la puesta de sol para recargar energías.

El sonido sobre sus cabezas era cada vez más fuerte. Frankie miró hacia un lado. Era un helicóptero. Eran muy comunes en esa zona. Casi todos los rancheros tenían uno. Hizo un círculo encima de ella, luego, se marchó.

Estaba sedienta. Debería haber tomado agua en el arroyo. Miró a su alrededor, tratando de adivinar dónde estaba. Debería de estar a su derecha. Cuando lo encontrara, podía seguirlo hasta llegar al sendero que había tomado al principio.

Una ligera sensación de desazón la invadió. La hierba se mecía con el viento en todas direcciones. Cada vez más nubes, henchidas de lluvia veraniega, oscurecían el cielo y llenaban el aire de humedad. No había ninguna marca en el camino para ayudarla a saber dónde estaba o hacia dónde debería encaminarse.

El poni parecía contento con seguir trotando, pero Frankie empezaba a preocuparse. Las piernas comenzaban a dolerle y una pesada sensación de cansancio se apoderó de ella.

De pronto, mientras gruesas gotas comenzaban a salpicar su cuerpo, le pareció ver algo moverse a su izquierda. Giró al poni, segura de que, al fin, sabía qué camino tomar.

La lluvia explotó como una cortina gris. Apenas podía ver a un metro de distancia. Le chorreaban hasta las pestañas, mientras intentaba pensar qué hacer. Miró a su alrededor, tratando de reconocer el entorno. Pero no veía nada más que agua.

Intentó buscar abrigo, pero no había nada más que océanos de hierba y lluvia. Ni un árbol. No llovía así en Irlanda.

De repente, el poni se sobresaltó. Una figura apareció a su derecha, a caballo. Ella apretó los muslos para guiar al poni hacia allá, pero el animal estaba demasiado excitado.

En unos segundos, Frankie comprendió por qué.

–¿Qué diablos estás haciendo?

Rocco. Como un tornado, se presentó a su lado. La rabia de su rostro la dejó sin respiración. Se quitó el pelo empapado de los ojos y tragó saliva, tratando de quitarse el nudo que le atenazaba la garganta.

–¿Qué crees que estoy haciendo?

Él saltó y agarró las riendas del caballo que montaba Frankie.

–Baja.

–¡No me hables así! –gritó ella, a su vez–. No eres mi maldito padre.

La lluvia seguía cayendo a cántaros. Pero los ojos encendidos de Rocco eran inconfundibles entre la cortina de agua.

–¡Por primera vez, entiendo lo difícil que habría sido ser tu maldito padre!

Rodeándola de la cintura con el brazo, la bajó. Ella lo empujó.

–Quítame las manos de encima. Deja de tratarme como si fuera una niña.

Frankie tenía un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. Pero no quería que él fuera testigo de su debilidad.

Rocco iba a agarrarla de nuevo, mas se detuvo. Tenía las manos apretadas en puños a los lados del cuerpo, la mandíbula rígida. Cuando habló, su voz sonó contenida, fría, amenazadora.

–Me has obligado a mandar un helicóptero a buscarte en medio de la tormenta. Has provocado el pánico en mi finca. Robaste un caballo y…

–Yo no robé nada…

Él levantó la mano para acallarla. Ella estaba tan abrumada que cerró la boca.

–Robaste… –continuó él, remarcando la palabra de nuevo– un caballo que vale veinte mil dólares. Un animal que es parte de nuestro programa de genética. Sin pensar en nadie más que en ti misma, te lo llevaste a los campos. ¿Eso no es comportarse como una niña?

Al escuchar sus palabras y ver su rabia, Frankie bajó la cabeza, avergonzada.

–No quería causar ningún daño.

Él la miró fijamente. La sujetó de la cabeza empapada y le rozó la mejilla con el pulgar.

–Mírate. Estabas perdida. Calada hasta los huesos…

Ella se mordió el labio, conteniéndose para no llorar.

–No estaba perdida. Si no hubiera sido por la tormenta, habría encontrado el camino.

Frankie tenía la entrepierna dolorida tras haber montado durante horas. Se estaba quedando helada y, a pesar de sí misma, comenzaron a castañetearle los dientes.

Él la miró con desagrado, como si fuera el ser más molesto con el que hubiera tenido que lidiar jamás. Luego, sacó una manta de debajo de su silla de montar. La desdobló y se la tendió.

–Toma. Debes quitarte esa ropa… cuanto antes.

Ella se quedó boquiabierta.

–¿Qué? ¿Y luego me envolverás en la manta y me harás montar a caballo sin nada más debajo? ¡Esto no es una película de John Wayne! ¡No soy tu débil mujercita!

Frankie trató de arrebatarle las riendas de su propio caballo para cabalgar de nuevo. De inmediato, él la sujetó por la espalda y la obligó a volverse para encararlo.

–¿Débil mujercita? Nada más lejos de la realidad. Aunque te sentaría bien probar ese papel durante un tiempo.

Cuando la miró a los ojos, mientras la sujetaba de los hombros, Frankie sintió el aguijón de deseó y, desesperadamente, rezó por mantenerse fría, distante. Pero ansiaba rodearle el cuello con los brazos, sumergirse en su cuerpo fuerte y cálido. ¿Cómo podía sentir una atracción tan poderosa hacia él? Sin embargo, no se rendiría. En esa ocasión, no.

Ella apartó la cara. Él la sujetó de la barbilla con gesto autoritario.

–Mírame.

–¿Mirarte? ¿Ahora? ¿Porque te complace? –le espetó ella–. Antes, cuando me desperté en tu casa de la ciudad y cuando íbamos en el coche juntos, lo último que querías era que te mirara. ¡O a ti o a tu maldita foto!

–Estaba ocupado. Tengo que hacerme cargo de muchas cosas –se defendió él.

–No eres el único que tiene obligaciones Yo también tengo una vida. Y un pasado.

Rocco hizo un gesto de exasperación, volviéndose hacia el caballo, como si esperara que el animal estuviera de acuerdo en que esa era la conversación más surrealista que se podía tener bajo la tormenta.

–Frankie… No estoy acostumbrado a hacer esto con ninguna mujer. No doy explicaciones. Y no discuto.

–¿No? Bueno, igual ese es el problema. ¡Igual deberías intentar dar alguna explicación de vez en cuando!

Frankie estaba furiosa, sus palabras se hinchaban con la amenaza de las lágrimas. Sabía que, si seguía un momento más en su compañía, acabaría sometiéndose a lo que él quisiera… solo para disfrutar de la sensación de plenitud que nadie más que él sabía darle.

¿Pero adónde le conduciría eso?

–Te seguiré al rancho –señaló ella–. Y, luego, me iré sola a Punta, ¿de acuerdo? Así ya no tendrás que cuidarme, ni que discutir conmigo, ni que venir a rescatarme.

Intentó meter el pie con el zapato empapado en el estribo. Lo intentó una, dos, tres veces, pero estaba demasiado cansada. Se agarró a la silla, apoyó la cabeza un momento y volvió a intentarlo.

Entonces, Rocco la agarró. Ella usó el último atisbo de energía que le quedaba para empujarlo.

–Frankie, querida, deja de pelear conmigo.

Sujetándola en sus brazos, él dio tres pasos, calmándola, susurrándole palabras de consuelo. A ella no le quedaban fuerzas para discutir, así que dejó de forcejear.

–No puedo dejar que vuelvas así –explicó él y, sin dejar de sostenerla, abrió la manta con la otra mano–. No puedo soportar verte pelear conmigo así, cuando no hay razón.

–Claro que hay razón –musitó ella, convencida de que, si no oponía resistencia, estaba perdida.

Él le sostuvo el rostro entre las manos y la miró. Su mirada oscura se suavizó, al mismo tiempo que las gotas de lluvia empezaban a caer con menos fuerza. La luz salió de detrás de las nubes.

–No ganas nada con eso. Lo que tenemos que hacer no es discutir, sino esto.

Despacio, Rocco posó la boca en sus labios.

Era el paraíso.

Frankie lo correspondió, besándolo primero con suavidad, luego, con más pasión. Él deslizó la lengua en su boca, la mano bajo su camiseta. Le apartó el sujetador. Ella se aferró a su cuerpo, deseándolo con todo su corazón.

El fuego estaba allí, de nuevo, insaciable. Poderoso como una tormenta de verano.

Rocco se sacó un preservativo del bolsillo del pantalón.

–¿Tengo que llevar uno a todas partes? –le susurró él–. ¿Cuántas cosas tengo que soportar para conseguir lo que quiero?

Justo entonces, al escucharlo, la dulce corriente de pasión que había recorrido a Frankie se desvaneció de inmediato. Poniéndose alerta, a la defensiva, se apartó de él.

–¿Qué? ¿Qué acabas de decir? ¿Que cuántas cosas tienes que soportar? ¡No tienes por qué soportarme a mí! ¡Nadie te obliga!

Él la agarró con brusquedad y la sacudió por los hombros.

–¿Por qué malinterpretas todo lo que digo o hago? Tú y yo… tenemos una química especial. Y no nos queda mucho tiempo. Si quieres perderlo discutiendo, tú sabrás.

Frankie sintió que su ímpetu se derrumbaba. Él tenía razón. Solo les quedaban unas horas para estar juntos. Había soñado durante

años con poder pasar esas horas con él. Pero no iba a derretirse como una colegiala. Ni a ser una persona que no era.

–Discúlpate por haberme tratado así cuando te mostré esa foto –exigió ella–. No necesito saber quién es, pero no me merecía que actuaras así.

Rocco la estaba mirando fijamente. Sus ojos eran un reflejo del inmenso y poderoso cielo. Pero ella no se dejó intimidar, ni apartó la vista.

–Es… era… alguien muy querido. Alguien que ya no está aquí.

Frankie tragó saliva.

Él apartó los ojos un momento.

–Entiendo –dijo ella. Intuyó que había destapado un secreto que él había mantenido oculto durante mucho tiempo–. Gracias. No era mi intención entrometerme en tu vida.

–Y yo no pretendía hacerte daño –repuso él, sujetándola con suavidad de la barbilla, para que no bajara la cabeza.

Con ternura, la besó en la frente y la abrazó.

Los caballos estaban juntos, meneando las cabezas, con los ojos muy abiertos. Los campos parecían una marea sedosa y verde, el cielo se despejó y, enseguida, el sol desapareció en el horizonte.

Se quedaron allí abrazados, en silencio, respirando, pensando, besándose. Y Frankie supo que, pasara lo que pasara después, el resto de su vida quedaría marcada por ese día.

# Capítulo 8

ROCCO miró el teléfono que sostenía en la mano como si fuera una bomba a punto de estallar. Al fin, el investigador privado que había tenido contratado durante los últimos diez años había descubierto algo concreto.

Se sentía como si hubiera estado esperándolo toda la vida. Y no, ni siquiera era un hecho confirmado, pero intuía que estaba más cerca que nunca. Había seguido su pista sin descanso, con la intuición de que, en esa ocasión, daría con él. Y averiguar que Martínez, el asesino de Lodo, podía haberse pasado la última década en Buenos Aires era un giro cruel de los acontecimientos, difícil de digerir.

La noticia lo había conmocionado.

Se abrochó los puños de la camisa, echó un vistazo al espejo y comprobó que su cara era un reflejo de su humor revuelto. La sombra de su nariz rota le pintaba la mandíbula y le latía la cicatriz de la frente, un recordatorio de sus peleas de boxeo, en el ring y en las calles. Cada puñetazo, cada golpe, había sido un intento de descargar su rabia contra Chris Martínez por lo que había hecho. Y contra sí mismo.

Además, la noticia llegaba en mal momento. Estaba justo en medio de las negociaciones para comprar la petrolera Vaca Muerta, un trato de millones de dólares. Por no hablar de la deliciosa distracción que era Frankie. Sin embargo, lo que el investigador privado acababa de comunicarle era demasiado importante como para dejarlo pasar.

Era la clausura de una persecución de veinte años. Había comenzado el día que había corrido para salvar la vida, llevándose a Lodo con él, en cuanto había cundido el rumor de que la banda había vuelto en busca de venganza. Y Lodo, confiado, leal, había estado justo detrás de él, cuando se habían levantado de su cama improvisada con cajas de cartón y, al amanecer, habían huido por los callejones juntos.

¿Por qué lo había soltado? ¿Cómo había podido dejar que se le escurrieran sus dedos? Era una pregunta que Rocco nunca se había podido responder. Era la sombra de la culpa que le atenazaba el pecho cada vez que algo le recordaba a Lodo. Podía ser una cabeza rubia rizada, el sabor del choripán, el sonido de la milonga, la visión de grafitis callejeros… Cada rincón de Buenos Aires guardaba un recuerdo y esa era la razón por la que nunca, jamás, se iría de

allí.

Ni siquiera cuando el maldito Martínez fuera apresado y muerto. La memoria de Lodo seguiría viva en esas calles. Nada podía quitársela.

¿Cómo podía alguien tan afortunado como él vivir con tal tormento a sus espaldas?

El señor y la señora Hermida lo habían salvado de las calles. Lo habían llevado a su finca y enviado a un colegio de élite con Dante. Le habían dado todas las oportunidades posibles que jamás habría tenido cuando se había quedado huérfano, abandonado, a merced de despiadadas bandas.

Sin embargo, se había pasado años odiando esa vida privilegiada, actuando como un desagradecido con sus padres adoptivos. Ellos lo habían perdonado una y otra vez, lo habían recogido de nuevo cuando se había escapado. Habían tratado de canalizar su energía en deportes como el boxeo y el polo que, al final, había sido su tabla de salvación. Había entendido que no podía aceptar sin más el dinero inacabable que le habían destinado. Y habían dejado que trabajara para ganarse cada peso.

Pero él hubiera preferido un camino más duro. Hubiera querido empezar solo con la sangre en las venas y el ímpetu del que le había dotado la naturaleza. Había preferido autoflagelarse, sacrificarse, en vez de vivir como un niño mimado. Para él, solo había sido posible el camino del esfuerzo, de la dedicación incansable.

Y le había ido muy bien. Muy bien. Tenía todo lo que podía desear.

Aparte de su propia familia. Nunca tendría eso. Era la fruta prohibida para él. Ni esposa, ni hijos. Nadie podía ocupar el lugar de Lodo.

Pero era un hombre. Necesitaba una mujer. Claro que sí. Y tenía que ser una mujer que aceptara las limitaciones de su papel.

El aroma a Frankie lo envolvió desde el vestidor. La situación había evolucionado de una forma imprevista. Había pensado que su pasión por ella quedaría saciada en un fin de semana. Pero se había equivocado. No estaba, en absoluto, saciado.

¿Cuánto tiempo duraría la atracción que lo invadía? No tenía ni idea. Pero, mientras, no pensaba apartarse de ella. Lo excitaba demasiado. Era puro sexo, nada más. Aunque nunca había experimentado el sexo de esa manera.

Sin embargo, no podía mantener con ella una relación a largo plazo. Las expectativas de Frankie serían demasiado altas. Quería estar en igualdad con él en todo. Pelearía a cada momento, como si

siempre tuviera que encontrar algo que no era justo. Y él no tenía tiempo para eso. No tenía tiempo para cuidar de una mujer así. Debía evitar a toda costa ese nivel de responsabilidad. Ya había pasado por eso y no tenía intención de repetirlo. Lo dejaría exhausto. Esa mujer le provocaría infinitas noches sin dormir… en todos los sentidos.

El incidente del poni era una prueba más que suficiente. Rocco apretó la mandíbula al recordar la rabia que había sentido cuando se había enterado de que se había ido. Había estado buscándola como un tonto por el jardín, imaginando que estaría tomando el sol esperándolo con una sonrisa. Y, cuando no la había encontrado, había buscado en la casa, de pronto, presa del pánico.

Había sido el mismo pánico que lo había invadido incontables veces con Dante cuando habían sido adolescentes recorriendo las calles o, más tarde, cuando habían salido de fiesta y Dante se había ausentado durante días, perdido con alguna chica. El miedo a perder al único hermano que le había quedado lo había perseguido sin piedad. Hasta que, al fin, había aprendido que Dante era responsable de sí mismo y sabía cuidarse solo. Con Lodo… había sido distinto.

En el presente, estaba reviviéndolo todo de nuevo. Era extraño. Había estado pensando mucho en Lodo en los últimos días. Se había esforzado en contener su dolor, pero parecía que de poco le estaba sirviendo poner otra tirita más en su talón de Aquiles.

Horas más tarde, estaba sentado con Frankie en él helicóptero, contemplando la emoción en su rostro mientras iba a aterrizar en Punta del Este. El mar, la playa, los yates, las mansiones de millones de dólares… todo estaba dispuesto bajo sus pies como un bello tapiz.

A Rocco le encantaba ese lugar. Le encantaba que Frankie estuviera allí, compartiéndolo con él.

Le enseñó la casa y los jardines que había diseñado él mismo. Contempló cómo Frankie admiraba los pequeños rincones escondidos, el puente que llevaba al patio interior y a la piscina. No le gustaban las comparaciones pero, de nuevo, se sintió maravillado por su falta de artificio, su sinceridad… era por completo distinta de las otras mujeres con las que había salido. Era refrescante como la lluvia en el desierto. Llenaba en él una carencia que no sabía que había tenido.

También, por supuesto, estaba la pasión.

En cuanto entraron en su casa de la playa, Rocco recibió más noticias sobre el paradero de Martínez. Acto seguido, le hizo el amor de forma salvaje y brutal. Tal vez, le faltó algo de delicadeza. Pero ella lo correspondió de la misma manera. Era justo lo que él necesitaba en ese momento. Nada de juegos mentales, nada de manipulaciones. Solo dos cuerpos entregados a la pasión mutua. Era la pareja perfecta para poder digerir las noticias que había recibido.

Poco después, cuando se dirigió al baño y abrió la puerta, la encontró dentro y el deseo lo incendió de nuevo.

Ella tenía la mirada pegada al espejo, fruncía el ceño mientras se peinaba el pelo con los dedos y se ponía unos pendientes de esmeraldas que él le había regalado. La joya sería un buen recuerdo para cuando sus caminos se hubieran separado, pensó Rocco.

De pronto, recordó cómo se habían separado sus vidas hacía diez años. Apretó los puños al pensar lo mucho que Frankie había sufrido. Debería haberse ocupado de ella. Estaba furioso consigo mismo por eso. Además, poco a poco, estaba empezando a ver una faceta de Frankie que ella se esforzaba por ocultarle al mundo.

De cara al público, era una mujer luchadora, obcecada. Pero, para él, no era más que una yegua nerviosa. Igual que lo había sido Ipanema cuando había llegado de Irlanda. El caballo había echado de menos su granja, los mimos de su dueña. Solo había necesitado que la cuidaran y que le enseñaran modales.

Lo mismo le pasaba a Frankie.

Y allí estaba él, domándola, sin proponérselo.

No necesitaba preguntarse por qué habían llegado a esa situación. Los dos satisfacían una necesidad mutua. Era sencillo. No había intenciones ocultas. Era solo lo que parecía. Y era perfecto así. Por el momento.

–Preciosa –dijo él.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

–Gracias. Pero no voy a mentirte. Me da escalofríos que la prensa me presente como tu novia.

Rocco se acercó y la rodeó entre sus brazos. Ante el espejo, él destacaba con su traje negro. Ella, de blanco. Se había pintado los labios de rojo amapola, llevaba el pelo suelto y brillante. Con los tacones de aguja, le llegaba justo a la barbilla. Él la abrazó, mientras ella apoyaba la cabeza en su pecho.

–Causarás sensación.

–Preferiría que nadie se fijara en mí. Solo de pensar en la prensa y en toda esa gente que verá mis fotos… –susurró ella, estremeciéndose.

–¿Toda esa gente? –preguntó él, apartándose un poco para mirarla a los ojos.

–Bueno, gente que me conoce –respondió ella e hizo una mueca–. De acuerdo, me refiero a mi familia. Me juzgarán. Y no saldré bien parada.

–Es solo una fiesta, Frankie. Estoy seguro de que también tienen fiestas en Irlanda.

–Seguro que sí. Pero a mí me gusta guardar mi vida privada con discreción. Es más fácil así.

–Pienso que podemos presentarnos en una fiesta sin que, por eso, tengamos que salir en las portadas de las revistas. ¿No crees?

–Supongo –dijo ella, suspirando, y sonrió.

–Bien. Pues iremos solo un rato. Igual tengo que regresar a Buenos Aires mañana por la mañana, de todas maneras. Tengo obligaciones que no pueden posponerse.

Rocco la contempló un momento. Intuyó que, si le contaba su secreto, ella no lo traicionaría. Pero no. No era una opción. Ni hablar.

–Yo me voy pasado mañana. Así que de acuerdo.

La voz de Frankie sonaba tensa. Él comprendió al instante.

–No, Frankie. No te estoy diciendo adiós. Ni mañana. Ni pasado mañana –aseguró él, mirando el reflejo de ambos en el espejo–. Me gustaría que te quedaras en Buenos Aires conmigo. Hasta que… hasta que saciemos el hambre que tenemos el uno del otro.

–Rocco…

Él percibió cómo su rostro se tensaba aún más.

–Solo me quedaré en Sudamérica unos días más. Luego, volaré a Europa.

–Quédate más. Tenemos que terminar lo que hemos empezado. Sería una locura separarnos ahora. ¿Qué te parece? Piénsalo –dijo Rocco. Aunque lo cierto era que él, en realidad, no quería pensarlo demasiado. Solo sabía que estaba a gusto a su lado.

La hizo girarse entre sus brazos. Ella abrió la boca, como siempre, tenía algo que decir, algo que protestar. Sin embargo, había cosas que no admitían discusión.

Con cuidado de no estropearle el carmín de labios, la besó con suavidad e introdujo la lengua en su boca… como recordatorio de que solo necesitaban un gesto tan pequeño para prenderse fuego.

La fiesta era exactamente como Rocco había esperado. El elegante club de campo estaba abarrotado con cubos de champán

por todas partes, pequeñas luces brillaban como luciérnagas en las jacarandas llenas de flores azules. Una pista de baile bajo una marquesina dorada se erigía en el jardín, delante de la vieja mansión colonial.

Rocco la vio observar con recelo a los miembros de la prensa que esperaban a los invitados, mientras su coche paraba ante la entrada. Sonrió al pensar en lo contradictoria que era. Podía ser combativa, segura de sí misma y, al mismo tiempo, temblar de ansiedad ante la perspectiva de ser presentada como su novia.

Él le apretó la mano. Durante el trayecto en coche, había estado dándole vueltas a la investigación sobre Chris Martínez. Le había encargado a Dante que hiciera las comprobaciones finales acerca del tipo de cuya identidad sospechaban. Revisó su móvil por milésima vez en la última hora. Todavía nada. Se guardó el aparato, rodeó a su acompañante con el brazo, tranquilizándose al sentir la calidez de su pequeño y delicioso cuerpo.

La sombra de tiempos pasados sobrevoló sobre él, tomándolo por sorpresa. Recordó cuando la cercanía de otro cuerpo le había ayudado a calmar el dolor. Una mañana sombría, se había metido en la cama de su madre cuando su padre había salido a buscar trabajo. Se había acurrucado en su calor, en su amor. Y, luego, solo meses después, se había derrumbado en los brazos de las monjas en el hospital. El cuerpo sin vida de Lodo había yacido en la morgue.

Era raro que el contacto de una amante hubiera revivido aquellos recuerdos. Nunca le había pasado antes. Sin duda, las novedades acerca de Martínez lo habían afectado mucho.

–Vamos allá.

Rocco sonrió al percibir su reticencia. No estaba acostumbrado a salir con una chica que prefería pasar desapercibida. Sintió cómo ella le apretaba la mano con fuerza, nerviosa. La condujo sin hacerse esperar entre la multitud, que los miraba con curiosidad. Caras alegres e intrigadas se volvían hacia ellos, como si fueran flores buscando el calor del sol. Sin embargo, a su lado, Frankie estaba cada vez más fría.

Él sabía que preferiría estar acurrucada a su lado en el sofá, viendo la tele o haciendo el amor, en vez de posar delante de las cámaras.

Carmel, al contrario, había estado encantada con la fama. Y había creído, tontamente, que podría usar su influencia en la prensa para manipularlo. Había empezado a filtrar a los periodistas comentarios sobre lo «unidos» que estaban. Cuando se había enterado, él había terminado su relación sin hacerse esperar.

Por supuesto, Carmel estaba allí esa noche. Nunca se perdía esa fiesta. Llevaba el pelo rubio largo y suelto, sus sinuosas curvas embutidas en un vestido rojo de lentejuelas. Estaba posando ante las cámaras en medio del enorme vestíbulo. Cuando los vio entrar, trató de disimular su sorpresa. Pero él sabía que su contoneo y su risa exagerada estaban dirigidos a llamarle la atención.

Dante le había advertido de que todos estaban ansiosos por conocer a la chica que se había llevado al Huracán después del partido. Además, el hecho de que fuera una desconocida en las columnas de sociedad, no hacía más que azuzar el interés general.

También azuzaba el interés de Rocco, si era sincero. Nunca antes había sentido una atracción física tan fuerte por nadie. La química entre ellos era como un potro salvaje, ni diez años habían podido domarlo.

–Mira la sensación que estás causando –le susurró él al oído, consciente de cómo la excitaba sentir su aliento.

–Yo solo siento terror. Son como vampiros, hambrientos de sangre. Prepara la ristra de ajos. Y no pierdas de vista la estaca.

–Relájate –dijo él con una sonrisa y siguió entrando con ella, repartiendo saludos con la cabeza, apretones de manos–. Vamos a tomar algo.

A Rocco le gustaba ese club. Era viejo, pero elegante. Las reglas para los socios eran relajadas y la gente, muy amigable.

Dante y él habían pasado mucho tiempo allí. Había hecho el tonto, había aprendido a ligar y, en unas cuantas ocasiones, se habían metido en algún que otro lío de faldas. Su juventud había transcurrido en ese club que había albergado generaciones de la familia Hermida, todos jugadores de polo. Sus retratos estaban colgados en la entrada, posando junto a compañeros de equipo o junto a orgullosos caballos. Eran Hermida de pura sangre. Él, sin embargo, solo estaba allí como invitado. Se sentía agradecido. En deuda.

Condujo a Frankie por el comedor con cortinas doradas, a través de la sala de billar, hasta la terraza. El aire cálido de la noche los recibió, junto con el sonido de risas y animadas conversaciones. En el jardín, la marquesina preparada para albergar la pista de baile relucía llena de atractivo.

–¿Quieres bailar? –preguntó él, tendiéndole una copa de champán.

–No. Gracias –repuso ella. Le dio un trago y miró a su alrededor.

–¿Quieres comer algo? –ofreció él, señalando el apetitoso bufé.

–No tengo hambre. ¿Quién es la mujer con el vestido rojo?

Rocco siguió la curiosa mirada de su acompañante. Se había dado cuenta, claro. Carmel estaba haciendo de las suyas.

–Una exnovia. Carmel de Souza. Le gustan los famosos… y tú eres famosa –informó él, notando cómo Frankie afilaba la mirada–. En una ocasión, hizo planes respecto a mí, pero supongo que ya se ha recuperado de su fracaso. Nunca está sin pareja. Nunca.

–No me sorprende, con lo guapa que es.

–Tranquila. Tener su aspecto es una ocupación de jornada completa. Se pasa todo el día arreglándose.

–¿De verdad? –replicó ella con curiosidad–. ¿No tiene un trabajo *normal,* con un poco más de sustancia?

Rocco se encogió de hombros, ignorante de la respuesta. ¿A qué se dedicaba Carmel? A ir de compras, a ir a fiestas, a autopromocionarse.

–Es guapa. Encandila a hombres ricos.

–Entonces, ¿es una cazafortunas?

–Más bien, una cazamaridos. Pero, conmigo, no lo consiguió. No soy de los que se casan. Nunca me lo perdonó.

Frankie arqueó las cejas y levantó la vista hacia él.

–¿Es eso un problema para ti? –quiso saber Rocco. Era mejor saberlo. En más de una ocasión, ese tema había sido razón más que suficiente para dar por terminada una relación.

–No es algo en lo que haya pensado mucho.

El teléfono de él sonó.

Se lo sacó del bolsillo. Estaba lleno de notificaciones de mensajes. Y tenía una llamada perdida de Dante. Maldición.

–¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

–Nada. Solo tengo que devolver una llamada. Dame un minuto.

Rocco se apartó hacia una zona más apartada. Apretó el botón de rellamada. Pero no pudo establecerse la conexión. Lo intentó dos veces más.

Recorrió la terraza, buscando cobertura. El ruido de la fiesta impregnaba el ambiente. No podía establecer comunicación.

Salió de la casa, bajó unas escaleras hacia las pistas de tenis. Nada.

Había una pareja entretenida en las sombras. Él pasó a su izquierda. Siguió un camino de grava bordeado por altos setos. El murmullo de la fiesta se escuchaba lejano, apenas había alguna farola que otra para iluminar la noche. Solo la luz de la luna y su estúpido móvil le daban algo de visibilidad.

Intentó llamar una vez más.

El teléfono se encendió con un nuevo mensaje.

*Callejón sin salida. Lo siento. Me reuniré contigo enseguida.*

Una carcajada femenina resonó por encima de la música. La brisa se levantó un momento. A su alrededor, las hojas de los arbustos se agitaron. Rocco se quedó parado, mirando el mensaje.

No podía ser. Había tenido la intuición de que, por fin, habían dado con Martínez.

Había dedicado toda su vida a esa búsqueda. Años de paciencia. ¿Cuánto tiempo más era necesario? ¿Cómo podían cerdos como Martínez esconder sus huellas tan bien? De siempre, había sabido que la familia Martínez había tenido conexiones con los narcos mexicanos. ¿Por qué la policía no había logrado encontrarlos todavía? No era posible que todas las fuerzas de la ley fueran corruptas. Sin embargo, sus esfuerzos hasta el momento habían sido en vano.

Los Martínez estaban en alguna parte. Y no eran invencibles. Ya no les tenía miedo.

Encontraría a Chris, el que disparó a su hermano.

Ese día llegaría.

Rocco respiró hondo. Cuadró los hombros. Se guardó el móvil. Miró hacia la casa, hacia la fiesta.

Frankie. Al pensar en ella, algo se derritió en su interior. Era extraño, pero esa mujer le hacía sentir en paz. Una sensación por completo nueva para él.

Meneando la cabeza, se dijo que no podía ponerse sentimental. Necesitaba mantener la cabeza fría, no olvidar su propósito.

Dante estaría a punto de llegar, pensó, dando media vuelta para regresar. Prestó atención para ver si oía algún helicóptero acercándose, pero el viento se había levantado y la fiesta había subido de decibelios.

Cuando llegó a la terraza, vio que los asistentes estaban mirando todos hacia dentro. Entró.

Debería haberlo imaginado.

Allí estaba. Carmel y su circo. Y, en medio, como una vela de iglesia atrapada en una explosión de fuegos artificiales, estaba Frankie.

Carmel estaba sacándole el máximo partido a su vestido rojo. Los pechos turgentes y generosos saliéndosele por el escote, la cintura fina y apretada, el pelo cayéndole como una cascara rubia. A su lado, Frankie parecía un pálido fantasma.

Rocco se derritió al verla.

–Siento mucho haber tardado tanto –se disculpó él, al llegar a su lado.

–Rocco… cariño.

Al escuchar la voz de él, Carmel dio un respingo, puso su mejor cara de puchero y se acercó a saludarlo con un beso en la mejilla. Él no tenía tiempo para juegos.

–Estaba cuidando de tu novia. ¡La has dejado sola, tesoro! ¿Me estabas buscando a mí? –preguntó Carmel, sin molestarse en bajar el tono de voz.

Frankie tenía los ojos clavados en él.

–¿Has hecho tu llamada?

Él asintió.

Carmel se las arregló para ponerse entre los dos. Le dio la espalda a Frankie, frotó sus pechos contra el torso de él.

–Rocco, tesoro… ¿Me has echado de menos? –le susurró la exuberante rubia, como una gata en celo.

Una cámara disparó su flash.

Carmel nunca perdía una oportunidad.

Rocco abrió la boca para ponerla en su lugar, pero Frankie pasó delante de esas caderas de lentejuelas y se colocó junto a él. Tenía los hombros hacia atrás y su pequeña y decidida barbilla bien levantada.

–¿Echarte de menos? ¿Cómo crees que nadie puede echarte de menos?

Una pulla directa, comedida, pero potente. Rocco se la comió con la mirada.

Carmel titubeó, algo poco habitual en ella.

–¿Cómo dices?

–Sutileza, guapa. Mira en el diccionario lo que significa –repuso Frankie.

Rocco sonrió y arqueó una ceja, mirando a Carmel. Nunca había visto a nadie dejarla en evidencia antes.

Frankie deslizó un brazo alrededor de la cintura de su acompañante y se dirigió una vez más a la rubia.

–Y, para que lo sepas, mi novio tiene conmigo todo lo que necesita.

Carmel se puso en jarras y apartó la vista. Parecía un pavo en una exhibición burlesca. Empezó a balbucear algo en español, seguramente, pensando que Frankie no lo entendería. Y se sorprendió al recibir una andanada como respuesta. Hasta a Rocco le impactó escuchar un insulto tan fuerte.

–Ven. Es suficiente –dijo él, conduciéndola lejos de allí, mientras

ella seguía insultando a Carmel. Casi tenía que arrastrarla, hasta que la agarró de los hombros y se detuvo junto a las puertas que salían a la terraza–. Para ya. ¡Es suficiente! ¿Dónde has aprendido esas palabras?

Como Frankie no parecía dispuesta a parar, Rocco hizo lo único que se le ocurrió. La sujetó de la mandíbula con suavidad y la besó. Oyó a su alrededor gritos sofocados y murmullos, vio los flashes de las cámaras, pero nada le impidió sumergirse en su boca.

Ella se agarró a los brazos de él, se tambaleó sobre los pies de puntillas, mientras la rabia se iba desvaneciendo como un helado bajo el sol, reemplazada por la pasión.

Entonces, Rocco se echó hacia atrás y sonrió.

–¿Has terminado?

Frankie abrió los ojos despacio, al mismo tiempo que el ruido de un helicóptero se acercaba en la distancia. ¿Sería Dante?, pensó él.

¿Habría descubierto algo? Debían de estar cerca de averiguar el paradero de Martínez, se dijo. Ansiaba conocer todos los detalles, pero eso tendría que esperar a que estuviera a solas con su hermano. En ese instante, le debía a Frankie ocuparse de ella y mantenerla bien alejada de Carmel durante el resto de la fiesta. La guio hacia el jardín, donde los siguió la sensual música que impregnaba el ambiente.

–¿Hay alguien en el mundo con quien no te atrevas, preciosidad? –preguntó él, sonriendo.

Frankie seguía tensa, con los labios apretados y los hombros rígidos.

–Se lo merecía –repuso ella, encogiéndose de hombros.

Él no tenía nada que objetar.

–¡Actuaba como si toda la maldita fiesta fuera en su honor!

Rocco le acarició el cuello y le tocó los bonitos pendientes de esmeraldas que le relucían en las orejas.

–¿Estás enfadado conmigo?

–¿Por qué iba a estarlo? –preguntó él, frunciendo el ceño.

–No lo sé… Por haber dicho tantas barbaridades. Pero es que no puedo soportar a esa clase de mujeres que actúan como si fueran superiores solo porque son la fantasía de cualquier hombre.

–¿Eso crees? ¿Y si te dijera que sus curvas son como globos de cuero al tacto?

Ella le dio un puñetazo de broma. Rocco la apretó contra su pecho. Aparte de lo mucho que le excitaba hacer el amor con ella, le encantaba su falta de artificio. Haberla visto junto a Carmel había sido un contraste brutal. Y le había hecho reconocer su propio talón

de Aquiles, su necesidad de protegerla.

Quizá, lo que compartían era más que sexo.

Tal vez, deberían hablarlo, poner las cartas sobre la mesa. O, igual, si lo hacían, eso le daría a Frankie una idea equivocada. Además, él ya tenía suficientes cosas en las que pensar.

Levantó la cabeza hacia el helicóptero que volaba la finca.

–Aquí viene Dante.

Se quedaron en la terraza, lo vieron descender bajo las aspas de la nave con un esmoquin negro, camisa blanca y el pelo rubio peinado hacia atrás. Tenía todo el aspecto de una estrella de cine. Pero, cuando llegó junto a su hermano, Rocco se dio cuenta de que su habitual sonrisa perfecta estaba un poco nublada.

Dante hizo un gesto con la cabeza hacia Frankie.

Rocco negó con la cabeza, como advertencia de que no debían hablar delante de ella.

Dante asintió.

–¡Hola! ¿Cómo va la fiesta? –saludó el recién llegado. Era experto en desplegar encanto–. ¿Te importa si te digo que estás preciosa?

Tomó a Frankie de las manos, le lanzó una mirada apreciativa y la besó en la mejilla. Rocco se esforzó en no molestarse.

–Bien dicho. Hay cientos de mujeres ahí dentro, esperando que les digas lo mismo. Empezando por Carmel. Nosotros tenemos cosas más importantes que hacer.

Dante pareció un poco sorprendido.

–Claro. Os dejo, entonces.

–Tómatelo con calma ahí dentro, chico guapo.

–Te llamaré después.

Se estrecharon las manos, se dieron un abrazo fraternal. Luego, Rocco lo vio marchar, guardando valiosa información que él ansiaba conocer.

Tres chicas de largas piernas y vestidos cortos lo saludaron y corrieron hacia él. Dante las cobijó a todas bajo su brazo, sin perder el tiempo. Rocco hizo lo mismo con su amante. Una vez más, la música y el calor de la fiesta no tenían ningún interés para él. Estaba deseando salir de allí, perderse en esa mujer. Quería hacerle el amor sin tregua hasta olvidar su dolor, hasta decidir qué debía hacer a continuación.

–¿Quieres quedarte mucho tiempo más? –preguntó él, señalando con la cabeza a la zona donde los chóferes esperaban en los coches.

–Creo que Dante se ocupará de mantener vuestro nombre en buen puesto. Por mí, podemos irnos.

Él asintió, la abrazó de nuevo, recorriéndole la espalda con la mano.

Una cosa estaba clara, pensó Rocco. Tenía que convencerla de que pidiera alargar sus vacaciones del trabajo, porque necesitaba tenerla cerca. Quería tenerla en su cama y en su vida.

# Capítulo 9

FRANKIE se despertó de golpe, sin ninguna luz que iluminara la estancia.

Estaba en una enorme cama. Era la habitación de Rocco. Su casa. Pero él no estaba a su lado.

El espacio vacío a su lado se había quedado frío. De pronto, tiritó.

Rocco le había hecho el amor con más intensidad que nunca esa noche.

En cuanto habían llegado a su casa, había servido dos copas de whisky. Se había bebido la suya casi de un trago. Luego, se había quitado la chaqueta y la corbata y había tomado a Frankie entre sus brazos.

La había devorado. Era la única palabra con que ella podía describirlo. Había parecido incapaz de saciarse. Se habían besado con tanta fiereza que le había salido sangre del labio. Él se la había chupado. Entonces, se había detenido, asustado por haberle hecho daño. Se había apartado un poco, mirándola con preocupación. Pero a ella no le había dolido. Lo único que había sentido había sido deseo.

Al instante, habían formado una masa de cuerpos ardiendo. Fuego, pasión y placer.

Frankie se pasó la lengua por el labio y se preguntó dónde estaría. Y qué hora sería.

Palpó la mesa a su lado, buscando el teléfono.

Al tocar su pantalla, se iluminó la habitación. Eran las cuatro de la mañana.

Tenía dos llamadas perdidas.

Mark.

Frankie se asustó. ¿Qué pasaría? Mark rara vez la llamaba. Menos, cuando estaba de viaje. ¿Le habría pasado algo a su madre? ¿A su hermano? ¿A su padre?

Se sentó en la cama y enfocó los ojos, tratando de calcular la hora que era en Dublín. ¿Alrededor de las diez de la noche? Abrió el buzón de mensajes de texto y pulsó en el enlace que su hermano le había enviado. La dirigió automáticamente a una página de noticias.

Su hermano Danny. En Dubái. Salía en una foto de la mano de una hermosa pelirroja. ¿Y qué?

Frankie leyó el texto. ¿Danny se había casado?

El mensaje de Mark era muy breve. Le preguntaba si ella lo había sabido. Y le informaba de que su madre estaba en estado de shock.

¡No era de extrañar! Danny hacía siempre lo que le apetecía. Sin pedirle permiso a nadie.

Pensativa, posó los ojos en el otro lado de la cama. En la otra mesilla, había un vaso de agua, el reloj de Rocco y…

El pequeño retrato del querubín de pelo dorado ya no estaba ahí.

Contempló el espacio donde debería estar. Él la había depositado en la mesilla antes de acostarse. Había sido como un ritual. Ella le había visto colocar la foto con reverencia, sintiendo cómo el aire se llenaba de algo casi sagrado. Pero no se había atrevido a preguntar nada.

Por alguna razón, intuía que la historia que había detrás de esa foto era algo que concomía a Rocco. De eso estaba segura, era algo que le provocaba una honda tristeza y le hacía volverse agresivo.

Después de haber llegado al clímax juntos horas antes, Frankie había tenido la necesidad instintiva de abrazarlo, acunarlo. Pero él se había apartado, se había tumbado boca arriba, con la vista clavada en el techo, perdido en sus pensamientos.

Frankie sabía que debía animarlo a hablar, igual que él había hecho con ella. También sabía que ayudarlo a liberarse de los fantasmas que poblaban su mente sería una labor titánica. Sin embargo, era lo menos que una amiga podía hacer. ¿Una amiga o una amante?

¿Qué era ella para él? ¿Y qué era él para ella? Rocco podía convencerla de que se quedara un poco más. Pero, incluso si conseguía que su jefe le diera un puñado de días libres, ¿qué pasaría después? ¿Qué sentiría si, de pronto, se cansaba de ella?

Solo podría pensar con claridad si ponía distancia, decidió Frankie. Por supuesto que quería quedarse más tiempo con él. Era adictivo y estar a su lado era el paraíso. Pero todo era parte de la chispa que habían encendido cuando se habían conocido hacía diez años. Y no quería que el corazón se le hiciera añicos cuando esa chispa, al fin, se extinguiera. Necesitaba hablarlo con él. Cuanto antes.

El teléfono vibró en su mano. Otro mensaje de Mark. Otra foto. En esa ocasión, no había lugar a dudas. Danny posaba feliz junto a una novia de blanco, muy hermosa.

Vaya. Tenía que enseñárselo a Rocco, se dijo. Tenía que compartir con él la noticia.

Se levantó de la cama, se puso una camiseta y salió del dormitorio para buscarlo. Del otro lado del pasillo, llegaba una luz mortecina. La televisión estaba encendida.

Frankie se dirigió hacia allí.

Y lo que vio le hizo más daño que cualquier rasguño en el labio.

Rocco estaba en el sofá, delante de la pantalla. La luz bañaba su musculoso cuerpo desnudo. Tenía un vaso de whisky en una mano. En la otra, sujetaba algo pequeño, rectangular. Tenía que ser la foto. Estaba mirándola con los labios apretados, mientras una vieja comedia transcurría en la televisión.

Lo contempló desde el otro lado del patio, a través de la pared de cristal. Él no se movió. Parecía esculpido en mármol.

Por fin, se llevó el vaso a los labios y apuró el whisky.

No hacía falta un primer plano para adivinar que estaba disgustado. A Frankie se le encogió el corazón al verlo así. Caminó hasta la puerta y se detuvo en su quicio.

–Rocco.

Él suspiró. No le sorprendió su presencia. Meneó la cabeza e hizo un gesto con el brazo, indicándole que se sentara a su lado.

Ella obedeció al instante y se colocó bajo su brazo, apoyando la cabeza en su pecho. Él la sujetó con fuerza.

Tenía el cuerpo caliente. Frankie frotó la cara contra su torso, inspirando su aroma a jabón y a sudor, tintado de olor a whisky.

Rocco levantó el vaso y bebió. Siguió sujetándola en silencio.

–Me he despertado. He recibido varios mensajes.

Él dio otro trago en silencio.

–Parece que Danny se ha casado, en Dubái. Mark me ha mandado las fotos que han salido en la prensa. Dice que nadie tenía ni idea. Mi madre está conmocionada.

–Ya es un hombre. Puede hacer lo que quiera.

–Lo sé. Pero me hubiera gustado haberlo sabido.

–¿Qué diferencia habría habido? ¿Habrías ido a la boda?

–Igual.

Otra vez, silencio. Rocco bebió otro trago.

–¿No planeas compartir ese whisky?

–¿Quieres brindar por la feliz pareja?

Se incorporó, pero Rocco siguió sin mirarla. Tenía los ojos puestos en la pantalla de televisión, la expresión vacía. Despacio, ella le acarició el rostro, le recorrió el ceño fruncido con las yemas de los dedos.

–Quiero que seas feliz, Rocco –susurró ella.

Él volvió hacia ella sus ojos llenos de dolor.

–Ven. Volvamos a la cama –rogó ella.

Frankie se puso en pie, trató de quitarle el vaso de la mano. Entonces, se fijó en la foto que él sostenía en la otra mano. Rocco le dio la vuelta al retrato. Miró al pequeño con cara de ángel y su mirada fue tan triste que ella se encogió. Acto seguido, puso la foto boca abajo y levantó la cabeza para apurar el vaso de licor.

–Vamos, Rocco, por favor.

Él apretó los ojos, respiró hondo y, cuando los abrió, fue para mantenerlos fijos otra vez en la pantalla.

–Si quieres hablar o contarme algo, sabes que puedes hacerlo. ¡Cielos, Rocco, no me gusta verte así!

–Vuelve a la cama, entonces.

Ella tragó saliva ante su respuesta. No pensaba dejarse intimidar. No cuando él parecía sumido en tan hondo dolor.

–No, a menos que tú vengas conmigo.

–Por muy tentadora que sea tu oferta, no creo que sea buena idea ahora mismo –señaló él, mirando a su vaso vacío y a la botella que había junto a la pantalla.

Frankie se puso delante de él, deliberadamente tapándole la vista de la televisión y de la botella.

–¿Por qué no, Rocco? ¿Por qué no podemos hablar, o hacer el amor, o solo abrazarnos?

Él hizo una mueca, meneó la cabeza. Parecía no ser capaz de hacer mayor esfuerzo que seguir respirando.

–Ahora mismo, no confío en mí. No quiero hacerte daño otra vez.

–¿Qué quieres decir? ¿Te refieres al labio? No me hiciste daño a propósito. Los dos nos dejamos llevar. Hay algo que te está carcomiendo por dentro, Rocco. Deja que yo…

–Déjame solo, Frankie.

Ella tragó saliva, pero no se arredró. Se colocó entre sus piernas, apoyó las manos en sus fuertes muslos. Aquel hombre poderoso y bello merecía sus cuidados.

–No creo que ahora mismo te siente bien estar solo.

Frankie lo recorrió con la mirada, desde su ropa interior negra hasta la piel dorada salpicada de vello moreno, los perfectos abdominales y pectorales, sus musculosos hombros, su viril cuello, sus sensuales labios.

Le acarició los bíceps, trazó el camino que marcaba una vena hasta su muñeca, hasta la foto que sostenía. Le recorrió los dedos y, cuando por fin la miró, sostuvo su mirada.

–¿Qué puede ser tan terrible? Las cosas son más llevaderas

cuando se comparten.

–¿Puedo verla? –pidió ella, agarrando la foto con suavidad.

–Es mejor dejar el tema –dijo él con tono helador.

Frankie se sentó sobre sus piernas, se acomodó y, con la cabeza en el pecho de él, observó la foto con detenimiento.

Rocco no se lo impidió.

Poco a poco, ella notó que se rendía, mientras dejaba escapar una larga exhalación.

Se quedó allí sentada, esperando.

Al fin, él habló.

–Es mi hermano. Se llamaba Lodovico. Lodo. Tenía cuatro años cuando murió.

Frankie contuvo la respiración al escucharlo.

–Yo era su única familia. Nuestro padre había desaparecido y nuestra madre se había vuelto loca –continuó él con expresión de inmenso sufrimiento–. Yo estaba con él cuando murió. No fue culpa mía, solo era un niño. No soy responsable –añadió, como si estuviera pronunciando una extraña letanía–. Pero me siento responsable.

Con el corazón encogido, Frankie levantó la cabeza y colocó la foto para que ambos pudieran verla.

–Puedo repetir esas palabras una y otra vez y siguen sin significar nada para mí. Las he dicho demasiadas veces. No tienen sentido. Por supuesto que soy culpable de lo que le pasó.

–¿Cómo murió?

Era una pregunta horrible, pero ella sabía que debía hacerla. Intuía que lo peor estaba aún por llegar.

–De un disparo. Recibió una bala que iba dirigida a mí. Porque yo había sido el chico de los recados de una banda rival. Y, cuando hay mucho dinero en juego y la policía cobra para mirar hacia otro lado, cuando tu madre se ha vuelto loca y tu padre ha desaparecido… la vida no vale nada.

–Pero, como has dicho, eras un niño nada más. ¿Quién puede culparte?

–Si no me hubiera convertido en un pequeño criminal, si no hubiera sido ambicioso y no hubiera hecho cada vez cosas más peligrosas… Si no le hubiera soltado la mano cuando más me necesitaba…

Frankie lo agarró de los hombros, sacudida por el dolor de sus palabras, pero desesperada por ayudarlo.

–¿Qué edad tenías entonces? ¿Seis años? ¿Siete? ¿Cómo podías haber impedido nada de aquello?

Rocco apartó la vista, como si hubiera escuchado antes todo eso.

Ella lo sujetó de las mejillas, tratando que la mirara a los ojos.

–Rocco. Eras un niño. ¿Y todavía sigues martirizándote?

Ella lo besó. Le besó en la mandíbula tensa, en los labios apretados. Y le bañó el rostro con sus lágrimas.

–Rocco, cariño, tú no tuviste la culpa.

Él seguía teniendo los ojos cerrados. Pero a ella no le importaba. No podía soportar ver a un hombre poderoso como él tan hundido. Le cubrió la cara de besos, susurrándole palabras cariñosas.

Rocco continuó impasible, frío y distante. No la apartó, aunque parecía a punto de hacerlo. Sin embargo, Frankie intuyó que la necesitaba. Aunque él no supiera cuánto. Dejándose llevar, lo rodeó con su cuerpo.

Despacio, él empezó a responder a su calor. Suspiró ante sus suaves besos, se derritió entre sus tiernos abrazos. Ella se sentó a horcajadas sobre sus piernas, para abrazarlo con todo su ser.

–Frankie…

Rocco la abrazó. Todo ese tiempo había tenido los brazos lánguidos a los lados, aunque sin apartarla. Pero, al fin, la abrazó. Ella empezó a mecerse ligeramente con un movimiento instintivo de amor y mimo.

–Tú nunca harías nada para lastimar a un niño inocente. Nunca.

–Haría cualquier cosa por dar marcha atrás en el tiempo. Podía haber hecho mucho para protegerlo.

–Rocco, ¿no ves lo que estás diciendo? Eras solo un niño. Y más difícil de digerir es que intentabas actuar como un adulto, tomar decisiones que tus padres deberían haber tomado por ti. No voy a decirte que entiendo por lo que has pasado. Pero entiendo que empeoras tu dolor al odiarte tanto por algo que no fue culpa tuya.

Rocco estaba quieto. Con la vista al frente, sin mirarla a los ojos. Se le había caído un mechón de pelo sobre la cicatriz de la frente. Ella se lo apartó y le besó la marca enrojecida.

–Me gustaría que dejaras de odiarte. Tienes una gran capacidad de amar. Tu cuerpo lleva grabada tu historia. Hasta esta pequeña cicatriz –dijo ella, tocándole la frente–. Demuestra que estuviste luchando en las calles, cuando tenías que haber estado estudiando latín en el colegio. Me gusta todo de ti.

Él no se movió. Ella le besó con suavidad el puente roto de la nariz.

–Y esta nariz perfectamente imperfecta. Recibiste un golpe con un palo de polo porque no querías rendirte…

Frankie lo abrazó, cerró los ojos y dejó que su cuerpo la guiara,

recordando todas las cosas que él le había contado sobre sus lesiones. Tenía los huesos de los hombros desalineados a causa de sus caídas y peleas. Inclinó la cabeza y se los recorrió con los labios también.

–Adoro tus labios –susurró ella, besándolo con suavidad–. El placer que me han dado…

De improviso, una honda emoción la invadió al pronunciar aquellas palabras. Se le formó un nudo en la garganta. Pero se tragó las lágrimas y usó la boca para demostrarle lo que sentía. La pasión comenzó a cobrar vida. Aunque algo más grande, más dulce, resurgió entre las llamas.

–Oh, Rocco…

Él se puso en pie, llevándola en brazos. Ella se apretó contra su cuerpo mientras la conducía al dormitorio.

La depositó en la cama con sumo cuidado, como si fuera algo precioso. Entonces, se colocó sobre ella y la observó.

–Eres dulce, una dulce mujer –susurró él, desabotonándole la camisa.

Frankie se incorporó en la cama. Entrelazó los dedos en su pelo y lo atrajo a su boca. Lo besó. Una y otra vez. Lo abrazó y lo consoló con su cuerpo. Y con su corazón.

Estuvo a punto de decirle lo que sentía. Pero se tragó las palabras.

Rocco la tocaba como si fuera un tesoro, la acariciaba con suma delicadeza, con las manos y con la boca. Ella volaba cada vez más alto en los brazos del placer, hasta ser incapaz de saber dónde terminaba su cuerpo y dónde comenzaba el de él.

–Frankie, cariño…

Él le separó los muslos y se sumergió en su cálido interior. Su enorme erección la llenó por completo. Ella sintió su respiración en el cuello, le acarició la mandíbula, se perdió en la exquisita sensación de verse envuelta por su poderoso cuerpo.

El éxtasis estaba cerca. Con una perfecta precisión, él entraba y salía de dentro de ella. Rocco… su soldado herido… su amor. Nunca en su vida había sentido Frankie algo tan intenso por otro ser humano. Sus cuerpos llegaron al orgasmo al mismo tiempo.

Y, juntos, se quedaron dormidos, sabiendo que habían cruzado un puente inmenso. Y que no había vuelta atrás.

## Capítulo 10

UNA RESACA era lo último que Rocco necesitaba. Se dirigió a la cocina para beber agua, recordando los eventos de la noche anterior.

–¿En qué diablos había estado pensando? ¿Qué le había pasado?

Tomó otro trago de agua. Estaba sediento.

¿Estaba perdiendo las riendas de su aventura?, se dijo. Todavía estaba furioso consigo mismo por haberla tomado de forma tan brutal. Una cosa era la pasión salvaje y otra lo que había sucedido la noche anterior. Él le había hecho daño, le había hecho sangre en el labio.

E incluso después de eso ella había ido a buscarlo. Y él había sido tan estúpido como para hablarle de Lodo. Tenía ganas de sacudirse la cabeza contra la pared. ¿Acaso se había quedado sin cerebro? Nunca le había hablado a nadie de su hermano. Su terapeuta había tardado cinco años en lograr que pronunciara su nombre. ¡Pero ella lo había conseguido en solo una noche!

¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo iba a retomar su relación con ella después de la noche anterior?

Maldición. Sabía que las cosas habían cambiado entre los dos. No de forma permanente, claro. Pero ella era mujer. Tendría expectativas. Las mujeres siempre tenían expectativas. Y él era el culpable.

¿Por qué le consolaba tanto tener sexo con ella? ¿No podía domar sus emociones como había hecho siempre, con el deporte? El boxeo le había ayudado a superar sus años de adolescencia. Y el polo había sido su salvación hasta que ella había entrado en su vida.

Rocco quería recuperar la normalidad. Ansiaba volver a pisar terreno conocido. Él no era así. Usar a una mujer para ayudarle a digerir sus problemas era una locura.

Por supuesto, confiaba en ella y sabía que no le contaría a nadie su secreto. Claro que no. Lo que pasaba era que, durante años, le había funcionado bien guardarse sus problemas para sí mismo. Solo Dante había sabido quién había sido Lodo. Entre los dos, se habían entendido. Nada de explicaciones, nada de juicios. Lo último que él siempre había querido había sido hablar de ello. Las mujeres siempre querían hablar de todo.

Entró en la sala de la televisión y vio la botella de whisky. Se había bebido más de la mitad. Pero no le había servido de nada.

Miró al sofá. Vio la foto. Recordó cómo Frankie se había sentado a su lado. No le había presionado. Había sido paciente y respetuosa. De todas formas, él debería haber mantenido la boca cerrada. Pero ya no había marcha atrás.

Agarró el vaso vacío de whisky y se dirigió a la cocina, mientras le daba vueltas a su persecución de los hermanos Martínez. Eso sí que se lo guardaría para sí mismo. Los contactos que había tenido que mantener, los riesgos que había corrido al rascar en los bajos fondos… no quería compartir nada de eso con Frankie.

No, ya le había contado más que suficiente.

Dejó el vaso en el reluciente lavavajillas y encendió la máquina de café. No tenía sentido lamentarse por lo que había hecho. Solo podía asegurarse de no revelarle nada más. Y, aunque él mismo le había rogado que se quedara, igual no era tan buena idea. No, mientras Dante estuviera a punto de llegar y su caza de Martínez fuera su principal objetivo. No, cuando ella lograba hacerle confesar secretos que jamás había compartido con nadie.

Rocco meneó la cabeza de nuevo. Cada vez más, el asunto pendiente que tenía con Frankie parecía un problema mayor y sin solución. Estaba acostumbrándose a su presencia. Le encantaba cómo sus cuerpos sintonizaban a la perfección, como no le había pasado nunca antes. Le gustaba lo agradable que era tenerla cerca, sin los artificios y las manipulaciones de personas como Carmel. Sin embargo, era necesario hacerle saber que su relación no podía ir a ninguna parte.

Se miró el reloj. Dante se acostaría tarde la noche anterior, después de los excesos de la fiesta. Lo más seguro era que tardara un par de horas más en llegar a visitarlo. Podía ponerse a trabajar, pensó. Aunque una hora de correr en la playa y una sesión de puñetazos con su saco de boxeo eran lo que necesitaba. ¿Y si despertaba a Frankie y la invitaba a ir a correr con él? No, quizá, no era buena idea. Le sentaría bien tener un poco más de tiempo para pensar. Porque perderse en ella no hacía más que engrosar su lista de problemas, en vez de ayudarle a solucionarlos.

Corrió varios kilómetros. Siguió más allá del punto en el que normalmente daba la vuelta. El agua le salpicaba de vez en cuando, mientras corría por la orilla. Un par de jinetes pasaron a su lado, sus caballos cabalgando sobre la espuma marina. Al verlos, pensó que debía invitar a Frankie a montar en la playa antes de que se fuera. Le iba a encantar.

Todavía le dolía la cabeza, llena de pensamientos conflictivos. Pero, al menos, se había aclarado respecto a una cosa y eso le hacía sentir mucho mejor.

Trotó hacia su casa desde la playa, pensando en beber algo y en darse una ducha fría. Caviló si era mejor ducharse solo o no. Pensó en Frankie y en la conversación que debía tener con ella. En el pasado, le había repetido la misma letanía a decenas de mujeres. Nada de expectativas. Nada de compromisos. Frankie le gustaba. Mucho. Pero era mejor si los dos tenían claro lo que pasaría después.

Sumido en sus pensamientos, dobló la esquina de la terraza que daba al jardín… y aterrizó justo en medio de una entrañable escena.

Dante y Frankie. Estaban muy juntitos, mirando algo. Y su cercanía, hombro con hombro, muslo con muslo, despertó algo amargo en su boca. ¿A qué estaba jugando Dante? ¿A las familias felices?

–Parece que lo estáis pasando en grande –dijo él con tono frío.

Los dos levantaron la vista de golpe. Por un momento, antes de esbozar su radiante sonrisa habitual, Dante no pudo disimular su sorpresa.

–Hola, hermano. Ya veo que te gustan las emociones fuertes. Primero haces una fiesta tú solo en tu salón y, luego, te vas a correr diez kilómetros antes del desayuno. Llevo mucho tiempo esperándote. Menos mal que estaba Frankie aquí para cuidar de mí.

Rocco apretó los dientes, diciéndose que no debía dejar que su hermano lo sacara de quicio. Pero, aunque sabía que Dante lo estaba provocando a propósito, no pudo evitar sentirse molesto.

–Llegas más pronto de lo que pensé –comentó él, acercándose al balancín–. Deberías haberme llamado. Me habría asegurado de estar aquí para recibirte.

–Bueno, por lo general, me gusta hacer las cosas con calma, como sabes. Pero Frankie era un poderoso atractivo para darme prisa en venir.

Frankie rio y le dio un puñetazo juguetón en el brazo.

–¡Eres un bromista! ¡Si acabas de llegar!

Entonces, Dante la rodeó de los hombros con el brazo.

–Pero es temprano para mí, dulce flor. Normalmente, mi primera comida después de la fiesta anual de Turlington es la cena. Hoy empezaré con el aperitivo. ¿Impresionada?

Rocco no estaba impresionado. Dante había pasado de flirtear con ella a comportarse como una especie de viejo amigo. Lo que menos necesitaba Frankie era otra invitación para formar parte del

equipo Hermida. Tenía que hablar con su hermano cuanto antes y continuar con su plan, se dijo.

–Frankie, ¿puedes dejarnos un momento? Dante y yo tenemos que hablar de un asunto. En privado.

Lo que dijo era cierto, pero podía haberlo expresado con más delicadeza. Por la mirada que ella le lanzó, adivinó que la había ofendido. Aun así, Frankie se levantó con una pequeña sonrisa.

–Os dejo solos. Es mejor que me despida, Dante… No estoy segura de cuándo volveré a verte. Tengo que volver a mi trabajo pronto.

Dante se puso en pie también. La sujetó de los hombros y le dio un abrazo.

–Ah, no lo sabía. Pensé que te quedarías un tiempo. De acuerdo. Bueno, estoy seguro de que será una despedida temporal. Me gustaría mucho que nos mantuviéramos en contacto.

¿Había perdido Dante la cabeza? ¿Qué diablos estaba diciendo?, se dijo Rocco, apretando los puños. ¡Si ese saco de boxeo estuviera a su alcance, iba a hacerlo añicos!

Por fin, Dante la soltó. Ella se alejó con su sensual forma de andar, embutida en otra de las camisas de Rocco. Preciosa.

Rocco se volvió hacia su hermano.

–¿Dulce flor? ¿Qué diablos te propones, Dante? ¿Desde cuando te dedicas a hacer creer a una mujer que puede ser parte de esta familia?

Dante se acercó a él.

–Relájate. Pareces un león enjaulado. Tuve que calmar las cosas, después de tu torpe actuación. ¿Por qué le has hablado así? ¿Cómo has podido echarla con tanta brusquedad? ¿Quién trata a la mujer que ama de esa manera?

Rocco se quedó helado. Dante se sentó otra vez y tomó un periódico. Lo abrió y empezó a hojearlo como si hubiera hecho solo un comentario sobre el tiempo.

–Olvídate de eso.

–¿Qué? –preguntó Dante con naturalidad–. ¿Vas a decirme que no estás enamorado de ella? Es tan obvio como los pechos de silicona de Carmel. Hablando de eso, igual quieres romper tu costumbre y echar un vistazo a las columnas de cotilleos. Si dices que no estás enamorado, es mejor que lo comuniques oficialmente en una nota de prensa –añadió y le tendió su teléfono.

Fotos de Frankie y Rocco. Los dos saliendo de su casa, entrando en el Club Turlington y, en la fiesta, besándola con pasión. Abrió los ojos como platos al ver lo unidos que parecían en las imágenes. Y

todavía había más. Los dos mirándose tiernamente, sonriendo, abrazándose. De acuerdo, parecía que eran una pareja enamorada. Pero solo eran amantes. No había mucho más. Había salido con otras mujeres antes y debía de haber docenas de fotos como esas.

Sin embargo, mientras seguía mirando la pantalla, vio lo que Dante le estaba señalando. Había fotos de él con otras mujeres, donde se veía que siempre las mantenía a distancia. Y que él siempre tenía la cara rígida. El titular del reportaje exclamaba: *¡El Huracán ha sido domado!*

La Gaya, urraca en Argentina, era como llamaban a Frankie. Por su pelo negro azabache y su piel blanca como la leche. Y por haber robado del nido de la exuberante Carmel.

Qué desastre, pensó Rocco. Justo lo que le faltaba.

Le devolvió a Dante el teléfono de mala gana.

–Lo desmentiré. No es problema. Hay cosas más importantes de las que ocuparse. ¿Qué has descubierto?

El rostro de Dante se oscureció de golpe.

–Ha sido lo más cerca que hemos estado. Puede que la pista no sea del todo falsa, pero no lo sé. Alguien aseguró que había compartido celda con un tipo que conocía a Chris Martínez. Dijo que había estado en la cárcel y que había salido tras un par de meses. Se dice que había hecho un trato para obtener una nueva identidad. Pero es solo un rumor.

–Es bastante creíble, sin embargo.

–Quizá. No estoy seguro. Pero ese tipo no reveló nada más. No tenía más que contar sobre Martínez. Y empezó a hacer demasiadas preguntas. Creo que estaba buscando información sobre ti.

Rocco caviló un momento. Había sido muy cuidadoso con eso. Nunca había tratado con los investigadores privados en persona. Esa era la primera vez que Dante había hecho de intermediario. En las demás ocasiones, había usado a una tercera persona, lo había organizado todo desde una cuenta distinta de correo electrónico y de teléfono. Lo último que quería era mezclar el nombre de la familia Hermida con toda esa basura. No, después de lo que habían hecho por él.

–De acuerdo. Gracias.

–¿Y ahora qué?

Rocco se frotó la nuca, se estiró, flexionó las manos. Meneó la cabeza.

–No lo sé. Lo tengo que pensar.

–¿No crees que deberías dejarlo aparcado un rato? No tenemos una pista demasiado urgente que seguir. Podías pasar tiempo con

Frankie y arreglar las cosas con ella antes de que se vaya. No dejes cabos sueltos o podrías…

–¿Podría qué? –preguntó Rocco, frunciendo el ceño.

–Podrías perderla.

Se miraron en silencio, con el periódico desplegado sobre la mesa entre ellos como un capote torero. Lleno de fotos de Frankie y Rocco juntos.

–Solo digo que… te conozco. Cuando recibes alguna información sobre Martínez, te pones de un humor de perros y tratas mal a la gente que te rodea. Como acabas de hacer con ella ahora. Y Frankie no se va a quedar a aguantarlo –señaló Dante y levantó las manos en gesto de rendición–. Solo digo que…

–Ya te he entendido.

–Seguro que sí –repuso Dante. Se acercó a él y le dio una palmada en la espalda, como siempre hacía–. Me voy ya. ¿Vas a ir a Buenos Aires hoy? ¿Mañana?

–Hoy, más tarde. Si quieres, puedo llevarte. Frankie tiene una cita con el dueño de una plantación de aloe, antes de regresar a Madrid.

Dante asintió.

–Os dejaré solos. El tiempo es oro.

Dante le dio otra palmada en la espalda a su hermano y se marchó, bajando las escaleras como si fuera el bailarín protagonista de un musical de Hollywood. ¿Cómo podía hacer que cada momento de su vida pareciera una película? Siempre conseguía sacar a Rocco de su mal humor.

Cielos, cómo quería a ese tipo, se dijo con una sonrisa. Se dirigió dentro. Era hora de ducharse, afeitarse y volver con Frankie a *La Colorada* para tener la conversación que no podía esperar.

Frankie terminó la última parte del mensaje de correo electrónico y la releyó por décima vez. Sus dedos titubearon unos segundos sobre el teclado. Hasta que presionó el botón de Enviar.

Se había pasado casi dos horas pensándolo, hasta que había tomado una decisión y había escrito el maldito mensaje.

Después de haber corrido casi toda la mañana por la playa, Rocco se había pasado parte de la tarde en el gimnasio. Había sido agresivo, casi grosero, cuando Dante había estado allí y, aunque se había disculpado luego, no le había ofrecido ninguna explicación. Era como si estuviera furioso consigo mismo por haber compartido su historia, por haberse mostrado más vulnerable.

Y, en cierta forma, eso no hacía más que aumentar su atractivo, pensó Frankie. Era un hombre tan complejo, tan débil y tan fuerte a la vez. Ansiaba ayudarle a suavizar la carga de su pesada cruz. Nunca se había sentido más conmovida que cuando habían hecho el amor esa madrugada. Había sido como abrir los ojos tras un largo sueño, adivinando la salida del sol, lo bello que podía ser el futuro. Y, de pronto, la oscuridad se había cernido sobre ellos de nuevo, de golpe.

¿Qué podía hacer?

Al final, una cosa le había ayudado a decidirse. Rocco la necesitaba. Ella sabía lo difícil que había sido para él hablarle de su infancia. Si no hacía un esfuerzo por él en el presente, tal vez, nunca tendría otra oportunidad. No había garantía de que Rocco quisiera volver a hablar de su trauma, ni con ella ni con nadie. Le rompía el corazón pensar que cargaba con una culpa tan enorme. Pero así era él. Se echaba todo a la espalda. Y, probablemente, la mejor manera que conocía de actuar era manteniendo a la gente a distancia.

¿De verdad esperaba que la tratara de forma distinta a las incontables mujeres con las que había salido antes? Frankie sabía lo que ella sentía. Sin embargo, lograr que él admitiera que sentía lo mismo era como tratar de redireccionar un huracán. No era posible. Además, cuando un huracán tocaba la tierra, era mejor ponerse a cubierto.

Con un suspiro, posó los ojos de nuevo en la pantalla de su portátil. Sabía que su jefe leería su mensaje en unas dos horas y se quedaría perplejo. No podía ser un momento más inoportuno. Estaba pidiendo vacaciones justo cuando debía estar preparándose para aterrizar en Madrid a toda prisa. Estaba segura de que, a su jefe, no le haría ninguna gracia. Solo faltaban siete días para su presentación.

Se proponía usar ese tiempo para trabajar en su informe hasta hacerlo brillar. Debía convencer a los directivos de Evaña de desarrollar una línea de productos ecológicos. Al menos, con su propuesta, la empresa de cosméticos antiedad tendría algún futuro. Y, si Evaña tenía futuro, ella, también.

Esa debía ser su prioridad número uno. Estar con Rocco era delicioso, pero no era la vida real. La vida real la estaba esperando en la sede principal de sus oficinas, donde debía hacer su presentación.

Guardó el ordenador y dejó el maletín de cuero junto al enorme escritorio de caoba del estudio donde se había atrincherado para

trabajar. A la mañana siguiente, temprano, tenía su reunión con los proveedores.

Durante un momento, recordó las palabras dulces que él le había dedicado la noche anterior. Se sintió orgullosa de lo que había conseguido, en vez de amargarse por lo que estaba fuera de su alcance. En una ocasión, él le había dicho que era su inspiración. Y, más que nada, ansiaba creerlo.

Frankie se dirigió al dormitorio. Agarró la pequeña foto de Lodo, que estaba en su sitio en la mesilla, y sonrió. Qué niño tan guapo había sido y, al mismo tiempo, qué expresión tan solemne. Aunque Rocco se hubiera cerrado en banda de nuevo, las intimidades que le había contado eran un precioso tesoro para ella.

En unas horas celebraría su reunión con los proveedores, en la Pampa. Cuanto más pensaba en su presentación, más grande le parecía la tarea que tenía por delante.

Pero podía hacerlo, pensó, mientras se alisaba la falda de su mejor vestido de verano. Tenía mucho que aportar. No solo a Evaña, sino a sí misma también. Podía llegar a acuerdos razonables y preparar una presentación realmente brillante.

Era capaz de hacerlo.

Luego, cuando hubiera reunido suficientes méritos como para regresar a County Meath con la cabeza bien alta y el orgullo intacto, le exigiría una merecida disculpa a su padre.

# Capítulo 11

VEINTICUATRO horas después, Frankie se bajó del helicóptero con la cabeza agachada, el maletín apretado contra el pecho. Se resguardó del estruendo de las hélices. Los tacones se le hundían en el barro, el viento le levantaba la falda. Pero no le importaba. Solo quería salir de allí. Lejos de los dolorosos recuerdos que se había forzado a revivir durante la hora que había durado el trayecto.

Al aterrizar, vio jinetes recorriendo los campos, perdiéndose en el hermoso paisaje que ella misma había recorrido hacía días. Levantaban nubes de polvo mientras cabalgaban por las tierras verdes y amarillas. Seguro que Rocco estaría con ellos. Lo había dejado esa mañana, después de una noche de pasión desenfrenada en la que ella había ansiado poder confesarle su amor.

Sin embargo, no lo había hecho. Se había contenido. Pensar en el fin inevitable le servía de recordatorio de que debía guardarse siempre un chaleco salvavidas bajo la manga.

No podía criticar a Rocco por nada. Era atento, considerado y amable. Adoraba su cuerpo y también parecía disfrutar con su conversación y su compañía. Pero era tan distante como siempre. Cada vez que ella trataba de echar un vistazo más allá de sus defensas, él construía muros todavía más grandes alrededor de su corazón.

En el presente, con el reloj avanzando sin piedad, empezaba a pensar que había cometido un error al haber pedido más días de vacaciones a su jefe, justo cuando el departamento financiero de Evaña estaba haciendo recortes.

Esa mañana, sin embargo, se había ido decidida a comunicar a su jefe buenas noticias, a demostrar a los directivos que realmente sabía lo que hacía.

Antes de eso, había desayunado con Rocco en la terraza norte, rodeados de enormes macetas con flores rojas, bajo unos arcos sombreados por hiedra verde y viva. En la gloria, habían saboreado el pan recién hecho y el café y habían planeado el día, lleno de promesas y excitación.

Rocco había previsto una mañana de llamadas de trabajo, para zanjar la compra de Viñedos Mendoza y, después, un recorrido a caballo por la tarde. Le había prometido a Frankie esperarla para ir juntos. Ese había sido el plan. Ella había estado deseando montar a la otra yegua, Roisin, y comprobar cuánto se parecía a su madre. De hecho, cuando él le había comunicado su plan, ella había saltado a

su regazo llena de alegría. Los ojos de él se habían llenado de felicidad y había sido uno de esos raros momentos en los que le había regalado su risa.

Frankie nunca se había sentido tan viva. Ese día iba a ser su día. Había ido bien preparada, después de haber visitado a sus proveedores en República Dominicana. Sabía lo que quería, sabía qué condiciones podía ofrecerles. La oportunidad de hacer productos genuinamente ecológicos, en vez de seguir usando derivados de la industria petroquímica había sido demasiado buena como para desaprovecharla.

Entonces, ¿qué había pasado? ¿Por qué había salido mal?

Con el rostro empapado en sudor, tintado de polvo, caminó hacia la casa con determinación. La máscara de pestañas se le había borrado unas tres horas antes. Se había dado cuenta cuando se había encerrado en el baño en el edificio de oficinas, tratando de calmarse. Minutos antes, se había disculpado ante el único proveedor que había llevado todas las muestras que ella había pedido. Los otros se habían marchado ya.

Mirándose en ese espejo, con su mejor traje de chaqueta hecho un desastre, el pelo por toda la cara, había vuelto a tener la horrible sensación de ser una niña tonta jugando en un mundo de hombres.

La Gaya. Uno de ellos la había llamado así. Las revistas con fotos de Carmel de Souza habían estado esparcidas por la mesa de recepción. Uno de los proveedores la había observado con los brazos cruzados y gesto de desaprobación. ¿Esa era la amante del Huracán? No había mucho que ver. Menos, si se la comparaba con Carmel.

Quizá, los presentes no habían sabido que ella hablaba español. O igual no les había importado. Las condiciones que le habían puesto habían sido inaceptables. Los márgenes de beneficio se habían esfumado, junto con sus esperanzas de promocionarse. No había podido hacer nada.

Todo ese tiempo, todo ese trabajo, y el barco se iba a pique sin remedio. Frankie sospechaba que en el fondo de la cuestión, la verdadera razón de unas condiciones tan poco razonables, era su relación con Rocco. ¿Quién iba a tomarla en serio, cuando era, después de todo, otra de sus muchas amantes?

Había mantenido el tipo todo lo que había podido. De veras. Sabía que no había lugar para los sentimientos en los negocios. Sobre todo, cuando estaba representando a su empresa. Por eso, había levantado la barbilla, hasta que había escuchado el apodo de La Gaya una última vez. Entonces, se había levantado, había

cerrado su portátil, se había agarrado a la mesa y les había disparado con toda su artillería verbal.

No había ido hasta allí desde el otro lado del Atlántico para tragarse esa basura. O trataban de negocios o no. Lo último que una firma prestigiosa como Evaña iba a hacer era bajar la cabeza ante un puñado de machistas egocéntricos. Así los había llamado.

Frankie llegó a los lagos que marcaban el comienzo de la zona de los caballos. Las ramas de los sauces llorones acariciaban el agua. Nubes esponjosas avanzaban en el cielo perezosamente. Todo era naturaleza y ni un alma a la vista. Bien. Eso era justo lo que ella necesitaba.

Se sacó el teléfono del bolso para ver si tenía mensajes. En vez de llamar a Rocco, había preferido ponerle un mensaje de texto.

*Al final no iré a montar. Te veo después.*

Él la había llamado, pero ella lo había ignorado. Se había subido al helicóptero, sumida en un dolor que tenía veinte años de antigüedad. Estaba furiosa porque no la hubieran tomado en serio, rabiosa porque los hombres no pudieran considerarla como una igual. Lo mismo le había pasado cuando había estado a la sombra de sus hermanos, siguiéndolos por la granja, hasta que su padre la había sorprendido y la había enviado otra vez a la cocina, protestando y diciéndole que era un incordio, que siempre estaba en medio.

Cuando llegó ante la casa, abrió la puerta y entró. Las alfombras acallaban el ruido de sus tacones, mientras pasaba ante las fotos de relucientes gauchos y la mesa repleta de trofeos de boxeo de Rocco. Ella los había encontrado el día anterior, en una caja en el vestidor, les había sacado brillo y los había colocado con orgullo sobre la mesa, bajo la mirada divertida de él.

Entró en el dormitorio y se quedó parada en el centro de la habitación.

¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntó Frankie. ¿En qué diablos había estado pensando?

Seguía comportándose como si tuviera seis años, huyendo de los problemas. De niña, siempre se había escondido a llorar en su cuarto, hasta que se había ido a montar a caballo o con sus hermanos, aunque con más cuidado de que su padre no hubiera vuelto a pillarla.

Pero no estaba en su propio cuarto. Ni siquiera estaba en su país. Estaba allí porque ella misma lo había decidido.

Como el sol de amanecer derretía los campos helados, de pronto, Frankie vio las cosas con claridad. Caminó hasta la cama y se sentó.

Ella era la única culpable de lo que le pasaba. Había estado obcecada en ir a Sudamérica. Desesperada. Rocco había tenido razón. Lo había hecho todo por él. Su sueño de abrir una línea cosmética nueva, basada en productos naturales, no había sido más que la excusa. Podía haberse ido a India o a África. Pero no, había encontrado las mejores plantaciones en Argentina. Y nadie había podido persuadirla de lo contrario.

De forma inconsciente, ella misma lo había planeado todo. Incluido el partido de polo. ¿Cómo podía estar tan ciega como para no haberse dado cuenta? ¿De veras había superado su obsesión por Rocco Hermida? ¿A quién quería engañar? Nunca había olvidado a Rocco. Y cada movimiento que había hecho en los últimos cuatro días le garantizaba que no lo olvidaría.

¿Una ciega? ¿Una estúpida?

Eso era, se reprendió a sí misma.

Era ambiciosa, además. Pero no se había dado cuenta de cuánto. Y, por fin, comenzaba a comprenderlo todo. Había dirigido su camino profesional para que se cruzara con el de Huracán. Aunque había sabido que solo sería una aventura pasajera para él, aunque había sabido que la dejaría destrozada.

Era una tonta, se mirara como se mirara. Y, si no actuaba rápido, iba a echar a perder su futuro con Evaña. Era hora de que creciera. Era hora de dejar de esperar que Rocco la amara. Había perseguido su sueño hasta Argentina. Pero era un sueño fuera de su alcance.

Por otra parte, ¿qué estaba haciendo Rocco? ¿Estaba encerrado en su cuarto, con la cabeza bajo la almohada, llorando como un niño? No. Nada de eso. Estaba en los campos con el pelo suelto al viento. Montando a caballo. Emocionalmente, estaba tan alejado de ella como lo había estado hacía diez años.

Frankie lo había visto presa del dolor, había intentado calmarlo, salvarlo. Entendía lo mucho que él sufría y podía ayudarle a superarlo… sabía que podía. Pero él no estaba dispuesto.

La foto de Lodo estaba sobre la mesilla. Los pensamientos de Rocco, no. Cada vez que ella intentaba acercarse y tocar algún tema íntimo, él reculaba.

Ella había puesto su propia carrera profesional en segundo lugar. Hasta le había pedido más días de vacaciones a su jefe. Pero no solo eso, incluso había hecho todo lo posible para echarse tierra encima. Había logrado que su cara quedara estampada en los medios de comunicación y había respondido como un caballo salvaje cuando un imbécil le había hecho un puñado de comentarios

estúpidos en la reunión. ¿Acaso no había aprendido nada? Había dejado la granja, había viajado por el mundo, había luchado para lograr un buen empleo… ¿solo para ver cómo todo se hacía pedazos a su alrededor?

Devastación era la palabra perfecta para indicar lo que estaba haciendo.

Tenía que recomponerse y salvar lo que pudiera de su vida. Debía volver a centrarse en su trabajo. Limitar el daño al máximo.

¡Vaya día! Hacía mucho tiempo que Rocco no se había permitido el lujo de tomarse una tarde entera libre para cabalgar por los campos. Durante unas horas, se había volcado en sentir la libertad, el viento en la cara, el olor de sus tierras y disfrutar de la sensación de que todo encajaba. Era maravilloso sentir que el mundo era suyo y que la paz era posible. Había querido que Frankie lo hubiera acompañado, la había esperado, pero no se había presentado. Habría otras oportunidades de montar con ella, se dijo a sí mismo.

Mientras había montado entre nubes de polvo y sobre arroyos cristalinos, había tenido tiempo para pensar. Se había maldecido a sí mismo por no haber sido todo lo claro que hubiera debido con ella. Los correos electrónicos que Frankie había recibido de su jefe la habían agobiado mucho. Él no había querido ser cruel diciéndole, cuando ella había estado tan preocupada, que su relación no era más que una semana de pasión pasajera.

Por otra parte, cuanto más tiempo pasaban juntos, más empezaba Rocco a preguntarse si podían mantener una relación a largo plazo. Igual sí, pero, por si acaso, debía ser totalmente honesto con ella.

No era la clase de hombre que pasaba por el altar. Ni siquiera era muy amigo de comprometerse. Y ella, sí. Igual Frankie no quería admitirlo, pero era la clase de chica que echaba raíces, construía su nido, cultivaba la vida. Si las cosas hubieran sido distintas, también a él le hubiera gustado haber hecho eso. Estar con una persona de valores, leal, en quien poder confiar. Sabía que Frankie no era como una mariposa de alas coloridas, posándose de flor en flor, pidiendo atención como todas las otras mujeres con las que había salido.

Rocco lo pensó un momento. ¿Había salido con ellas precisamente por esa razón? ¿Para que no pudiera haber verdadero compromiso? Posiblemente. Pero Frankie era diferente. ¿Estaba

siendo justo con ella? Su relación no podía terminar en nada estable. Él se había hecho a sí mismo esa promesa hacía años. No estaba dispuesto a hacerse responsable de ningún otro ser humano nunca más. Diablos, la única razón por la que estaba tan unido a Dante era porque su hermano se había quedado destrozado cada vez que él había querido escapar de sus padres adoptivos siendo niño.

Dos años menor que él, lo había adorado con todo su corazón. Por eso, cuando Rocco había intentado desesperadamente volver a las calles y había visto el sufrimiento pintado en la cara de Dante cada vez que lo habían arrastrado de vuelta a su nuevo hogar, había renunciado a seguir escapándose. Sus padres adoptivos habían usado a Dante como herramienta para domarlo. Por eso los dos hermanos estaban tan unidos. Pero nunca más iba a dejarse someter a esa manipulación, ni a revivir la misma sensación de responsabilidad hacia otra persona.

¿Le había dado a Frankie falsas esperanzas con todo lo que le había revelado sobre Lodo? Presa de la borrachera, había compartido con ella toda su basura emocional. ¿Por qué lo había hecho? ¿Quizá había esperado que ella hubiera sacado una varita mágica y lo hubiera salvado de su sufrimiento para siempre? Al día siguiente, sin embargo, él había tenido mucho cuidado de evitar cualquier conversación que hubiera podido llevarlo a revivir toda la historia otra vez. Había estado en guardia para saltar ante la más mínima mirada de lástima, el más mínimo comentario al respecto. De ninguna manera pensaba retomar aquel vergonzoso episodio.

Era hora de afrontar la realidad y tener con ella la conversación que había estado retrasando. No sería justo seguir sin dejar las cosas claras de una vez. No quería que Frankie albergara esperanzas de que su semana de sexo podía convertirse en otra cosa. Ni que llegara a las conclusiones equivocadas solo porque habían compartido ciertas confesiones.

Al mismo tiempo, esperaba con todo su corazón que ella compartiera su punto de vista y estuviera de acuerdo en mantener las cosas como estaban. Si aceptaba mantener una relación física sin compromiso, monógama, por supuesto, él se la daría.

Caminó hacia la casa desde el patio, preguntándose dónde estaría Frankie, pensando en lo que harían en cuanto se vieran. Había pedido a Viñedos Mendoza unas botellas de Malbec, cosecha de 2003, y casi podía saborear su dulzor sutil y sensual. Estaba deseando compartir una copa con ella, junto a un par de buenos filetes. Luego, tendrían la tarde y toda la noche para estar juntos,

justo igual que el día anterior.

La casa estaba vacía. Por lo general, los mozos y los gauchos frecuentaban la cocina en el ala sur del edificio, pero desde que Frankie había llegado, sus empleados habían actuado con discreción, dejándolos siempre a solas. Rocco no veía por qué. Se quitó las botas y la camisa, agarró una botella de agua. La gente estaba tomándose demasiado en serio su aventura con Frankie.

Recorrió la casa. No había nadie.

Ella había vuelto hacía dos horas. ¿Dónde estaría? ¿Dándose un baño caliente? ¿En la terraza? ¿En la cama?

Tomando aliento, sintió que su erección crecía, al revivir dulces imágenes de Frankie desnuda entre las sábanas. Las horas que habían estado separados les habían hecho bien. Ardía en deseos de volver a verla. Era una pena que no hubiera querido acompañarlo a montar a caballo. Era cierto que él había monopolizado su tiempo y apenas le había dejado centrarse en su trabajo. Después de todo, ella había ido a Argentina en viaje de negocios. Aunque fueran unos negocios no demasiado prometedores.

Rocco había investigado un poco en el terreno donde ella se aventuraba. Y no apostaría mucho porque sus esfuerzos dieran fruto. Evaña era una compañía que iba en la dirección equivocada. Y hundirse en sus últimos coletazos empresariales no era el mejor movimiento profesional que Frankie podía hacer.

Pero eso era asunto de ella. Él no ganaría nada con darle su opinión.

El dormitorio estaba vacío. Rocco aprovechó para darse una ducha rápida. Se enjabonó solo por primera vez en días. Era raro lo mucho que se había acostumbrado a tenerla en casa.

De hecho, mientras echaba en el cubo de la ropa sucia la toalla mojada, comenzó a sentirse irritado. ¿Dónde diablos estaba Frankie? Debería haber estado allí, esperándolo.

Su voz resonó en las paredes de la casa, llamándola. Miró el teléfono para ver si tenía algún mensaje suyo, pero no había ninguno.

Cinco minutos después, la encontró. Acurrucada en el sofá de cuero de su habitación favorita. Era el cuarto que había sido su preferido cuando había comprado la casa. Había hecho las veces de dormitorio, cocina y salón, mientras el resto del edificio había sido reconstruido, ladrillo a ladrillo. Había hecho ese espacio habitable primero, luego, un baño. Después, los establos.

Durante un tiempo, los establos habían sido más lujosos que la casa. Sus caballos se merecían eso. Lo eran todo para él. A ellos les

dedicaba su amor. A ellos les debía todo lo que tenía. Sin ellos, no era nada. Estaba en deuda con ellos por cada mirada de envidia de otro jugador de polo, por cada ovación de la multitud. Por cada patrocinador que le había abierto las puertas a sus otras líneas de negocio.

La gente no entendía eso. Haber dejado atrás la lujosa mansión de los Hermida había sido como abandonar una jaula de oro. La gente lo había creído loco por haberse ido. Pero sus padres adoptivos lo habían entendido. Y Dante. Lo habían comprendido y lo habían apoyado en todo. Se había ido de su hogar con un poni, Siren, que había sido su regalo cuando había cumplido dieciocho años. Después de eso, él se había ido a Europa. Había conocido a Frankie en Irlanda. El destino le había sonreído. Nunca conseguiría pagar la deuda que tenía con la vida. Pero nunca dejaría de intentarlo.

Frankie. Debió de haberlo oído llegar. Sin embargo, había seguido concentrada en su portátil, con el ceño fruncido y un extraño halo de tensión a su alrededor.

A pesar de que era inevitable que lo hubiera oído entrar en la sala, ella siguió sin levantar la vista.

–Hola. Te he echado de menos montando a caballo.

Rocco se acercó a ella. La luz del atardecer comenzaba a suavizar los contornos de los muebles artesanos que habitaban la estancia.

Se inclinó sobre ella, la besó en la cabeza, le levantó la barbilla con los dedos y la besó en la boca. Saboreó cierta resistencia, nada que él no pudiera derretir en unos minutos, se dijo.

Y eso fue lo que ocurrió.

Frankie gimió entre sus labios.

–Yo también te he echado de menos.

Rocco la besó de nuevo, sumergiéndose en la cálida sensación de tener a alguien que lo recibiera al volver a casa.

–Te estuve esperando –dijo él–. Pero habrá más ocasiones.

Frankie apartó la cara, miró a la pantalla.

Así que estaba de mal humor, adivinó Rocco. Igual que un poni que hubiera esperado participar en un partido de polo, pero hubiera sido dejado en los establos. Irritada y resentida. Se estaba haciendo la difícil. De acuerdo. Él podía lidiar con eso.

Rocco agarró el portátil y lo dejó sobre la mesa. Sujetó a Frankie de los brazos para levantarla.

–¿Qué ha pasado? ¿Cómo te ha ido el día? ¿Fue tan bien como esperabas?

Ella miró el techo e hizo una mueca, apretando los labios.

–No, la verdad. No había esperado meterme en una reunión con el club de fans de Carmel.

Rocco frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Frankie se zafó de sus brazos por completo y se sentó de nuevo. Volvió a colocarse el portátil sobre las piernas, como si fuera una especie de perro guardián que pudiera protegerla.

–Lo que he dicho. Me esperaba un gran comité de bienvenida. Al parecer, los proveedores se habían reunido para comprobar si yo daba la talla. Tuve que esperar en la zona de recepción, ¿y sabes lo que había esparcido sobre la mesa? Decenas de revistas del corazón dedicadas a tu ex. Fue un golpe bajo, de verdad.

–Estoy seguro de que fue mera coincidencia –comentó él, pensando que no era común en ella mostrarse tan ácida.

–¿De verdad lo crees? ¿Acaso estabas tú allí?

Rocco la miró. Sopesó los beneficios de enzarzarse en una discusión. Decidió que era mejor no hacerlo.

Entonces, se dio media vuelta, meneó la cabeza y se dirigió al comedor. Las botellas de vino estaban esperándolos sobre la mesa. Estaban a la temperatura perfecta. Levantó una de 2003 y la contempló a la luz. Esos eran sus vinos, después de, al fin, haber adquirido los Viñedos Mendoza. Su excelente calidad no haría más que mejorar bajo su dirección.

Siempre había querido ser esa clase de hombre. Con preciosas posesiones que todos envidiaban. Capaz de haber resurgido de las cenizas. Alguien que no tuviera que preocuparse por tener bocas que alimentar, ni por una reputación que mantener. Con esfuerzo, había logrado comprarse a sí mismo esa clase de estabilidad. En su mano, sujetaba siglos de tradición. ¿Estarían orgullosos sus padres de él? Seguro que sí. ¿Y Lodo?

Dejando a un lado sus reflexiones autocomplacientes. Sirvió dos copas de Malbec y se dirigió con ellas al salón donde estaba Frankie. Estaba deseando que lo probara. Sabría apreciar el esfuerzo y el orgullo que había en ese vino.

La habitación se oscurecía por momentos. Rocco encendió las lámparas y posó los ojos en ella. Allí sentada, en ese sofá, parecía estar en su sitio. Encajaba a la perfección en su casa, pensó. Despacio, se acercó y le tendió una copa.

–Prueba.

Frankie arrugó la nariz como si le estuviera ofreciendo una taza de agua sucia. Con reticencia, tendió la mano. ¿Acaso no sabía ella

lo que ese vino significaba para él? Por lo general, siempre solía leerle el pensamiento y comprender lo que sentía, se dijo él.

Frankie saboreó el licor, tomándose su tiempo.

Él hizo lo mismo, pero primero acercó la nariz para olerlo.

–¿Qué te parece? Es Malbec de 2003. Los aromas son exquisitos. Muy equilibrados, ¿verdad?

Frankie clavó los ojos en la copa, apretó los labios.

–Sí, es increíble –repuso ella sin entusiasmo.

De pronto, Rocco se sintió furioso.

–No, lo que es increíble es tu actitud tan antipática.

Ella parpadeó, sorprendida.

–¿Qué? ¿Qué has dicho?

Él suspiró. ¿Cómo expresarse sin entrar en la discusión que, obviamente, ella estaba buscando?

–Frankie, la existencia de Carmel Souza en el mundo no tiene nada que ver contigo. En la fiesta, me di cuenta de cómo dejabas que su presencia te afectara, pero eres lo bastante lista como para no dejar que unas fotos suyas te amarguen el trabajo, ¿no es así?

Ella estaba apoyada contra el respaldo del sofá, con las piernas cruzadas, encima del asiento. Rocco la observó por el rabillo del ojo, mientras sostenía la copa en la mano, admirando la delicada pátina que el vino dejaba en el cristal.

–La culpa es solo de esa maldita fiesta –señaló ella con tono helador–. Si no me hubiera exhibido delante de todas esas cámaras, nadie habría sabido quién soy.

Frankie estiró las piernas. Llevaba una camiseta y unos pantalones cortos. En esa ocasión, no se había puesto una de sus camisas, observó él. Agarró el portátil, sujetándolo sobre el regazo para que no se le cayera.

–Me fui a la reunión como una profesional y salí de allí como otra más en la larga lista de amantes del Huracán. Además, una no demasiado imponente.

Rocco arqueó las cejas. Levantó la copa en la mano otra vez, contempló el licor, lo saboreó. Estaba claro que Frankie necesitaba calmarse.

–He comprado estos viñedos hoy. Siempre he sido admirador de sus vinos.

–Genial –repuso ella, rabiosa.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que para ti es lo más normal del mundo comprar un viñedo en una mañana ¿Tuviste que afrontar los juicios y el desprecio de alguien? ¿Te hicieron sentir como si hubieras ganado

el último puesto en un concurso de novias famosas? ¿Quedaste como un idiota por haber dejado que publicaran tu foto en todas las revistas del corazón?

–No, porque la única persona que me juzga soy yo mismo. Yo elijo con quién quiero acostarme y no me interesa lo que piensen los demás.

Frankie se incorporó como impulsada por un resorte. El portátil se le deslizó al sofá. El vino se llenó de olas en su copa. Cuando fue a dejarlo sobre la mesa, lo puso demasiado cerca del borde. Rocco lo agarró a tiempo de que no se cayera.

Ella abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

–Eso es todo lo que soy para ti. ¿Verdad?

Rocco se quedó paralizado con la copa a medio camino a sus labios. La pelea estaba servida. Sus esperanzas de tener una conversación madura y civilizada se desvanecieron.

–¿No es así? –insistió ella, dirigiéndole la pregunta como una espada. Se levantó del sofá.

Él bajó su copa.

–Somos amantes, si es a eso a lo que te refieres.

Frankie dio un paso hacia él, invadiendo su espacio personal. Si alargaba las manos, podía abrazarla en ese mismo momento, pensó Rocco. Ella podía apoyar la cara en su pecho y besarle en el cuello. Luego, se subiría encima de él como una gatita y la llevaría a la cama, le haría el amor.

Sin embargo, aunque solo los separaba medio metro, era como si se hubiera abierto un abismo entre los dos. Un movimiento en falso y todo desaparecería, se esfumaría por el precipicio, se dijo a sí mismo.

–¿Somos solo amantes? –repitió ella con tono bajo y letal.

Rocco no podía ofrecerle más. No lo haría.

La miró. Observó sus grandes ojos color avellana que lo habían mirado cuando habían hecho el amor. Sus pequeños labios carnosos que le habían dado todo tipo de placeres. El pelo sedoso que le había caído sobre el pecho noche tras noche. Contempló a aquella mujer generosa, cariñosa…

Frankie lo amaba. Rocco lo adivinó en ese mismo instante. Sintió que una mano de acero le atenazaba el pecho. Ella lo amaba. Y él no podía corresponderla.

No como se merecía.

–Podemos seguir siendo amantes, como hasta ahora –continuó él con voz tensa. Debería abrazarla, tenía que hacerlo antes de que el abismo que los separara siguiera creciendo, pensó. Pero, en vez de

eso, siguió sosteniendo la copa en la mano.

–¿Cómo?

Rocco sintió que tenía un pie al borde del precipicio.

Estiró los hombros. Tomó aliento.

–Frankie… estamos bien juntos…

Ella cerró los ojos. Apretó los párpados, como si adivinara lo que iba a decirle y quisiera escapar de aquella realidad.

–¿Pero? –preguntó Frankie, en un susurro–. Estamos bien juntos, pero… –añadió, más abatida por momentos–. ¿Qué quieres decirme? ¿Qué excusa tienes preparada?

–Ángel mío, por favor –dijo él, sintiendo cómo la tierra desaparecía bajo sus pies.

Frankie abrió los ojos. Los posó en sus brazos, en la pared. En la distancia, Rocco escuchó el sonido de un trueno lejano. Una tormenta se acercaba. Los campos amanecerían más frescos al día siguiente, el aire más limpio. Pero también podía sentir el oscuro dolor que anidaría en su corazón mientras recorriera sus tierras, sabiendo que ella no estaría a su lado.

–¿Quieres que te lo ponga fácil?

Ya no sonaba enfadada. Solo triste, desesperadamente hundida.

–Estamos bien juntos porque hay mucha química entre nosotros. Pero eso es lo único que hay y lo único que habrá. No funcionamos bien juntos a ningún otro nivel.

–Eso no es verdad –dijo él.

Frankie lo miró entonces. Un mechón de pelo le caía sobre la cara. Tenía la barbilla levantada con su eterno gesto desafiante. Los ojos, tristes, sin esperanza.

–Lo es, Rocco. Cargas con un equipaje demasiado pesado, aunque finjas que no está ahí. Todo el mundo finge que no lo nota. Hasta Dante se ha hecho experto en sortear tus estados de ánimo más sombríos. Y me pregunto si alguna vez compartirías tu intimidad con alguien aparte de Dante.

–Tú y yo somos íntimos, Frankie.

–Yo no lo noto, Rocco. No somos lo bastante íntimos.

En los últimos cinco minutos, la brecha que los separaba se había hecho más grande. Seguían separados solo por unos centímetros, pero estaban a años luz de distancia, como estrellas moribundas en la oscuridad cósmica.

Rocco tragó saliva. Se contuvo para no rogarle que se quedara, bajo sus condiciones. Para no pedirle perdón por no poder ofrecerle lo que ella quería. No fue capaz de pronunciar ni una frase para borrar el dolor que se había pintado en su hermoso rostro. Todas las

palabras se le atoraron en la garganta.

Ella volvió la cara, mientras un hondo sollozo le agitaba el pecho.

Podía salvarla, se dijo Rocco. Podía darle el agua y la luz que ella necesitaba. Pero la dejaría carente siempre de su amor. Por eso, no movió los brazos, que le caían lánguidos a los labios. Ella se apartó, tomó su portátil y salió de la habitación.

Él se quedó allí parado, en el corazón de su casa, mientras la única oportunidad que había tenido de sentir amor verdadero se le escapaba de entre los dedos como un fantasma.

Todo su dinero, sus riquezas, sus propiedades eran insignificantes. Solo con Frankie se había sentido tan amado como en la cama de su madre, cuando había sido pequeño. Acurrucado con Lodo en una cama hecha con cartones… tumbado en la playa con Frankie. Eran las personas lo que importaba, no los bienes materiales. Sin embargo, ella era demasiado importante para él como para ofrecerle un trato a medias nada más.

La copa en su mano le pesó como si fuera de plomo. La levantó ante los ojos y contempló el delicado cristal labrado. Observó el vino añejo color granate. Miró al sofá vacío. Hacía unos minutos, había estado más preocupado por la cata de su nueva adquisición que por la mujer que había estado allí sentada.

Furioso, lanzó la copa con todas sus fuerzas hasta el otro lado de la habitación, haciéndola añicos.

Y vio cómo el líquido rojo chorreaba por la pared.

# Capítulo 12

LAS MAÑANAS de los domingos en su casa no habían cambiado mucho en todos esos años. Frankie estaba tumbada en la estrecha cama individual, mirando el techo mientras el aroma de la comida subía desde la cocina en el piso de abajo. Pollo y patatas asados, sartenes al fuego con verduras. Las ventanas estarían empañadas y su madre estaría asomándose al horno, o secándose las manos en el delantal.

En el salón, que solo se usaba para los días especiales o las vacaciones, su padre estaría inmerso en un mar de periódicos dominicales como una vieja morsa gruñona, lanzando imprecaciones ocasionales acerca de lo que acababa de leer. Así era la vida, cómoda, acogedora, mundana, que los padres de Frankie habían compartido durante cuarenta años.

¿Por qué a ella le había horrorizado la perspectiva de terminar igual? ¿Por qué había luchado con tanto esfuerzo por no parecerse a ellos? Había estado siempre decidida a no convertirse en la mujer que era su madre.

Sin embargo, al final, se había dado cuenta de que formar una familia era, quizá, el más importante de sus sueños.

Tal vez, no en una granja en County Meath, pero sí en una finca en Argentina. O en un piso en Madrid. En cualquier sitio, con tal de que fuera con Rocco.

Se revolvió en la estrecha cama y metió las piernas debajo del edredón para protegerse del frío. Tenía la cabeza bajo la almohada, un pañuelo de papel apretado entre los dedos. ¿Cuándo dejaría de llorar? ¿Cuándo lograría superar la idea de que no iba a volver a verlo?

Las lágrimas le volvieron a inundar los ojos. Se había pasado dos semanas así. Una semana en España y, después, en Irlanda.

Los recuerdos de esa semana en España eran borrosos. Había tomado el vuelo a Madrid que había tenido reservado desde el principio. Y se había pasado toda la travesía sobre el Atlántico durmiendo y llorando.

Luego, se había presentado en el trabajo. Les había dicho que, al final, no había necesitado tomarse unos días extra de vacaciones. Pero la habían animado a hacerlo de todas maneras, tal vez, después de comprobar que su máscara de pestañas no era tan impermeable.

Había sido un milagro que hubiera logrado mantener la

compostura y presentarse delante del equipo directivo. Había obviado lo que había sabido sobre los productores argentinos y había hecho una presentación mediocre sobre los potenciales del mercado de la República Dominicana. Había admitido que había perdido los papeles en la reunión con proveedores argentinos. Y, peor aún, había admitido que podía conseguir unas mejores condiciones en India.

Pero Rocco Hermida no estaba en India.

Ya no estaba en ninguna parte para ella.

Era mejor que Frankie lo aceptara cuanto antes. Desde la primera vez, se había pasado la vida persiguiéndolo, siguiendo sus pasos. Él era la razón por la que se había interesado por el mercado latinoamericano. Era la razón por la que se había pasado un año viajando y por la que se había puesto metas cada vez más difíciles. Había tratado de imitarlo. Había querido estar a su altura, ser digna de él.

Era increíble lo ciega que había estado. No había querido ver que nunca podría tener a Rocco. Hacía diez años, cuando él se había marchado con su mochila al hombro, debería haber comprendido que no la necesitaba. Nunca la necesitaría.

Las lágrimas le corrían por las mejillas. Se apretó el puño contra la boca, tratando de acallar su agonía. Se mordió los labios con fuerza, pero su desesperación no amainó. Se acurrucó en posición fetal, preparándose para pasar un día más sin él.

De pronto, escuchó un sonido en el pasillo. Era su padre, aclarándose la garganta. Era su forma pasiva agresiva de decirle que debería estar en la cocina, ayudando a su madre.

Bueno, su padre tenía razón. Pero solo tenía razón en eso.

Desde que había vuelto, Frankie y su padre se habían hablado solo lo justo. Se habían evitado todo lo que habían podido. Ella sabía que a su madre le dolía verlos así. Pero le costaba demasiado esfuerzo no llorar delante de ellos. No podía arriesgarse a meterse en una discusión con él. Sin embargo, adivinó que la discusión se acercaba sin remedio.

Despacio, se sentó. Sacó las piernas de la cama. ¿Cuántas veces se había quedado sentada así a lo largo de los años? Incontables. Se puso en pie. Todavía le latía el corazón. Había pasado por cosas peores. Era capaz de reponerse. Las cosas mejorarían. Debían mejorar, se dijo.

Se calzó las zapatillas, se puso una vieja sudadera de Mark y salió al pasillo.

—¿Vas a bajar con nosotros por fin?

Su padre estaba parado al comienzo de las escaleras. La miraba con ojos acusadores.

–Sí.

Algo en la sólida y oscura figura de su padre la hizo detener sus pasos. Llevaba algo en la mano.

–Sabía que no me equivocaba. Todos estos años…

Apenas había algo de luz en el pasillo. Una pequeña ventana era la única iluminación. Pero la rabia de su padre era casi palpable.

Frankie lo miró. Siempre lo había negado, sin embargo, en ese momento, comprendió que no tenía sentido seguir haciéndolo.

–Sí. Tenías razón. ¿Contento?

Perplejo, su padre recibió sus palabras como un golpe. Inclinó a un lado la cabeza, tomó aire.

–¿Contenta? ¿Cómo voy a estar contento por que te avergüences a ti misma, entonces o ahora?

–Nunca he hecho nada vergonzoso –replicó ella, levantando la barbilla. Y era cierto. Amar no era ningún pecado–. Pero tú me hiciste sentir como si lo hubiera hecho. Me trataste como a una cualquiera, me mandaste lejos de mi hogar.

–Fue por tu propio bien.

–¿Cómo puedes decir eso? Me destrozaste la vida. Vendiste mi poni y me encarcelaste en un convento.

–Tú misma te estabas ocupando de destrozar tu vida. Tú sabías que teníamos que vender a Ipanema. Nadie lo lamentó más que yo. Pero tuvimos que hacerlo. Necesitábamos el dinero. Además, el convento te convirtió en una mujer de provecho.

¿Una mujer de provecho? ¿De verdad su padre creía que aquel convento internado había sido buena idea? Lo que ella había necesitado había sido correr al aire libre, en la granja, rodeada de naturaleza. Había sido irse de su casa y viajar, encontrar un trabajo en un país donde había tenido que empezar de cero. Haberse enfrentado a todos esos retos había sido lo que la había convertido en una mujer de provecho. Siempre había necesitado probarse a sí misma.

–Eras una niña salvaje. Aprendiste a correr antes que a andar. Necesitabas límites y nosotros no podíamos ponértelos. Las monjas te enseñaron a ser estable y a concentrarte en ti misma.

Frankie parpadeó, sintiendo cómo, de golpe, su mundo se sacudía y se reorganizaba. Nunca había tenido en cuenta la perspectiva de su padre.

–Creí que te habías calmado por fin cuando lograste ese trabajo. Pero es obvio que no. En cuanto ese hombre aparece en tu vida, lo

echas todo a perder.

Su padre le mostró una revista. La sujetaba en la mano como un arma. Ella se quedó mirándolo.

–Léelo. Mira lo que dicen de ti. Y, luego, dime si no estás avergonzada.

Frankie agarró la revista. Apenas podía leer el texto, pero el dedo de su padre señalaba una foto.

Había sido tomado en la fiesta del Club Turlington. Ella iba de blanco. Rocco, de negro. Al mirarla un poco más de cerca, sintió que un puño le estrujaba el corazón. Él la estaba sujetando, como si estuvieran bailando el más erótico tango. Saltaban chispas a su alrededor.

–Es él, ¿verdad?

Frankie no podía apartar los ojos de la imagen. Ni del hombre que era el centro de su vida.

Su padre seguía rezongando.

–Venir aquí… desatender tu trabajo de esa manera… dejarte conducir a… mezclarte con un tipo así…

De pronto, Frankie salió de su ensimismamiento.

–Rocco no me condujo a nada. ¿Qué estás diciendo? Fui yo quien lo empezó todo.

Su padre se tragó las palabras que había estado a punto de decir. Apretó los labios.

Ella lo miró.

–Durante todos estos años, ¿has creído que él tuvo la culpa de lo que pasó esa noche?

Padre e hija se quedaron en silencio, mirándose bajo la tenue luz del pasillo. Frankie apenas se dio cuenta de que alguien bajaba el volumen de la televisión. Una puerta se cerró abajo con suavidad.

–Fui yo quien lo busqué. Fui a su habitación. También fui yo a buscarlo el mes pasado.

Su padre tragó saliva, perplejo.

Durante un instante, parecía confundido. Incluso dolido. Luego, su expresión se pintó de tormenta.

–Bueno, ¿y por qué diablos has venido aquí, entonces?

Al escucharlo, de pronto, Frankie empezó a ver las cosas con claridad. Miró la foto. Ese hombre había sido suyo. Era el hombre adecuado para ella. Lo único que necesitaba era paciencia para que él también lo comprendiera.

–¿Sabes, papá? No tengo ni idea de por qué he venido. Está claro que no ha sido buscando tu apoyo ni tu cariño.

–¡No seas insolente! Si no te quisiéramos, no nos importaría que

te metieras en tantos problemas. Y tu hermano igual.

Cuando Frankie lo miró a los ojos, percibió la honda preocupación que siempre había asediado a su padre. Le importaba tanto lo que pensaran los demás, que no se daba cuenta de que el amor era el bien más preciado. Debería estar contento porque Danny se hubiera casado en Dubái. ¿Qué importaba que no hubiera sido una boda convencional? No es un problema. Era amor.

Entonces, recordó cómo Rocco la había abrazado, cómo la había besado. Pensó en los días y noches que habían compartido. Se acordó de cómo la provocaba, atentando contra sus pequeñas inseguridades, al mismo tiempo que escondía las suyas propias. Recordó cómo había actuado él con Dante, su inequívoca muestra de celos. Su pequeña fotografía de Lodo. Su innegable lealtad. Y su amor. Rocco tenía una gran capacidad para amar. Le asustaba, pero estaba presente en todo lo que hacía. No podía ocultarlo. Rocco la amaba. La necesitaba.

–Él me quiere –susurró ella, pensando en voz alta–. Me entiende. Nunca haría nada para lastimarme.

–Bueno, si te quiere tanto, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no estás con él? ¿Por qué no te ha tratado como una mujer decente en vez de pasearte por todas partes como su última amante? ¿Por qué ha dejado que corran rumores sobre ti y publiquen tu foto en las revistas?

Frankie apartó la mirada.

–Me trató como una mujer decente desde el primer día que lo conocí. Me enseñó quién soy y me hizo aprender sobre mí misma de una manera que nadie más podría.

Y era cierto. Su sexualidad había nacido con él. Y estaba orgullosa de esa parte de sí misma. Los dos encajaban a la perfección, hacían una buena pareja. Ambos cargaban con cicatrices que solo la paciencia indestructible del amor verdadero podía superar.

–Bueno, te lo repetiré una vez más. ¿Qué estás haciendo aquí, llorando en tu cuarto? Eso no va a arreglar nada –dijo su padre, le quitó la revista de las manos y miró la foto otra vez–. Igual crees que soy un viejo idiota, que no entiendo nada. Pero no estoy ciego. No llegaréis lejos si no os comprometéis como es debido. Y no vais a conseguirlo si tú estás aquí y él allí.

Frankie sonrió a su padre. ¿Cuándo había sido la última vez que lo había hecho? Pertenecía a una generación diferente pero, tal vez, tenía buen corazón. Igual era verdad que solo quería lo mejor para ella. Aunque ella no pudiera entender las cosas que le importaban.

Pero debería respetarlas. Por su bien.

–Te quiero, papá –dijo ella–. No siempre estoy de acuerdo contigo, pero esta vez sí.

Su padre la abrazó y, luego, la apartó. No había tiempo para esas tonterías.

–Bien, pues haz lo que tengas que hacer –dijo él, se dio media vuelta, posó la mano en la barandilla y bajó a la cocina… a su comida de los domingos y su vida monótona y predecible.

–Los jóvenes sois realmente estúpidos algunas veces.

Rocco apagó la radio. Silenció el preámbulo al partido de esa noche. Se predecía una victoria clamorosa de Hermanos Hermida contra sus viejos rivales, San Como. Dante iba a salir como capitán por primera vez. Él se alegraba. Era hora de que su hermano dirigiera el equipo. Era un jugador excelente, llevaba el polo en la sangre.

Sí, Dante se merecía ser el capitán. Igual que se merecía ganar ese partido.

¿Y él? Rocco no estaba seguro de si volvería a jugar. Quería estar esa noche en el partido para brindarle apoyo a su hermano. Pero sentía que había llegado al fin de una etapa de su vida.

Se acomodó en el respaldo del asiento de cuero de su deportivo, ladeó la cabeza y cerró los ojos.

–Es mejor que arregles las cosas, tío. Acabas de perder lo mejor que te ha pasado nunca y corres el peligro de perder todo lo demás si no sacas la cabeza del pozo de una vez.

Las palabras de Dante resonaban en su mente.

Había ido a buscarlo a su casa y lo había encontrado en el salón donde se había despedido de Frankie tres días antes. Rocco se había bebido todas las botellas que había encontrado. Había estado hecho una piltrafa.

–¿Qué crees que diría ella si te viera así? –había preguntado Dante, posando los ojos en el vino esparcido por la pared–. Su héroe. El héroe de todos. No quiero ni pensar qué le hiciste para que decidiera rendirse.

–Nunca has tenido ni idea de lo que es sufrir. Tienes todo lo que quieres. Mujeres, dinero, éxito…

–¿Eso crees? ¿Crees que no he conocido el dolor? Eso solo demuestra que no piensas más que en ti, Rocco. No te importan todas las veces que tuve que ver sufrir a nuestra madre, esperando a tener noticias tuyas después de tu última escapada, sin entender por

qué preferías estar lejos de nosotros. Lo único que nosotros hacíamos era amarte. Tú pisoteabas ese amor una y otra vez.

Su hermano estaba enfadado. Más furioso que nunca.

–¿Cómo te crees que me sentía yo? –prosiguió Dante–. ¿Alguna vez te has parado a pensarlo? Me sentía rechazado, una y otra vez. ¿Cómo crees que era saber que nunca sería lo bastante bueno para ti, que nunca podría mitigar tu recuerdo de Lodo? Me pateaste el estómago más veces de las que crees.

–Yo… lo siento. Dante, lo siento mucho… Soy un desastre. No merezco tu cariño.

Al oírlo, Dante se había encendido más todavía.

–¡Cállate ya! Deja de autocompadecerte. Te mereces mi amor y el amor de nuestros padres. Y el amor de Frankie. Pero eres demasiado tozudo como para comprenderlo.

Los dos hermanos habían acabado de pie, cara a cara como dos luchadores a punto de golpearse. Rocco había tenido que contenerse para no darle un puñetazo. Estaba rabioso porque sabía que su hermano tenía razón. Se había portado muy mal. Había sido un egoísta.

Dante se había marchado, meneando la cabeza. Y, en ese momento, Rocco había tomado una decisión. Iba a empezar una nueva vida. No quería seguir jugando al polo. No quería criar más caballos. No le importaba nada de eso. Nada de eso significaba un pimiento, cuando estaba haciendo sufrir a sus seres queridos. Y amaba a Frankie, tanto que le mataba pensar en el daño que le había hecho.

La había querido desde el primer momento. Se había pasado años luchando contra sus propios sentimientos. Para él, era como un precioso diamante. Llenaba su vida de energía, pasión y amor. Había iluminado los rincones oscuros de su corazón. Le prendía fuego de nuevo en la cama, un fuego imposible de extinguir. Todas las mujeres con las que se había acostado en los últimos diez años no habían sido más que un intento de apagar esa llama. Pero no había funcionado.

Cuando la había visto en el estadio, las brasas habían revivido con más fuerza. Entonces, Rocco había adivinado que esa había sido su segunda oportunidad. Había ido detrás de ella sin descanso, no había aceptado un no por respuesta. Era suya. La quería y ansiaba tenerla a su lado. Pero solo según sus condiciones.

¿Quién demonios se creía él que era?

Hecho una piltrafa, en su habitación, pensó en todo lo que había construido en la vida, su polo, sus ponis, su finca. Ya nada le

parecía importante. Frankie había llegado más lejos que él. Igual no tenía tanto dinero, pero era honesta. Tenía fuerza. Tenía integridad, compasión. Cosas que a él le faltaban.

Tenía que compensarla por todo el daño que le había hecho, se dijo Rocco.

Al día siguiente, se puso manos a la obra nada más levantarse. Llamó a Dante. Se disculpó y le contó sus planes. Iba a dejar el polo, se iba a tomar la vida más en serio, se dedicaría a otros negocios. E iba a encontrarse con Chris Martínez. Todavía no sabía cómo, pero lo haría.

Y, después de que hubiera hecho todo eso, iba a conseguir a Frankie. Iba a ponerle las cartas sobre la mesa. Y, si ella lo rechazaba, lo entendería. Pero no se rendiría. Le demostraría que era digno de ella. De alguna manera.

Las cosas estaban saliendo como Rocco había planeado. Incluso sus esperanzas acerca de Martínez. Estaban siguiendo una pista candente y él mismo estaba tras sus huellas. Se había cansado de intermediarios. Quería verlo cara a cara. Sin máscaras.

Al fin, allí estaba.

Nunca había pensado que, después de veinte años, todo terminaría en una calle delante de una modesta casa adosada, en el tranquilo barrio de Belgrano. Durante dos horas, estuvo sentado en su coche, tratando de no perder la paciencia. Veinte años de odio estaban a punto de desvanecerse. Veinte años de cargar con una pesada roca. Y, en ese momento, solo con lo que vieron sus ojos, sintió que salía por fin de la oscura mazmorra donde había estado encerrado su corazón.

Vio salir a una familia de un sedán polvoriento. Un hombre de cincuenta años, su esposa, su hija y un bebé que debía de ser su nieto, entraron en la casa. Martínez parecía envejecido, cansado. De pronto, Rocco perdió la excitación de la caza, de la persecución. Al fin, podía dejar atrás el pasado.

Chris Martínez no había provocado la crisis económica que había dejado al padre de Rocco sin trabajo y que había hecho que sus hermanos y él acabaran en las calles. Tampoco era culpable de que su madre hubiera muerto. Rocco había elegido un camino oscuro, durmiendo sobre cartones en las calles. Robar y mezclarse con criminales solo podía acabar de una manera.

Los hermanos Martínez habían sido unos críos también, jóvenes perdidos que habían caído todavía más bajo que Rocco. ¿Pero quién

sabía lo que podía haber pasado si Lodo no hubiera muerto? ¿Si las monjas no lo hubieran acogido? ¿Si los señores Hermida no lo hubieran adoptado?

Lodo ya no estaba. Pero Rocco tenía mucho por vivir, mucho que amar.

Titubeó antes de abrir la puerta. Era la hora. Tenía que cerrar ese capítulo de su vida.

Salió del coche y cruzó la calle. Una pequeña valla separaba el jardín de la casa de la acera. Abrió la puerta y caminó los cuatro pasos que había hasta la entrada. *Familia Gómez*, rezaba una inscripción en la puerta.

Rocco llamó.

La mujer más joven abrió con el bebé en las caderas. Reconoció a Huracán de inmediato y se quedó boquiabierta.

Detrás de ella, se acercó su padre, Chris Martínez, que había adoptado el nombre de Chris Gómez. Se miraron el uno al otro un largo rato en silencio. Rocco vio en sus ojos que lo reconocía. El miedo pintó la cara de aquel hombre cansado.

–Sé quién eres.

Rocco asintió.

–Entonces, sabes por qué he venido.

Martínez no se encogió, pero salió a la calle, cerró la puerta tras él, para proteger su hogar y su familia.

Rocco podía oler su miedo, podía adivinar cómo Martínez buscaba en su interior la fuerza que sabía que un día iba a necesitar para enfrentarse a ese momento.

–He cambiado.

Rocco observó su rostro, buscando lo que había esperado encontrar: odio, brutalidad. Pero era solo una cara.

–Y yo.

–Te he estado esperando durante años. Sabía que me encontrarías.

Rocco no dijo nada. No había nada que decir.

–No era mi intención que pasara lo que pasó. Yo les tenía miedo… Me dieron un arma… –recordó Martínez, agachó la vista, meneó la cabeza–. Lo siento –añadió al fin, levantando la mirada.

Rocco le miró a los ojos hundidos, al rostro apagado. Detrás de ellos, su familia los contemplaba desde las ventanas.

–Necesitaba perdonarte.

Durante unos largos segundos, se miraron a los ojos. Era el momento con el que Rocco había soñado tantos años. Y allí estaban. Eran solo dos hombres unidos por un terrible recuerdo, cuyos

caminos se habían separado para siempre.

–Ya está hecho –añadió Rocco y se marchó.

Rocco aparcó frente al cementerio. El sol de la tarde bañaba el camposanto. Sacó la pequeña fotografía de su marco. Lodo había vivido muy poco tiempo. ¿Si hubiera sobrevivido…? ¿Quién sabía? Pero él siempre guardaría como un tesoro los momentos que habían vivido juntos.

Era hora de ocuparse del presente. Había hecho todo lo que había podido por su hermano. Y era hora de agarrar el futuro con ambas manos… y rápido.

Se miró el reloj y calculó la hora de Dublín. Sabía que Frankie estaba en Irlanda. Igual que sabía que era solo cuestión de tiempo que se reuniera con ella.

Sin embargo, primero había necesitado solucionar sus asuntos pendientes para que no se interpusieran entre los dos.

Al fin lo comprendía. Después de la monumental pelea que había tenido con Dante, había entendido cómo debía solucionar sus errores.

Sacó el teléfono del bolsillo. El jet privado que se había comprado sería más una necesidad que un lujo, pues sus viajes a Europa serían mucho más frecuentes. El plan de vuelo estaba listo. Saldría hacia Dublín en unas horas. Primero, debía regresar a *La Colorada,* para dejarlo todo arreglado con los caballos. Aunque Dante iba a ser el nuevo capitán del equipo, él seguía teniendo mucho de lo que ocuparse. Sobre todo, desde que una misteriosa mujer había irrumpido en la vida de su hermano, una duquesa con la que lo habían fotografiado en un yate en el Caribe.

Nunca había visto a su hermano así con una mujer. Parecía que esa era diferente.

Arrancó el coche y se puso en marcha a toda velocidad. Ansiaba llegar a Dublín cuanto antes y posar los ojos en el bello rostro de su amada.

Esperaba que Frankie estuviera bien. La última noche, cuando se habían separado, había sido uno de los momentos más duros de su vida. Había sabido que los dos habían estado sufriendo, pero no había podido lidiar con ello. Ella había rechazado todas sus ofertas de ayuda, incluso, se había negado a que la llevara al aeropuerto. Aunque la verdad era que, si la hubiera acompañado al aeropuerto, difícilmente podía haberla dejado tomar su avión.

Aceleró en la autopista. Cuatro horas después, estaría en su jet

dirección al otro lado del Atlántico. Eran los sesenta millones de dólares mejor gastados de su vida, si podían llevar a Frankie de regreso a casa con él.

El camino de arena, las jaracarandas en flor, el cielo turquesa y los verdes sauces lo recibieron en *La Colorada.* Paró en seco delante de la puerta. Se sentía como un quinceañero feliz. Excitado. Como si fuera a tener su primera cita, pero con mucho más en juego.

Al entrar en casa, lo percibió al instante.

Se detuvo. Escuchó.

Nada.

Solo el tic tac del viejo reloj de pared que presidía el vestíbulo. A los lados, dos pequeñas palmeras lo miraban desde sus macetas. Los pasillos se extendían en dos direcciones, el suelo de madera relucía con orgullo.

Silencio.

Era la hora de comer. Deberían escucharse los mozos charlando en la cocina, las chicas europeas, fuertes y seguras, y los gauchos, los más jóvenes coqueteando y los más viejos murmurando. Pero no se oía nada.

Rocco dio unos pasos hacia el interior. No se atrevía a creer lo que su corazón adivinaba. Pero la última vez que la casa había estado tan silenciosa había sido cuando había estado allí con…

Frankie.

Llegó al salón, sintiéndose como un cazador tras la pista de… alguien. Pero estaba vacío. Siguió, sus pisadas acalladas por las alfombras de seda. Solo podía escuchar el martilleo de su propio corazón en los oídos.

En su dormitorio, hizo una pausa. Puso la mano en el picaporte de bronce y empujó. Asomó la cabeza y posó los ojos en la alfombra, en cómo los rayos de sol bañaban el suelo de madera y, a la derecha, en el vestidor. Allí estaba la pequeña maleta de ruedines de Frankie.

Abrió la puerta de par en par.

Buscó en la habitación, en el vestidor, en el baño. Salió a la terraza.

No había lugar a dudas. Agarró la maleta y la observó con detalle. Era de Frankie. La hubiera reconocido en cualquier parte. Y, a menos que alguien le estuviera gastando una broma pesada, eso solo podía significar una cosa.

Como un caballo salvaje, recorrió la casa de punta a punta. Nada. ¿Dónde podía estar?

La puerta principal estaba todavía abierta cuando regresó al

vestíbulo y salió. Bajo el sol reluciente, miró a su alrededor. En la distancia, los tractores estaban cortando hierba como escarabajos gigantes en los campos sembrados que bordeaban el lago. A la izquierda, los caballos pastaban bajo la sombra de los árboles.

Entonces, de pronto, Rocco supo dónde buscar. En menos de dos minutos, dio la vuelta a la casa, atravesó la terraza trasera hacia el patio y los establos. Se fue directo a las cuadras de Roisin y Orla.

Dante podía haberlos elegidos para jugar el partido de ese día, pero si no lo había hecho…

Entró.

El corazón se le paró en el pecho.

Allí estaba ella.

Roisin frotaba el morro en su mano. Frankie se giró hacia él. Sonrió.

–Hola, Rocco.

Él tragó saliva.

–Frankie.

–Espero que no te importe que haya venido a ver los caballos –dijo ella, acariciándole el lomo a Roison–. La última vez, no tuve tiempo de conocerlos bien.

Frankie volvió su atención al poni, sonrió de nuevo y lo besó en la cabeza.

Rocco la contempló, hipnotizado. Era exactamente como la recordaba y, al mismo tiempo, era muy diferente. El pelo sedoso y moreno le caía encima de los hombros, casi ocultando su nariz perfecta, sus enormes y sinceros ojos. Tenía los labios entreabiertos, como si le estuviera susurrando palabras cariñosas a Roisin. Entonces, ladeó la cara y lo miró con una amplia sonrisa.

–Tenías razón. No vine aquí por estos caballos la última vez. Pensé que sí. Pero resulta que hay algo que me interesa más.

–Lo sabía –dijo él, sonriendo.

–Es curioso, pero la vida está llena de sorpresas –comentó ella, su dulce sonrisa iluminándolo todo–. ¿Quién me habría dicho que mi viejo y severo padre iba a ser la persona que me diera el mejor consejo acerca del amor?

–¿Qué consejo te dio? –preguntó él, acercándose un poco más.

Los ojos de Frankie brillaban de alegría. Se volvió hacia el poni y lo siguió acariciando con ternura.

–Me dijo que los hombres pueden ser muy estúpidos algunas veces. Tú, en concreto.

Rocco siguió acercándose.

–¿Eso crees?

El caballo relinchó, pidiendo más caricias, pero ella estaba ocupada mirando a su amado a los ojos.

–Sin duda.

–¿Dijo que soy estúpido? Pero no soy yo quien se ha enamorado de un argentino celoso y malhumorado con más golpes y cicatrices que un coche abollado.

Frankie frunció el ceño y lo observó con atención, como si fuera la primera vez que lo viera.

–Es verdad. Tienes razón. Te iría bien pasar por el taller de chapa y pintura.

Los segundos que pasaron a continuación fueron los más dulces en la vida de Rocco. Sintió que le estallaban las mejillas de tanto sonreír. Dio otro paso hacia ella.

–Pero tiene razón. He sido muy estúpido por haberme enamorado de la chiquilla más respondona que jamás se metió en mi cama. Desnuda.

–Estaba buscando algo… –bromeó ella, sonriendo también.

–Dime que lo encontraste.

–Oh, sí, claro que lo he encontrado.

–Creo que es la primera vez que te veo sonrojarte, Frankie Ryan.

La chispa que siempre estaba lista para saltar entre ellos comenzó a calentar el ambiente.

–Esta muy oscuro aquí para poder ver bien.

–Entonces, igual tengo que acercarme un poco más.

–Ponte a la cola. He venido a ver a Roisin –replicó ella.

Rocco estaba a unos centímetros. Observó cómo a Frankie se le aceleraba la respiración y entreabría los labios. Su deseo despertó con la fuerza de un huracán. Nunca se cansaría de ella.

–Tendrás todo el tiempo del mundo para hacerte amiga de Roisin.

Él deslizó una mano debajo de su pelo, en la nuca, sintió la calidez de su piel, su pelo sedoso. Era el paraíso. ¿Cómo podía haber vivido durante días sin ella?

–¿No me digas? –le susurró ella, ladeando la cabeza, abriendo los jugosos labios en un gesto de invitación.

Rocco no se hizo esperar y la besó con dulzura, con suavidad.

–Oh, sí –murmuró él, sus bocas pegadas–. No soy tan estúpido como para dejarte escapar una tercera vez.

Al pensar en largos días y noches junto a su mujer, su esposa, una deliciosa sensación de embriaguez lo invadió.

–Vamos –invitó él, tras darle la mano para guiarla fuera de los establos–. Tenemos dos horas antes de ir a Palermo. Es el primer

partido de Dante como capitán. Había pensado no ir, porque iba a hacer otra cosa. Pero ya no hace falta. Se alegrará de vernos y lo celebrará con nosotros.

–¿Qué quieres celebrar?

–Pues lo estúpido que soy, por supuesto.

Allí, en medio del patio, Frankie se plantó en el sitio como una mula decidida a no moverse. Se cruzó de brazos y frunció el ceño.

Entonces, Rocco hizo lo que nunca había creído ser capaz de hacer. Aunque había estado practicándolo en su mente durante diez años. Hincó una rodilla en el suelo, sujetó la blanca mano de ella, le quitó el anillo de Ipanema y la miró a los ojos. Ella, llena de amor y confianza, lo observaba con lágrimas en los ojos.

–Frankie Ryan, la mujer más hermosa, más inteligente y más buena que existe, ¿quieres casarte conmigo?

Frankie inclinó la cabeza a un lado.

–¿Puedo pensarlo?

–Por una vez en tu vida, ¿puedes hacer lo que te dicen? ¿Por favor? –replicó él, mientras su amada reía y lloraba al mismo tiempo.

Ella apretó los labios, se pasó la mano por las mejillas empapadas y asintió.

–Creo que, por una vez, sí puedo.

Rocco se puso en pie y la tomó en sus brazos. La apretó contra su pecho y se dirigió hacia la casa, mientras ella lo rodeaba de la cintura con las piernas, lista para montarlo una vez más y durante el resto de su vida.